EXTREMADURA

PASEOS CON ENCANTO

Índice

NACIMIENTO, VIDA Y SEPULTURA DE ESTA GUÍA PARA EL VIAJERO *5*

RUTA DE LOS CASTILLOS 1 ..... *7*

Primer tramo: Alburquerque — Alcuéscar **10**

Segundo tramo: Montánchez — Seguras **12**

EL MUSEO FANTASMA DEL CASTILLO DE ALBURQUERQUE **15**

RUTA DE LOS PLACERES IBÉRICOS 2 ..... *17*

Primer tramo: Jerez de los Caballeros — Frenegal **19**

Segundo tramo: Bodonal — Monasterio de Tentudia ... **21**

EL MILAGRO DEL MONASTERIO DE TENTUDIA **23**

RUTA DE LOS MONASTERIOS 3 ..... *25*

Primer tramo: Yuste — Almaraz **28**

Segundo tramo: Bohonal de Ibor — Guadalupe **32**

GUERRA Y BODA ENTRE LOS ALMARAZ Y LOS MONROY **35**

RUTA DE LOS HIDALGOS 4 ..... *36*

Primer tramo: Trujillo — Miajadas **39**

Segundo tramo: Medellín — Villanueva de la Serena ... **43**

LAS TORRES DE TRUJILLO Y EL ATLÉTICO DE BILBAO **45**

ÍNDICE

RUTA DE LOS AIRES LUSITANOS 5 ..... *47*
Primer tramo: Olivenza — Cheles 50
Segundo tramo: Villanueva del Fresno — Almendral ... 53
LA VENTANA MANUELINA DE CÁCERES 55

RUTA DE LAS ERMITAS BLANCAS 6 ..... *56*
Primer tramo: Malpartida de Cáceres — Brozas 58
Segundo tramo: Alcántara — Garrovillas 61
LOS TOROS DE GARROVILLAS Y LA PROMESA 65

RUTA DE LA ARQUITECTURA POPULAR 7 ..... *67*
Primer tramo: Pinofranqueado — Caminomorisco 70
Segundo tramo: Nuñomoral — Ladrillar 72
SAN FRANCISCO DE ASÍS EN LAS HURDES 75

RUTA ROMANA 8 ..... *77*
Primer tramo: Mérida — Mérida. 79
Segundo tramo: Proserpina — Medellín 83
PASADO Y FUTURO EN MÉRIDA 85

RUTA DE LOS POETAS 9 ..... *87*
Primer tramo: Zafra — Almendralejo 90
Segundo tramo: Almendralejo — Campanario 92
LA MALDICIÓN DE LA GITANA 97

RUTA DE LAS VIEJAS TRADICIONES 10 ..... *99*
Primer tramo: Santibáñez el Alto — Coria 101
Segundo tramo: Torrejoncillo — Monroy 107
EL JUEGO DE LA CUCAÑA DE TORREJONCILLO 111

RUTA DE LAS LEYENDAS 11 ..... *113*
Primer tramo: Piornal — Yuste 114
Segundo tramo: Pasaron de la Vera — Jarandilla 117
LOS «EMPALADOS» DE VALVERDE DE LA VERA 120

RUTA DE LAS ÁGUILAS 12 ..... *122*
Primer tramo: Monfragüe — Monfragüe 124
Segundo tramo: Puente del Cardenal — Villarreal 129
LA PRINCESA PERDIDA Y ENCONTRADA EN EL ARROYO 130

RUTA DE LA CALZADA ROMANA 13 ..... *132*
Primer tramo: Baños de Montemayor – Abadía 134
Segundo tramo: Caparra — Cañaveral 136
LOS ROMANOS Y SU RED DE COMUNICACIONES 141

RUTA DEL AGUA 14 ..... *142*
Primer tramo: Orellana — Casas 144
Segundo tramo: Valdecaballeros — Villarta 147
LOS EXTREMEÑOS Y LAS GRANDES OBRAS 150

RUTA DE ZURBARÁN 15 ..... *152*
Primer tramo: Fuente de Cantos — Llerena 155
Segundo tramo: de Azuaga a Castuera 157
LAS MUJERES DE ZURBARÁN 159

RUTA URBANA DE BADAJOZ 16 ..... *161*
Primer tramo: un paseo por la historia 164
Segundo tramo: la ciudad de hoy 168
EL PREMIO NOBEL Y LA CALLE DEL BURRO 171

NACIMIENTO, VIDA Y SEPULTURA DE ESTA GUÍA PARA EL VIAJERO

Dedicaba yo mis horas a traducir del francés "*Ma vie et mes films"* de Jean Renoir cuando llamaron a la puerta. Era un amigo de siempre. Que le redactara en veinte días una **Guía de Extremadura** según las estrictas normas que él había de darme. Y como le dije que no podía ser porque por entonces escribía tantos textos negros como bien pagados, y como este cordial y siniestro personaje tenía y sigue teniendo tanto poder de persuasión sobre mí, me convenció de lo contrario: *Te traeré todas las noches la información que necesites. Tú redactas quince rutas con un tema, y yo las reviso día a día. Tenemos que empezar ahora mismo. Cobraremos una buena pasta.*

Me costaba decirle que no, lo reconozco, y mucho menos a persona tan cercana, con eterna etiqueta de amigo, que ya era compañero cuando vestíamos pantalones cortos. Me hablaba ese infeliz, y aún no ha perdido la costumbre, como si fuera mi padre, y luego me recompensaba con un algo de cariño, alguna que otra conversación y densas y elegantes palabras de gratitud.

Y como a medida que avanza la edad cuesta tanto hacer nuevos amigos, y como no quería perderlo, le redacté las rutas, con mayor o menor acierto, en el plazo convenido. Nuestras reuniones diarias, caída ya la tarde, chapoteaban en reproches y disputas. Y unos días parecía que íbamos a

terminar a tiempo, otros que a tortas, y la mayoría como el rosario de la aurora. Las rutas programadas aparecían y desaparecían según el lucimiento de los borradores.

El libro llegó a tiempo, se publicó y recibí lo convenido. Unos meses después supe, mientras estaba de viaje en Portugal, que mis rutas iban a ser regaladas por una entidad bancaria identificada con la región. En cuanto crucé la frontera, fui a pedir, en Olivenza, en una de las sucursales, la Guía salida de mi pluma. Me la regalaron. Por eso me preguntaron que cual de los tres nombres que se atribuían la autoría era el mío: *Pues ninguno de los tres*, tuve que decirles al leerlos.

Eran las doce de la mañana del 27 de julio de 1992.

Los escritores negros no tenemos derecho a autoría, lo sé, pero en aquella ocasión el estimado amigo no me había anunciado la negritud. Me lo tomé muy a mal. Por entonces no sabía que más tarde había de acostumbrarme a escribir sin ser citado.

Han pasado muchos años. Ahora todo aquello ha prescrito. Y el libro que escribí y se atribuyeron otros ya no existe, pero mis rutas han ido saltando de disco en disco, de un ordenador a otro hasta llegar al actual. Y como no quiero que mueran en esa memoria estúpida llamada dura, las flexibilizo en la blanda de la red por si algún interesado pudiera servirse de las sugerencias, y sobre todo para que no se entierre lo que aún tiene vida.

Y si alguien se aprovecha de ello, feliz lectura.

Madrid, 22 de febrero de 2010

RUTA DE LOS CASTILLOS 1

Pequeña gran muestra arquitectónica

Itinerario: Alburquerque, Piedrabuena, Azagala, Mayorga, Montánchez, Almuderas, Seguras.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (44), Cáceres (67), Mérida (138), Plasencia (152)

No es extraño que la mayoría de los pueblos antiguos se encuentren tutelados, en su más alto punto geográfico, por un castillo que vigila y protege. Extremadura los tiene desde Burguillos a Jarandilla, desde Valencia de Alcántara a Villanueva de la Serena.

El castillo es casa grande y fuerte, baluarte que defiende llanuras y veredas, báculo protector. Lo que resguarda el castillo, queda aislado del resto del mundo, se reviste de distintivo, de vida propia tan inaccesible como deseable.

Castillos de millones de años eran los templos funerarios que se hicieron construir los faraones en la cima o al lado de sus tumbas y se destinan, eternos también, a asociar el destino sobrehumano de los grandes de este mundo al de los dioses. Abrigaban un poder misterioso e inasequible.

Aparecen en las forestas y montañas mágicas. Allí están dormidas las jóvenes hermosas o languidecen los príncipes encantadores, esperando ellas ser despertadas por el enamorado visitante y ellos recibir a la deslumbrante viajera. Nuestros castillos extremeños son símbolos de la memoria confusa, del deseo indeterminado. Aunque lo que conocemos por castillo tiene un origen prerromano, fue durante la civilización de Roma cuando se desarrolló de una manera especial. Los romanos distinguían entre «turres» (torres aisladas); «oppida» (recintos fortificados); «castra» (campamentos justificados con guarnición permanente) y «castellum» de donde procede la palabra castillo. En torno al castillo se originó la ciudad. El momento de mayor proliferación fue la Edad Media, pues a la profunda espiritualidad une el Medioevo un espíritu inquieto y belicoso.

En la Europa feudal que surge tras el desmembramiento del imperio de Carlomagno, aparece una nueva concepción del poder y de la sociedad: el feudalismo en el que se unen jurisdicción y propiedad y que, con una jerarquizada estructura, crea lazos de fidelidad y de vasallaje. No habrá señor sin feudo ni feudo sin castillo.

En Extremadura, como en toda España, el hecho que originó la abundancia de fortificaciones fue la invasión de los árabes. Ellos, por una parte, tuvieron necesidad de construir alcazabas con las que defender sus posiciones, aprovechando, algunas veces, fortalezas romanas o godas. Los cristianos, a su vez, a medida que se extendieron hacia el sur, aprovecharon también las fortificaciones musulmanas. De ahí la superposición de estilos diversos en numerosas construcciones.

Los elementos constructivos de los castillos responden a su finalidad defensiva. Solían ser de piedra, aunque hay bellos y sólidos ejemplares construidos en ladrillo o en mampostería. Cuando solitarios o coronando una población, se asientan en promontorios escarpados, suelen ser de planta irregular adaptándose al terreno: son los castillos roqueros. Si es en la llanura, su planta generalmente regular y sus gruesos muros se ven defendidos por fosos. El patio interior o plaza de armas comunica en los castillos con las diversas dependencias: salas, estancias, capilla, cuadras, cisternas, etc., así como con el último recinto de la fortaleza: la ciudadela, coronada por la torre del homenaje en la que se sellaban pactos y juramentos. Una mina o pasadizo subterráneo comunicaba con el exterior en caso de asedio prolongado. Luego se convirtieron en residencias palaciegas, tanto reales como nobiliarias. Las torres de homenaje

crecieron y plazas de armas se convirtieron en bellos patios claustrales. Hoy, muchos de ellos en Extremadura como en otros lugares, se han convertido, heredando un poco su popularismo, en lujosos y cómodos Paradores Nacionales. Sirva de ejemplo la sólida construcción militar del alcázar de Zafra que si antes fue refugio del guerrero hoy sirve de reposo al viajero. Cuenta Extremadura con un considerable patrimonio de castillos militares y palaciegos que evocan sublimes y heroicas gestas históricas, rivalidades dinásticas y devaneos amorosos de damas y trovadores. Recordemos el de Medellín, (Badajoz), de vastas proporciones, que se levanta sobre un antiguo «castro» romano, el de Herguijuela de Arriba (Cáceres) de notable prestancia, y el de Jerez de los Caballeros (Badajoz). Por algunos de los más importantes vamos a pasar en la siguiente ruta.

Primer tramo: Alburquerque — Alcuéscar

El **Castillo de Alburquerque**, inicio de nuestra ruta, comparable a los mejores de Europa, es también el más importante de una región que ocupa el ángulo noroeste de la provincia de Badajoz, en uno de los paisajes bellos y recios de matorral y alcornoque, abundante en corcho y caza mayor.

Estamos a doce kilómetros del embalse de la Peña del Águila, en el río Zapatón, que surte de agua a Badajoz.

El fortín destaca en lo alto del cerro, frente a Portugal, y protege con su reciedumbre a una ciudad amurallada nacida en tiempos remotos en una zona de florecimiento prehistórico.

Por estas tierras cazaron nuestros antepasados más remotos y dejaron pinturas en cuevas, enterramientos funerarios y alguna que otra herramienta de piedra olvidada.

Se instalaron después en Alburquerque. ¿A quién se le ocurriría aquel nombre? Creemos que a los romanos. Alba es *blanco* en latín, y *quercus* encina, no es difícil deducir que la llamaran *la tierra de las encinas blancas*. Pero esto de las etimologías sigue siendo un misterio. Nunca estaremos seguros.

La ciudad fue luego ocupada por los árabes.

Gana fama cuando es repoblada por cristianos y crece bajo los auspicios del baluarte. Fronteriza con Portugal, castillo y villa sirvieron como pinto estratégico.

Alburquerque sigue siendo su castillo. En lo alto de un cerro parece nacer de la roca, crecer de la roca, tener raíces en la roca, componer con la roca una pieza compacta.

Los accesos a la fortaleza tuvieron rastrillos y puentes levadizos. La muralla medieval, unida al castillo, fue erigida en 1276 por Alonso Sánchez, un bastardo del rey de Portugal. La torre del homenaje airea a la mole. Se llega al patio de armas por una escalinata de piedra y bordeada de chumberas. Es un recinto espacioso que aloja a un viejo cañón y a una especie de pilastra. Subamos a un ventanal de la fortaleza. En el horizonte, la inmensidad de una tierra salpicada de encinas y olivos.

Alburquerque, que fue señorío de príncipes portugueses y castellanos, dio nombre a ciudades de Estados Unidos, Méjico, Las Antillas, Brasil y Filipinas.

Pero no abandonemos la ciudad sin conocer una peculiaridad de sus pobladores: el «fuero del bailío», que también se observa en otros dieciocho pueblos de Badajoz.

Según el viejo y arraigado fuero, las aportaciones de los casados al matrimonio son propiedad del quien las aporta y puede disponer libremente de ellas mientras subsista el enlace.

Una carretera local puede llevarnos a diez kilómetros al norte, al señorial y palaciego **castillo de Piedrabuena**. En esta zona, más que los pueblos, son interesantes los castillos. El de **Azagala**, a unos quince kilómetros por la carretera de Cáceres, fuerte y roquero, ligado al recuerdo de la batalla de Zalaca. Y más al oeste, a unos treinta kilómetros, el de **Mayorga**.

Los castillos extremeños son árabes o de tiempos de la reconquista; los primeros los levantan los reyes taifas para defenderse entre sí después de la extinción del califato de Córdoba, (siglos XI y XII). Se reconocen por sus torres exágonas, octógonas, dodecágonas o cuadradas.

Los de la Reconquista o cristianos son de piedra de mampostería, y se levantan para defenderse contra el moro o para defenderse los señores feudales unos de otros.

Son castillos roqueros (si servían para la defensa) alcázares o feudales (si para morada del señor feudal) o ciudadelas (si tenían como función albergar al pueblo que buscaba su seguridad).

Segundo tramo: Montánchez — Seguras

Nuestra ruta nos conduce ahora a otra zona de castillos. Buscamos para ello la localidad de Montánchez por las localidades de Villar del Rey, La Roca de la Sierra, La Nava de Santiago, Aljucén y Alcuéscar.

El Castillo de Montánchez es el más fuerte y el mejor situado de Extremadura. Originariamente fue romano y los árabes ampliaron su recinto en el siglo XI hasta las dimensiones de hoy.

Fue conquistado por Ordoño II. Dicen que primero pasando a cuchillo al vecindario y causando después tal pánico entre los jeques y walíes extremeños que no tardaron en hacerse tributarios del rey leonés.

Como volviera a quedar libre, 1143 volvió a conquistarlo Alfonso VIII, pero también la volvió a perder. Solo Alfonso IX de León la conquistó definitivamente en 1229. Actualmente está en ruinas, pero las vistas son espléndidas. Tiene también dos órdenes de murallas que lo rodean. El castillo es roquero, es decir, para defensa. No tiene torre

del homenaje, porque no fue señorial, ni ciudadela, porque no albergó al pueblo, como lo indica su perímetro, sino que el pueblo se formó a su alrededor. Los árabes convirtieron en alcázar la fortificación romana allí existente; de ellos se conserva el aljibe moruno actual. de los romanos solo queda el lienzo de la puerta principal de entrada al castillo, construido con sillería granítica romana. Lo restante es obra de los caballeros de la Orden de Santiago, a quien fue entregado el castro y la villa de Montánchez, conquistado definitivamente el año 1230 por Alfonso IX de León. La última modificación que indican las ventanas dobles y de medio punto, fue sin duda hecha para que sirviera de palacio señorial. La Virgen de la Consolación, patrona de la villa, tiene su santuario en el propio castillo. A ella le canta el pueblo fervoroso: «Virgen de la Consolación / que estáis en este Castillo, / ¡quién tener pudiera el alma / donde vos tenéis el niño!» Para el forastero, recordemos la merecida fama que la ciudad tiene por sus jamones serranos, bien curados en la sierra de Montánchez perteneciente a la cordillera Oretana. No son uno sino dos los castillos conocidos por el nombre de Arguijuelas y emplazados en el camino que conduce desde Cáceres a la Aldea del Cano, a unos seis kilómetros. Ambos son medievales. Más moderno el del valle que el de la loma, y desde el siglo XV pertenecieron a la familia cacereña de los Ovandos, así como la aldea contigua a ellos del mismo nombre, ya desaparecida. Hoy, al mismo tiempo que moradas de recreo, muy bien conservadas, son también centros de explotaciones agrícolas. Las Seguras son dos fortalezas. Están situadas a unos once kilómetros al Suroeste de Cáceres, en el lugar donde hubo una población romana llamada Securae, cuya remota existencia atesti-

guan los sepulcros y restos de edificios que se encuentran en la dehesa de su nombre. Fue propiedad de las mismas familias que su vecino el castillo de los Mogollones, por lo que siempre, al mencionarlos, se decía Seguras y Mogollones, como si hubiera una sola finca. Aún subsisten, además de la torre y casa fuerte, cuatro o cinco casas de labor, correspondiente cada una a cada porción en que está dividido el predio, en cuyo sitio no se conocen hechos dignos de tenerse en cuenta.

EL MUSEO FANTASMA DEL CASTILLO DE ALBURQUERQUE

Tenía don Elías Diéguez certeras noticias de la existencia del Museo Arqueológico de Alburquerque y fue a visitarlo. Sabía que don Aurelio Cabrera y Gallardo, ilustre artista alburquerqueño, en años de paciente labor, había logrado reunir una buena colección de objetos arqueológicos y, para que al faltar él no se perdiera la colección, la donó al ayuntamiento de su pueblo natal. Se constituyó el Museo y se colocó la donación en la iglesia del Castillo de Alburquerque. Pero Museo y piezas habían desaparecido. Cuando pidió explicaciones, en todas partes le decían lo mismo: desapareció durante la guerra 1936-1939. Al preguntar en el ayuntamiento por la colección, le enseñaron un documento que describe minuciosamente los objetos

del legado formado por cuatro secciones: prehistórica, romana, visigoda y reconquista que formaban un total de 31 piezas más una colección de azulejos toledanos. El documento de entrega está firmado por el donante y lleva un sello de la alcaldía y es lo único que queda de los buenos deseos de don Aurelio Cabrera para que no se perdiesen los objetos que con tanto esmero debió rescatar. Todo quedó en eso, en buenos deseos.

RUTA DE LOS PLACERES IBÉRICOS 2

De la mano del jamón y otros finos manjares, un paseo por la gastronomía extremeña.

Itinerario: Jerez de los Caballeros, Frenegal de la Sierra, Bodonal de la Sierra, Segura de León, Fuente de León, Cabeza de Vaca, Calera de León, Monesterio.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (72), Cáceres (163), Mérida (98), Plasencia (248)

El extremeño sabe disfrutar la buena mesa, la mejor cocina ibérica, y también hacérselo disfrutar a quienes los visitan. Hablar de jamón extremeño requiere un esfuerzo caligráfico, porque la jota ha de escribirse con mayúscula.

Algún erudito extranjero bautizó nuestra tierra como «Jamonópolis», y todo tiene su explicación: el eje zoológico de la dehesa fue durante largas décadas el cerdo ibérico. Sus características eran excepcionales, su raza especial les permitía la infiltración de grasas en su tejido muscular, y esa misma dehesa le proporcionaba nutritivos hidratos de carbono procedentes de las bellotas, materia prima de primera calidad. Por eso el cerdo fue durante años la alimentación básica de la zona. «Del cerdo, dice el refrán, hasta los andares».

Dice José Fuentes Mares en su «Nueva guía de descarriados»: «de no haberse alimentado aquellos grandes capitanes (por los conquistadores extremeños que marcharon al otro mundo) como lo hacían, con carne de cerdo, vísceras de cerdo, orejas y patas de cerdo mañana, tarde y noche, América habría caído desde el siglo XVI en manos de los anglosajones».

Pero no sólo de cerdo vive el extremeño ni quienes lo visitan. El cordero y el cabrito protagonizan sus mejores guisos. Gazpachos, quesos, espárragos y hasta garbanzos sirven para confeccionar excelentes platos en la línea de la más profunda tradición ibérica. Tradición aderezada con una cierta influencia monacal (inevitable en toda zona atractiva que se precie) que lleva a conseguir inigualables recetas como sus garbanzos con bacalao.

Y en cuanto a vinos y dulces, compruébenlo ustedes mismos en algunos de los lugares que les recomendamos a continuación.

Primer tramo: Jerez de los Caballeros — Frenegal

Suroeste de Badajoz. Muy cerca, al norte de la provincia de Huelva, **Jabugo**, cuyo topónimo ha dotado de renombre universal a uno de los mejores jamones. Parte de la fama se la debe a los cerdos criados, engordados, matados y hasta a los jamones curados en esta zona de Extremadura fronteriza con Andalucía y a un paso de Huelva.

La pequeña y encantadora ciudad de **Jerez de los Caballeros**, (antes Jerez de Badajoz) situada al pie de Sierra Morena, nos da la salida para los "placeres ibéricos". Pero si preguntamos por el plato típico, pueden respondernos perfectamente que **Huevos fritos con chorizo** o con patatas fritas, o **Chuleta de cerdo**, o bien **Filete de ternera**. Claro que jamón no falta nunca.

Jerez es la patria chica de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, y también de Hernando de Soto, conquistador de la Florida.

Encontraremos las calles bordeadas de casas blancas cuya arquitectura, a veces repleta de fantasía, sin balcones de forja sino ventanas con rejas, anuncia ya el estilo andaluz, junto con elegantes casas señoriales. En ocasiones se ve un arco moruno que comunica dos casas de diferentes aceras. Las calles, en cuesta, no son muy anchas.

Carlos V concedió a Jerez de los Caballeros el título de ciudad y a sus vecinos el derecho a llevar «daga y espada».

Aquellos privilegios y otras historias hacen que esté considerado como el conjunto urbano más completo de la Baja Extremadura después de Mérida.

Jerez de los Caballeros tuvo su momento en los siglos XV y XVI. Lo señalan las piedras, que parecen llevar inscrito su glorioso pasado, su tinte medieval.

Cerca del castillo se alza la iglesia más antigua, visigoda. En una de sus columnas, la fecha: Nochebuena de 556.

La Iglesia de San Bartolomé fue erigida en la época de la reconquista, y se terminó hacia el año 1600. La torre es posterior, del siglo XVIII, y evoca una excelente y simbólica construcción andaluza. Quizás no fuese excesiva osadía insinuar que sus arquitectos estaban pensando en la Giralda de Sevilla.

Nos dirigimos ahora hacia **Frenegal de la Sierra**, edificada en el lugar de la antigua ciudad romana de **Nertobriga**.

Los municipios de esta región destacan por su elevada cabaña ganadera. El primer lugar corresponde al ganado porcino que totaliza más de nueve mil cabezas, seguido del ovino y caprino. Es decir, el jamón y los quesos. Los ganados pastan en las dehesas arboladas.

La agricultura, sin embargo, es escasa en la mayoría de los municipios. Como en tantas zonas de España, la población experimenta un constante descenso.

Iremos descubriendo en el camino viñedos y olivos hasta vislumbrar, en el centro de Frenegal, un robusto **Castillo del siglo XIII**, antiguo feudo de los templarios. Por una vez no está en un lugar dominante, sino en el centro de la ciudad. Una de sus torres sirve de campanario a la **Iglesia de Santa María**, fundada también en el XIII, pero restaurada en el XVII. La fortaleza está asociada a la vida de la ciudad

con su pequeño mercado en el interior del recinto, y cerca de la plaza de toros, antigua plaza de armas, en rústico diseño.

El principal interés de la **Iglesia de Santa Catalina** radica en el interior de tres naves, separadas por gruesos arcos.

El mausoleo de Bravo Murillo, que nació allí, está en la **Iglesia de Santa Ana**. Pero fíjense en el retablo mayor, en forma de tríptico sobre el ábside.

No nos despidamos de la ciudad sin saber que también nació aquí, en el siglo XVI, el escritor **Vasco Díaz Tanco de Frenegal**, y el erudito **Arias Montano** (1527-1598), que tanta admiración despertó en el concilio de Trento.

Segundo tramo: Bodonal — Monasterio de Tentudia

Es Extremadura tierra de gazpachos, que podrían ser comparados con el famoso andaluz — agua, ajo, aceite, vinagre, pan y tomate, básicamente — y de los de pastor — una torta ázima sobre la que se sirve un sencillo guiso realizado con carnes de corral o de caza —.

Pero el eje zoológico de la dehesa es el cerdo ibérico, hoy convertido, junto con sus chacinas, en despensa de gran lujo. Allí se curan chorizos, cañas de lomo, longanizas y salchichones. Un duro paisaje serrano asienta la villa de **Calera**, donde alzaron sus conventos los caballeros de la Orden, con su claustro, y su iglesia de fines del gótico, que hoy sirve de parroquia y donde siempre recibió culto una imagen en mármol de la virgen labrada en 1327.

Tentudia mantiene en las altas fragosidades de Sierra Morena todo el sublime rango con que naciera en el siglo XIII. Escuetos y sencillos son el monasterio, el claustro

mudéjar y la iglesia. Pero fijémonos en los azulejos de Triana que forman los zócalos y retablos y que están firmados en 1518 por el famoso ceramista Nicolaso Pisano. Y azulejos más antiguos todavía recubren el sepulcro del siglo XIII del maestre Peláez Pérez Correa, el fundador, conocido también como el Cid de la Baja Extremadura.

Hablemos ahora de monjes y garbanzos. Sabido es que la influencia monacal popularizó esta semilla en platos como los guisados con bacalao.

Al **Monasterio de Santa María de Tentudia**, fundado en el siglo XIII, se accede tras una penosa subida. Aunque sensiblemente dañada, permanece en pie una iglesia gótica de una sola nave y un retablo del siglo XVI del maestro sevillano Nicolaso Pisano. El claustro es de estilo mudéjar. En su interior, los azulejos trepan por zócalos y retablos. El lugar está inundado de ese silencio que poseen los lugares apenas visitados, porque la verdad es que hay demostrar vocación y ganas. Le invitamos a intentarlo.

La Abadía se encuentra entre peñascales con matorros, encinas, jaras y romero.

Atención a los quesos. Son los más variados de España y, en su conjunto, representan lo que quizá sea la mayor «mancha geográfica» de Europa. El tamaño, pequeño; las formas, irregulares; la corteza, grisácea; la masa, blanca y luminosa, como la leche de cabra; el aroma, fuerte, intenso. Por eso los llaman «pestosos».

Estos quesos, llamados de las «sierras del sur» (Sierras de Jerez, Tentudia, Frenegal y Morena) son tan variados como los artesanos que los elaboran; algo salados, de pasta prensada y muy grasos. A quien frecuente por esta ruta, solo le bastará pedirlos en el primer bar que encuentre.

Si todavía tiene hambre, pida en la primera esquina el delicioso **Gazpacho de trigueros**, y también la receta para hacerlo en casa. Por si acaso, hela aquí: Ingredientes: dos buenos manojos de espárragos trigueros (la tierra los hace crecer deliciosos); cuatro huevos duros; dos dientes de ajo; tres cucharadas soperas de aceite de oliva; un chorrito de vinagre de vino, tres patatas gordas, un poco más de un litro de agua y la sal. Raspe los espárragos, córtelos en trozos hasta llegar a la parte leñosa. Fríalos con poco aceite. Triture la mitad y mézclela con las yemas de los huevos, los dientes de ajo y el vinagre. Incorpore un poco de agua. Una vez que todo muy fino, es el momento de añadir la otra mitad de los espárragos, el resto del agua y la sal al gusto. Remate patatas fritas en rodajas y espolvoree con clara de huevo picada. ¿A que está delicioso?

EL MILAGRO DEL MONASTERIO DE TENTUDIA

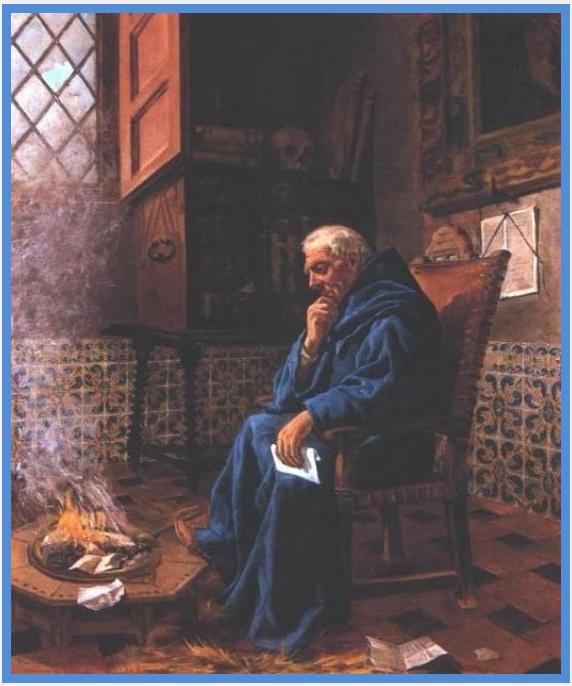
Según la leyenda los caballeros cristianos de Fernando III, uno de los grandes monarcas que han tenido estas tierras, probablemente el mejor, en batalla contra los moros y después de muchas horas de combate sin conocer la victoria, quedaba ya poco tiempo para que se pusiera el sol. Era el día de Nuestra Señora y el Maestre de Santiago don Pelayo Pérez Correa invocó a la virgen para que detuviera el tiempo: «Santa María detén tu día».

Y se cuenta en los memoriales antiguos de la orden de Santiago que milagrosamente se detuvo el sol por espacio de tiempo notable.

Para conmemorar el milagro se levantó un monasterio en el límite de la provincia de Badajoz con la de Huelva para que testimoniara que el sol se detuvo, sí, también en Extremadura, de la misma manera que lo cuenta la Biblia en el episodio de Josué.

RUTA DE LOS MONASTERIOS 3

Yuste y Guadalupe



Itinerario: Yuste, Cuacos de Yuste, Jaraíz de la Vera, Almaraz, Bohonal de Ibor, Castañar de Ibor, Guadalupe.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (222), Cáceres (131), Mérida (202) Plasencia (47).

La proliferación de monasterios por la geografía española no es una casualidad ni un capricho. Los más importantes datan de tiempos de la reconquista y se erigían bajo auspicio y batuta de algún monarca. Se ganaban territorios hacia el sur, desplazando y arrinconando a los árabes, y se trocaban mezquitas por iglesias, monasterios y ermitas, y también con monjes, frailes y curas, todos ellos símbolo afianzamiento religioso, y por ende y militar, del territorio conquistado.

Habrían de ser los Jerónimos, frente a todas las órdenes, quienes tuvieran el privilegio de regir dos monasterios extremeños, **Nuestra Señora de Guadalupe** y **San Jerónimo de Yuste**.

El primero se lo debemos al rey castellano Alfonso XI y su victoria en la batalla del Salado, una de las más importantes librada contra los árabes el lunes 30 de octubre de 1340 en un lugar que actualmente ocupa la provincia de Cádiz. Se encomendó el monarca, según se cuenta, a la Virgen de Guadalupe antes de acometer la lucha y como consiguiera la victoria, se volcó en favores hacia los monjes. Poco después se puso en marcha la construcción de lo que con el tiempo sería el gran conjunto de Guadalupe. Se construyó junto a una ermita que existía tiempo atrás, y que evocaba una aparición de la Virgen al rey.

Hasta los mismísimos Reyes Católicos quisieron tener casa propia en aquel recinto, un edificio en el que habitar durante sus estancias para evitar cualquier otro centro monástico del camino. Y lo mandaron construir dentro del conjunto del monasterio.

Monjes y frailes se multiplicaban por la geografía española. Los monasterios llegaron a ocupar privilegiado puesto en el ordenamiento arquitectónico, y sirvieron de alojamiento, descanso, reclusión, oración y meditación.

Y si la reina de Castilla y en monarca de Aragón, primeros reyes de España, se enamoraron de Guadalupe, el nieto, emulando a sus antepasados, el emperador Carlos V, dueño de un imperio que aumentaba en territorio al romano y lo llevaba al nuevo continente, eligió Yuste, en el término municipal de Cuacos, para despedirse de esta vida.

El dueño de un imperio que ya quisiera para sí cualquier potencia de hoy, decide recluirse entre monjes en la falda extremeña de la sierra de Gredos, en un monasterio pensado de tal manera que permitía incluso que el emperador oyera misa desde la cama. Lo permitía un ángulo per-

fecto que dejaba visible los oficios divinos sin tener que abandonar el lecho.

El Escorial siguió la misma línea. Cuando Felipe II lo mandó construir, quiso imitar a su padre a la hora de despedirse de la vida. El recinto lo dirigían también los frailes Jerónimos, tan hábiles en atender los últimos años de la vida y en elegir enclaves privilegiados para prestar sus servicios. Dos de aquellos pertenecieron a Extremadura. Al recorrer esta ruta, de Yuste a Guadalupe, gozaremos del mismo privilegio que durante siglos sirvió para deleite reyes y emperadores.

Solo un pequeño detalle ha cambiado el panorama: cuando vamos de un monasterio al otro, a medio camino, nos encontramos con una extraña mole de la que salen cientos de cables, producto de la arquitectura del siglo XX. Una estructura en la que no hay monjes porque no es una basílica ni un monasterio, que no ilumina la fe de nadie pero que suministra a mucha gente la energía necesaria para las exigencias de ahora. Está en Almaraz, junto al Tajo, y tan solo es una central nuclear.

Primer tramo: Yuste — Almaraz

La **Comarca de la Vera** corre paralela a la sierra de Gredos que la limita al norte. La proximidad a las montañas beneficia a la región, la resguarda. Por eso las temperaturas oscilan entre los siete grados de media en enero y los veintitrés de julio. Los cultivos de regadío se han visto favorecidos por el canal y la presa de Rosarito. Gracias a ese murallón que es Gredos escasean las heladas. En cambio, durante el verano, hay tormentas de pedrisco que bombardean el to-

mate, el pimiento y el tabaco de las zonas menos resguardadas. El microclima de la Vera es un pequeño milagro.

Por esta zona, exactamente **Tornavacas**, que en la actualidad cuanta con un millar de habitantes, entró Carlos V en Extremadura, procedente de Castilla, el 11 de noviembre de 1556. Ya no saldría con vida de estas tierras.

Iniciamos nuestra ruta un poco más al sur, a unos quince kilómetros de Tornavacas y a doce de Jarandilla. En el mismo **Yuste**, en cuyo monasterio moriría el emperador el 21 de septiembre de 1558. Un lugar recatado y solitario, al final de todos los caminos. Dos kilómetros le separan de la carretera comarcal C-501. El Monasterio, fundado en 1408, pasó a la historia desde que fue elegido como lugar de retiro por el emperador Carlos V. Previamente, su hijo, Felipe II, había examinado y propuesto las modificaciones necesarias que propiciaran la real acogida. Los trabajos de adecuación comenzaron de inmediato.

Carlos V abdicó en favor de su hijo en 1555, el 24 de octubre, en Bruselas. Se retiró en febrero de 1557 y murió, cuidado por frailes, diecinueve meses y medio más tarde. Padecía de gota y hemorroides. La primera porque era un glotón de la caza, de los vinos y de los dulces, pero mejoró bastante en su retiro. De la segunda se ocupó un curandero que empleaba en su trabajo el jugo de unas raíces serranas. «Mi cuerpo se deposite y quede en este monasterio —dijo el Emperador—, donde querría y es mi voluntad que fuese mi enterramiento». Pero Felipe II, que no debía entender mucho de últimas voluntades, se llevó los restos a El Escorial donde siguen aún, en el Panteón de los Reyes, bajo el altar mayor de la basílica.

Durante la guerra de la Independencia (1808-1812) el Monasterio de Yuste fue prácticamente destruido. Fernando VII mandó hacer algunas reparaciones.

Con la desamortización de Mendizábal, en 1821, el Monasterio se vendió por mil pesetas, y se instaló en él una industria de gusanos de seda.

Perteneció, más tarde, a la marquesa de Mirabel que dirigió la restauración según los antiguos planos.

Volvió más tarde a manos del estado y fue inteligentemente restaurado en el cuarto centenario de la muerte de Carlos V, y entregado nuevamente a los frailes jerónimos.

Cuacos de Yuste y **Jaraíz** son los próximos pueblos de nuestro recorrido. El primero está ubicado en un rincón serrano, a la penumbra espesa de la arboleda. Sus calles, estrechas y empinadas. Las fachadas blancas, encaladas. Balcones de madera, y en la plaza, una fuente de piedra. Se conserva la casa de Jeromín, supuesto hijo bastardo del Emperador, y que acabaría siendo ni más ni menos que el famoso don Juan de Austria.

Jaraíz de la Vera es el pueblo más poblado de la comarca, y capital del pimentón, según reza en el dicho popular:

> SOMOS PIMENTERAS.
> TODAS SABEMOS COGER PIMIENTOS.
> LO MEJOR DE LA VERA, NIÑA HECHICERA,
> ES NUESTRO ACENTO.

El nombre árabe de la ciudad significa «Tierras labradas» y el ayuntamiento se levanta sobre el **Castillo de Jarifa**.

Seguimos hacia el sur y en la encrucijada con la carretera nacional topamos con la central nuclear de **Almaraz**. El municipio tiene mil trescientos habitantes y siempre fue pueblo de paso, abierto al mundo, de importantes y frecuentes relaciones con los de fuera. En otros tiempos, su situación geográfica y su posición estratégica atrajeron hacia sí a multitud de personas. Gente abierta y hospitalaria, de sugestiva y pacífica convivencia acostumbrada a recibir al viajero en su camino de Madrid hacia tierras portuguesas. Importante vía de comunicaciones, también, para toda la Comunidad Autónoma.

Quizás un reflejo del carácter de las gentes de Almaraz sea la original forma que tienen de celebrar la tradicional fiesta de San Roque. Al parecer, por una peste o epidemia que hubo en tiempos pasados, los vecinos se encomendaron al santo del perro, y éste les libró de ella. Como agradecimiento, todo el pueblo con el Concejo al frente, se comprometió a celebrar todos los años una fiesta en su honor el 16 de agosto con misa solemne, sermón y procesión.

Cuentan las fiestas con una original peculiaridad: nadie paga nada por los festejos a los que asiste y en los que participa. Cada vecino ha abonado ya su exigua cuota, y todos los espectáculos son gratuitos. Esta participación se extiende igualmente a los forasteros, a quienes no se les pide sino buen comportamiento y respeto. A cambio, no se hace con ellos distinciones ni en el reparto del chocolate ni en la partición de la carne.

Segundo tramo: Bohonal de Ibor — Guadalupe

A medida que avanzamos en el trayecto de esta ruta de los frailes, el paisaje es algo más verde. El agua corre libre entre jarales, tomillares, brezos y margaritas, desbordándose en cascadas y chorreras. Tierra de agua abundantísima.

Podemos elegir entre hacer una visita corta a **Bohonal de Ibor**, un simpático pueblo de ochocientos habitantes, o seguir hasta **Guadalupe** disfrutando de los paisajes.

Pasamos por dos pueblos más: **Castañar de Ibor** y **Navalvillar de Ibor**, y poco antes de llegar a Guadalupe, atravesamos El Humilladero, junto al Cerro de la Brama.

Ya en **Guadalupe**, el destino de este peregrinar por la ruta de los frailes, las calles son estrechas y empinadas. El viajero ve corretear puercos y gallinas y, al atardecer, el ganado abreva en las fuentes.

El pueblo desborda limpieza, fachadas blancas, casas con huertos verdes, voladizos balcones de madera. La gente trabaja el bronce. Si nos topamos con el ceremonial callejero de una boda, no debemos darla por feliz coincidencia pues los extremeños tienen a bien casarse en Guadalupe y celebrar el evento en el Parador o en la Hospedería del convento.

La Virgen de Guadalupe es patrona de Extremadura. La ciudad del mismo nombre («Guadix» río y «lupus» lobo) está presidida por el Monasterio. El recinto fue fundado por el rey Alfonso XI de Castilla a mediados del siglo XIV para conmemorar su victoria sobre los sarracenos a orillas del río Salado, en el mismo lugar donde fue descubierta, en 1320, una estatua de la Virgen.

Según la leyenda, la estatua habría sido esculpida por el propio San Lucas y enterrada en el valle del río Guadalupejo para protegerla del pillaje árabe. Unos siglos después, la Virgen se emergió para rogarle a un pastor que desenterrara su efigie.

Durante los siglos XIV a XVI fue uno de los grandes centros de peregrinación de España.

Cristóbal Colón la homenajeó durante su segundo viaje, dando nombre a uno de sus descubrimientos.

Los Reyes Católicos, después de conquistar Granada, vinieron a ofrecerle sus devociones.

Numerosos conquistadores, príncipes y soberanos hicieron importantes donaciones a Guadalupe.

El Monasterio fue abandonado en 1835, pero recuperado por los frailes franciscanos en 1908.

No debía vivirse del todo mal allí, sobre todo si se tiene en cuenta el refrán popular: «Mejor que conde o duque, fraile de Guadalupe».

Y al amparo del monasterio y sus dependencias nació el pueblo, **La Puebla**, que es como se llama a todo lo que hay alrededor de la monumental construcción formando con ella una unidad sin estridencias, armónica, esplendorosa, sin que parezca un añadido artificioso.

Famosa fue la «botica» del monasterio, que se abastecía en las huertas de hierbas medicinales que se plantaban en el pueblo, pues los frailes tuvieron poder para ejercer medicina y cirugía y realizar autopsias y vivisecciones, y analizar la orina que era llevada por los enfermos a la puerta del Monasterio.

Prestigiosos médicos europeos impartieron las enseñanzas de la época y curaban sífilis y bubas.

Existieron también escuelas de miniaturas, completísima biblioteca, abierta hoy día al visitante, escuela de bordados y, desde 1845, alojamiento para reyes por si se les ocurre pasar o visitar el lugar.

Guadalupe ofrece una equilibrada mezcla de gótico y mudéjar, de piedra y ladrillo y de torre cuadrada y redonda, pero también de recogimiento (el de los frailes, con sus telas blancas y blandas y muy personales, en su interior) y de expansión (la de los viejos, absortos y lánguidos, que toman el sol en sus muros), y la de los niños que juegan a las puertas del convento.

Si ha decidido comer en Guadalupe, pida alubias con perdiz, lentejas con liebre, manos de cerdo con tomate, lomo de cerdo frito, huevos a la extremeña, liebre a lo campestre o picadillo de cerdo... tiene donde elegir. Y para beber, vino de Cañamero. ¡Y buen provecho!

GUERRA Y BODA ENTRE LOS ALMARAZ Y LOS MONROY

Los Almaraz y los Monroy, familias extremeñas de linaje, mantuvieron desde antiguo discrepancias y rencillas. Algunos arrebatos acabaron con el asesinato de un Monroy a manos de un intrépido Almaraz.

Años después de aquel crimen, en la Corte, el mariscal Garci González de Herrera invitó un día a comer a un antiguo amigo, ya anciano y achacoso, llamado Diego Gómez de Almaraz. Quiso la casualidad que también acudiera al banquete el joven Hernán Rodríguez de Monroy. Cuando éste advirtió que el huésped de la casa era el asesino de su abuelo, se levantó de la mesa, enérgico pero correcto, y abandonó la casa.

González de Herrera, sorprendido por lo ocurrido, y procurando ocultar su admiración por el arrogante y recio gesto del joven, dijo a su invitado el señor de Almaraz:

— ¿Qué os parece, señor primo, el pollo que se cría aquí?

Y Diego de Almaraz, que había quedado impresionado por la firmeza y resolución del muchacho, respondió:

— Una sola hija tengo y la casaría con él.

El curioso incidente, en efecto, terminó en boda.

Almaraz y Monroy, eternos rivales, se reconciliaron casando a dos de sus miembros, Hernán Rodríguez de Monroy e Isabel de Almaraz.

RUTA DE LOS HIDALGOS 4

Un trayecto de nobles tradiciones.

Itinerario: Trujillo, Miajadas, Medellín, Don Benito, Villanueva de la Serena.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (152), Cáceres (45), Mérida (89) Plasencia (75).

Ciudades cuna de sangre aventurera. Entre las cien personas más influyentes de la historia de la humanidad se encuentran, según un estudio anglosajón, cuatro españoles. Son la reina **Isabel la Católica**, el pintor **Pablo Picasso** y dos ciudadanos extremeños, el conquistador de México **Hernán Cortés** y el de Perú, **Francisco Pizarro**.

Resulta difícil evitar que Extremadura sea conocida como «tierra de conquistadores». Argumentos no faltan. En Extremadura nacieron **Núñez de Balboa** (Jerez de los Caballeros); **Hernando del Soto** (Barcarrota, Badajoz); **Pedro de Alvarado** (Badajoz); **Nicolás de Obando** (Cáceres), **Pedro de Valdivia** (Villanueva de la Serena, Badajoz), además de los citados **Francisco Pizarro** (Trujillo, Cáceres) y **Hernán Cortés** (Medellín).

Ni Extremadura es solo tierra de conquistadores, ni nuestros conquistadores se conformaban en ser simples aventureros. Comandantes de expedición instruidos, entre otras, en el arte de la navegación, muchos de ellos, casi todos, procedían de familias hidalgas. Tal era el caso, por ejemplo, de Núñez de Balboa, Hernán Cortés o Pedro de Valdivia, aunque en otros como el de Pizarro bien es verdad que se dice que nunca aprendió a leer ni a escribir.

Proponemos al lector una ruta que le familiarice con el entorno de gran parte de estos hidalgos. Gentes con vocación exploradora que tuvieron la suerte de nacer cuando estaba dando un vuelco el mapa del mundo. Todos eran niños, o adolescentes, cuando Colón llegó a Cuba y Santo Domingo aquel octubre de 1492. Y ellos se encargarían de redondear, en menos de medio siglo, la más transcendental

gesta de la historia de la humanidad. De aquí salieron camino de la aventura, de Trujillo, de Medellín, de Villanueva de la Serena, de ciudades en las que hace quinientos años el rango y la distinción se conseguían, como en tantas otras, demostrando capacidad para la lucha.

Cortés, por ejemplo, como cualquier «caballero» de la Castilla medieval, aspiraba a conseguir un feudo y vasallos, a asegurarse un título, a ganar renombre en el mundo entero. Y todas estas ambiciones las realizó gracias a la conquista de México. Terminó su vida como Marqués del Valle de Oaxaca, casó a su hijo y a sus hijas con personas de la alta aristocracia de Castilla y, como dice Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, en todo lo que mostraba así en su presencia como en pláticas y conversación, y en el comer y el vestir, en todo daba señales de gran señor». Luego, eso sí, se solían rodear de tripulaciones a veces integradas por «lo peor de cada casa». Gentes que no sabían lo que era ni servir a Dios ni a su Majestad y que se jugaban a cara ó cruz su vida a cambio de riquezas, honor y gloria. Era la codicia, la sed de poder y fama lo que inspiraba a estas gentes y a muchos de sus jefes. Aquel séquito procedía de familias humildes y de tierras míseras, gentes que acostumbraba a conseguir la riqueza mediante guerras y saqueos.

Pero nunca los acomodados de la tierra cambiaron nada en la historia, nunca descubrieron nada, nunca revolucionaron nada, nunca les gustó el progreso, sobre todo si para apostar por él, en la Extremadura de aquella época había que prescindir de parte de la mano de obra que cultivaba sus tierras y cuidaba sus ganados.

Los hidalgos extremeños, con un puñado de aventureros, sí que lo hicieron, y ahí ha quedado para siempre. Como la tierra donde nacieron y por la que ahora vamos a pasearnos.

Primer tramo: Trujillo — Miajadas

La vida de **Trujillo**, para sus habitantes y para los que vienen de fuera, gira en torno a la **Plaza Mayor**. Y la Plaza Mayor son los soportales, el caballo de Pizarro y el propio Pizarro, ilustre hijo de la tierra, conquistador de Perú. El caballo que monta el hidalgo parece el punto en el que convergen las atenciones y las intenciones de los que están y de los que llegan a Trujillo. Los caballos nunca fueron unos animales como otros. Su destino es más inseparable del humano. Entre ambos interviene una dialéctica particular, fuente de paz o conflicto. Cuando hay conflicto entre ambos, la carrera emprendida puede conducir a la locura y la muerte; cuando hay acuerdo, aquélla se hace triunfal. Las tradiciones, los ritos, mitos, cuentos y poemas que evocan el caballo expresan las mil y una posibilidades de este juego sutil. Pizarro y su caballo recuerdan a diario en Trujillo, a propios y extraños desde su emplazamiento en la Plaza Mayor, que estamos en una ciudad-símbolo de conquistadores que conserva todo el encanto del pasado. La roca viva del cerro le dio cimientos y los berrocales que la rodean fueron la cantera de donde surgieron esas formas de la arquitectura.

El casi mágico complejo urbano de Trujillo está dividido en dos zonas claramente diferenciadas, aunque unidas.

Por un lado «La Villa», que es la parte más antigua y elevada, y por otro, debajo, los restos de la Turgalium ibero-

rromana y la Torgiela musulmana. Veremos que sus estrechas calles, tortuosas y empinadas, nos recuerdan más al entorno medieval.

«La Ciudad» se extiende extramuros. Es el resultado del enriquecimiento y esplendor que conoció la población tras la conquista del continente americano.

La expansión ya había comenzado a fines del XV, pero se debe sobre todo a los siglos XVI y XVII.

Para algunos historiadores, la ciudad que visitamos fue fundada por el propio Julio César, emperador de los romanos, y su nombre procedería de «Turris Juliae», pero la opinión más generalizada es que sus fundadores fueron los pueblos íberos prerromanos y la llamaron Turgalium, que quiere decir "sin agua, o escaso de agua" ¿No es sorprendente una ciudad milenaria en un paraje tan poco generoso con la vida vegetal?

Francisco de Pizarro y su paisano Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas, fueron compañeros en Perú. Pero muchos más paisanos notables tuvieron importantes cargos al otro lado del Atlántico: Fray Jerónimo de Loaísa fue el primer obispo de Lima y Cartagena de Indias. Diego García de Paredes fundó en Venezuela la nueva ciudad de Trujillo. Recordemos la importancia que en la conquista tuvo el mestizaje. El conquistador se mezcló y convivió con los indígenas, y la mujer del propio Pizarro fue una de ellas, doña Inés Yupanqui Huaynas, hija y hermana de los últimos emperadores Incas y hoy inmortalizada en algunos bustos de piedra de la ciudad.

Ya habremos advertido la presencia del **Castillo** o alcazaba que domina la ciudad y la llanura, castillo que sugerimos visitar, acompañado, por supuesto, en noches de luna

llena. Y mientras conversamos, es un decir, con la persona que nos acompañe, recordar que se trata de una de las grandes fortalezas que el califato de Córdoba tuvo en la península Ibérica. La estructura tiene como antecedentes la alcazaba de Mérida, y también el castillo de Tarifa, y el de El Vacar. Con el tiempo, lógicamente, la fortaleza de Trujillo ha sufrido modificaciones.

Dispongámonos ahora a subir y bajar por las calles de «la Villa». Todo es piedra, y piedra, materia ambivalente, y arcos, y rejas y alguna que otra torre. Las murallas han sufrido transformaciones y reparaciones. La zona mejor conservada es la de poniente, opuesta a la expansión de la ciudad porque no ha sido absorbida por las casas. De las antiguas puertas del recinto amurallado no queda ninguna. Las cuatro actuales son posteriores a la reconquista.

La guerra de la Independencia convirtió Trujillo en un montón de escombros, pero todavía hoy son muy numerosas las casas fuertes y solariegas, producto de reconstrucciones y adiciones de varias épocas.

Descubriremos en el itinerario, que es recomendable hacer a pie, el **Alcázar de Luis Chávez el Viejo**, que formaba parte de la fortificación de La Villa; el **Alcázar de los Altamirano**, conocido por el «Alcazarejo»; la **Casa fuerte de los Escobar**; el **Alcázar de los Bejarano**....

Fijémonos en la **calle de las Palomas**, una de las más emblemáticas. Allí está, al final,la casa natal y solariega de Francisco de Orellana, el hidalgo extremeño que en 1538 fundara la ciudad de Santiago de Guayaquil, y que posteriormente fuera nombrado gobernador y capitán general de un lugar que se llamó "Nueva Andalucía" en pleno corazón de la selva amazónica.

Nada mejor para finalizar el trayecto que rendir una mínima visita a la **Casa solariega de los Pizarro**.

Pero no podemos abandonar la villa sin echar una ojeada a la **Iglesia de Santa María la Mayor** (siglo XIV, pero muy reformada en el XVI), al parecer construida sobre la mezquita **Alhama de Torgiela**.

Nos podemos ir hacia la Plaza Mayor. ¡Cómo se manifiesta aquí la gloriosa historia de la ciudad! Los soportales, como los de otras ciudades castellanas o extremeñas, tienen su origen en que era el tradicional lugar de mercado y recibían el nombre de los productos que en ellos se vendían, por ejemplo el soportal de las verduras o el soportal del azúcar... Imaginemos la plaza como escenario de juegos de cañas, toros, ceremoniales, procesiones y autos sacramentales. Hay un trasfondo de riqueza, en la construcción de algunas casas, que son recuerdan de cómo corría el oro y la plata tras la conquista. Otras, más sencillas, proporcionan un tono popular al ambiente.

Y en cuanto a la **estatua de Pizarro** (obra del norteamericano Carlos Rumsey) de la que hablábamos más arriba y que preside la plaza, hay todo tipo de opiniones. Para unos está bien donde está, para otros estorba porque no está colocada en el centro. Todos parecen sentirse orgullosos de que Pizarro sea hijo de esta ciudad. El escultor Rumsey hizo dos y regaló las dos. La gemela de ésta la donó a la ciudad de Lima.

Si el visitante todavía no está agotado del todo puede seguir su paseo por los palacios y casas señoriales extramuros. Encontrará en ellas balcones en ángulo (qué bonito el del **Palacio del Marqués de la Conquista**) portadas y fa-

chadas, la **Iglesia de San Martín** y dos conventos, el de **San Miguel** y el de **San Francisco**.

Si ya tiene hambre, cosa probable, quédese a comer. Puede hacerlo en el Parador, antiguo **Palacio de Santa Clara**. Pida sopa de tomate con higos, gazpacho blanco y moraga. Si ya ha está harto de ver piedras, métase en el coche (seguro que lo tenía aparcado en la Plaza Mayor) y tome la nacional V hacia Badajoz, pero no se preocupe. No vamos tan lejos. Nos paramos en **Miajadas**, a 39 kilómetros.

Segundo tramo: Medellín — Villanueva de la Serena

Medellín es la patria chica de Hernán Cortés quien, como ocurre en Trujillo con Pizarro, preside la ciudad desde su estatua, ahora sin caballo, situada también en la Plaza Mayor.

La ciudad mantiene una vida tranquila, e incluso ha empezado a perder población, hoy reducida a unos dos mil quinientos habitantes. Utilizamos también esta ciudad en la ruta latina. Complete el lector con lo que allí decimos.

Ya habrá advertido el viajero hemos dejado la N-V y seguimos la C-520 hacia **Don Benito** y **Villanueva de la Serena**. Una copla popular nos explica algo de esas tierras:

DON BENITO POR BONITO
GUAREÑA POR SUS BODEGAS,
MEDELLÍN POR SU CASTILLO,
POR LAS TINAJAS, CASTUERA.

Son la **Vegas Altas del Guadiana**. El predominio absoluto de toda la comarca corresponde a las tierras cultivadas,

en especial junto al río, lo que no impide que el ganado, sobre todo en estas localidades, tenga un interés grande que se pone de relieve en las abundantes ferias de Don Benito.

Ese paisaje uniforme de los campos cultivados se transforma en los pueblos en los que con frecuencia salen al paso históricos restos de los castillos y torres, que evocan un pasado glorioso.

Don Benito es la capital comarcal, en franco auge. Su población no ha cesado de aumentar, aunque lentamente (en la actualidad unos treinta mil habitantes). Aquí se considera a **Donoso Cortés** como algo propio porque fue vecino de la villa, aunque nació en 1809 en el pueblo de al lado, **Villanueva**. Donoso Cortés fue miembro de la Academia de la Lengua, prestigioso escritor y también hidalgo.

Villanueva de la Serena es el centro vital de esta zona de regadío. Nació como una modesta aldea que llegó a gozar del título de ciudad y que en la actualidad tiene casi veinticinco mil habitantes. Ahora es dinámica y alegre, y en ella se combinan las señoriales mansiones blasonadas con las calles anchas, rodeadas de modernos edificios y de amplios ecos de la conquista de América. En nuestra ruta de los hidalgos estamos en la patria chica de **Pedro de Valdivia**, nacido por estas tierras en 1498. Desde 1534 vivió en el Nuevo Mundo, hasta su muerte en 1553 por un levantamiento de los araucanos. En esos diecinueve años se ganó la confianza de Pizarro en la batalla de Salinas, a la cabeza de doscientos españoles. Inició la conquista del actual Chile, fundó la ciudad de Santiago y otra que llamó La Serena en honor de su homónimo extremeño. Sofocó la rebelión de Gonzalo Pizarro en Perú, y volvió a Chile con el nom-

bramiento de gobernador. Y todavía tuvo tiempo de fundar tres ciudades más: Concepción, Imperial y Valdivia.

Hemos llegado al final de nuestra ruta. Si el viajero tiene ánimos, puede prolongar su viaje hasta **Castuera**, zona donde también vivió Pedro de Valdivia, y soñar con cualquiera de los barcos que debieron llevar a tantos hidalgos hasta el otro extremo del océano.

LAS TORRES DE TRUJILLO Y EL ATLÉTICO DE BILBAO

El semanario trujillano «La Opinión» dio, el primero de marzo de 1973, la noticia de que en lo alto de la torre Julia de Trujillo, de estilo románico, en un capitel, habría tallado en piedra un escudo del Atlético de Bilbao con la inscripción de hace pocos años.

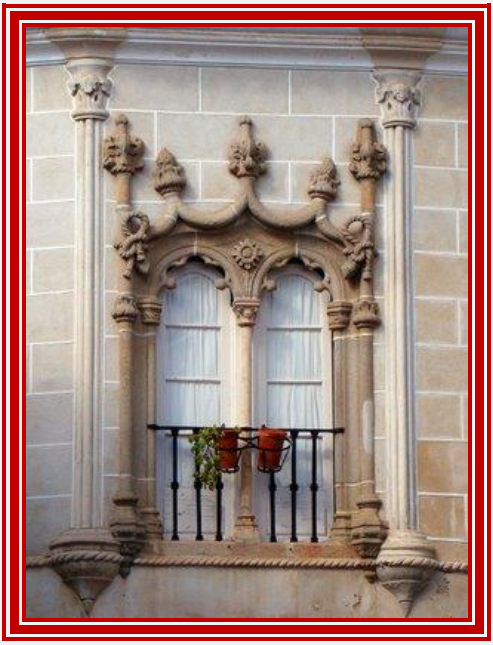
Y pudo comprobarse que era cierto, que estaba allí, en la fachada de la Plazuela de los Moriscos, en el capitel que remata el último cuerpo de dicha torre. Tiene unos cincuenta centímetros de alto y su autor es el cantero Antonio Serván, conocido popularmente por «El Rana» quien, gozando de la confianza de los técnicos que dirigían la obra solía preguntar: *¿Le parece a usted bien que haga una flor en aquel saliente?* Y el técnico contestaba: *Haz lo que quieras*. Y pasados unos días volvía a preguntar: *¿Qué tal quedaría una cara de hombre sobre aquella cornisa?*, Y le contestaban: *Quedaría muy bien*. Así que preguntó de nuvo: *¿Le parece a usted bien que haga un escudo en este capitel?* Y le dijeron algo molestos: *Pues sí, me parece bien, haz un escudo*.

Y el Rana labró en cantería el escudo de su equipo preferido: el Atlético de Bilbao. El arquitecto, cuando ya había

corrido la noticia, la zanjó con las siguientes palabras: *Esto ya es historia. Este escudo no se quita. Además, cuando pasen muchos años y alguien estudie esta torre, podrá fijar la fecha de la obra de restauración, precisamente por ese escudo que pone de manifiesto la afición por el fútbol que existe en nuestra época*.

RUTA DE LOS AIRES LUSITANOS 5

La historia de Olivenza a través de sus gentes



Itinerario: Olivenza, Cheles, Villanueva del Fresno, Oliva de la Frontera, Higuera de Vargas, Alconchel, Barcarrota, Almendral.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (25), Cáceres (116), Mérida (91) Plasencia (201).

Las fronteras, las líneas que dividen a unos pueblos de otros y les hacen regirse por normas diferentes, son, la mayoría de las veces, abstracciones. Las líneas que la cultura occidental utiliza para el dibujo y para la expresión gráfica en general, son para el artista africano, en cambio, una abstracción, igual que el punto. Pero quizás pueda uno preguntarse si son simples convenciones tradicionales o símbolos propiamente dichos. Lo más probable es que las opiniones varíen según el nivel de interpretación en que se sitúe cada uno frente a esas imágenes.

El caso de **Olivenza** posee una atractiva peculiaridad que limita con lo poético, lo mágico, lo histórico y lo político. Olivenza, ciudad pacense de unos diez mil habitantes, se alza a unos veintitantos kilómetros de Badajoz, margen izquierdo del río Guadiana que en esta zona es frontera con Portugal. Olivenza es capital de una rica y atractiva comarca llamada los Llanos, a la que pertenecen villas como San Benito de la Contienda, San Jorge, Villarreal, Santo Domingo y Táliga. Los más casi mil quinientos kilómetros cuadrados que tiene su partido judicial han vivido a lo largo de la historia curiosos episodios que han convertido su soberanía en una especie de pelota de ping-pong.

Los tratados de historia nos cuentan que en 1257 Olivenza fue cedida por Fernando IV, rey de Castilla, a Portugal. Casi cuatro siglos después, en 1657, fue ocupada por tropas españolas que comandaba el duque de San Germán durante la guerra hispano-portuguesa. Once años más tarde, el tratado de Lisboa la devolvió a Portugal. Y tuvo que

pasar otro siglo para que volviera a ser española. Esto ocurrió ya en junio de 1801 exactamente, cuando acabó la guerra de las Naranjas y se firmó el Tratado de Badajoz.

El último episodio de esta eterna serie periódica de tiras y aflojas fue la pintoresca pretensión de un almirante portugués nada menos que el 15 de julio de 1981, muertos ya los dictadores Franco y Salazar y a punto de entrar España en la OTAN tras cinco largos años de transición democrática. Aquel todavía cercano 15 de julio, el Almirante Pinheiro de Azevedo, que había sido primer ministro tras la revolución de los claveles se desmelenó al amanecer, se abrochó con el mejor mimo hasta el último botón de su uniforme y se marchó resuelto al cuartel para proponer el sitio de Olivenza con un batallón de comandos. La cosa no pasó de ahí, pero un año después volvió a la carga con un libro en el que se despachaba textualmente de esta guisa: «Hay que organizar concentraciones de cien mil a medio millón de portugueses, juramentados en ciudades y aldeas españolas próximas a Olivenza».

Pero España era ya miembro de la OTAN. Con solo un mes de antigüedad, pero miembro. Para que la propuesta tuviera algún tipo de éxito había que conseguir primero que la organización atlántica no vetase la conquista, que el estado portugués estuviera dispuesto a suministrar los medios necesarios y que el Tribunal Internacional de la Haya pronunciase sentencia favorable. Ahí es nada. Minucias...

A Pinheiro de Azevedo, que murió en agosto de 1983 sin ver cumplida su ilusión de ser jefe del estado portugués.

Vistas las cosas com perspectiva más amplia, tampoco son tan banales las pretensiones sobre Olivenza. Si al viaje-

ro le sirve de dato, resultará difícil encontrar un solo oliventino que quiera dejar de ser español.

Recorran la comarca disfruten de ella a placer, e intenten buscar un lugareño que opine. Luego reflexionen.

Primer tramo: Olivenza — Cheles

De Badajoz a Olivenza seguimos la comarcal 436. Cruzamos el río Olivenza, que riega una zona verde en el dominante secano de encinas, viñas y olivares. La ciudad se alza en una llanura de suave inclinación rodeada de sierras. Es blanca y limpia, sus calles. despejadas.

En este reluciente paraje descubrimos largos paseos sombreados con palmeras.

Pues sí. Los habitantes de Olivenza hablan portugués y castellano y el aspecto de la localidad desprende ciertos aires lusitanos. Y es que aire es el medio propio de la luz, del vuelo, del perfume, del color, de las vibraciones; es la vía de comunicación entre la tierra y el cielo. En el aire hay una libertad que habla y vuela sola, que ilumina.

Quizás escuchando ciertas lecciones de la imaginación, los llamados Caballeros del Templo se decidieron a fundar Olivenza allá por el año 1228, según las crónicas. Y lo hicieron en lo que por aquel entonces era territorio árabe.

Le pusieron **murallas**, por supuesto, con cuatro huecos o puertas de las que tres se conservan. La puerta del Calvario muestra las armas de Portugal.

Buscamos, porque nuestra ruta así nos lo ha inspirado, el arte manuelino en la **iglesia de Santa María Magdalena**, (siglo XVI). Dicen que es una joya, y esperamos que el visitante comparta la idea. Comprobemos: la portada principal

es de mármol profusamente decorado con medallones, columnas jónicas, cabezas aladas de angelitos, y niños sosteniendo un escudo, que como se sabe es un arma pasiva, defensiva, protectora, aunque sea a veces mortífera. Preparémonos antes de entrar si nunca hemos visto su interior ni siquiera en fotografía. ¿Recuerda haber visto antes columnas tan armoniosamente retorcidas? Fíjese también cómo la nave central se eleva sobre las laterales para realzar el espacio del conjunto. Y es que la sociedad oliventina del XVI, que no serían todos, retrató el espíritu religioso que la impregnaba a toda ella en construcciones arquitectónicas monumentales.

No recayeron todos los gastos en el pueblo, pues importantes rentas soportaron las corona, la nobleza y la propia iglesia, que por entonces tenían más poder que ahora y es de suponer que también más liquidez.

La influencia portuguesa aparece también en el **Hospital de la Caridad**, del año 1501 exactamente. Podemos detenernos también en los azulejos de la capilla que representan escenas bíblicas, hermosos pasajes de las escrituras resueltos en un estilo claramente lusitano.

Dirijámonos ahora al **Palacete de los Duques de Cadaval**, que ha sido biblioteca y ayuntamiento. No hace falta ni entrar para empezar a gozar, porque todo está en la puerta: una sugerente portada que se extiende por la pared en cinco tentáculos enriquecidos con esferas, escudos y coronas. El monumento manuelino, aunque contemporáneo del plateresco español, guarda unas diferencias evidentes. El plateresco tiende a decorar toda la superficie de la fachada, mientras que el manuelino concentra la decoración en los

vanos, y la hace contrastar con la superficie desnuda del muro.

Manuel I fue rey de Portugal de 1495 a 1521. Por entonces ya existía el **castillo** (1303) que fue mandado construir en época de su antecesor don Denis. Podemos comprobar al observarla que se trata de una fortaleza sobria, geométrica, que inspira sensación de inexpugnable. Quizá por ello fuera, con el tiempo, convertida en prisión.

Olivenza fue una plaza de rango. La torre del castillo tiene la misma propiedad que la Giralda de Sevilla: se puede subir a caballo hasta arriba.

En la **iglesia de Santa María**, deténgase el viajero en el retablo con el árbol genealógico de la Virgen.

Antes de dejar el lugar, por qué no, reforcemos el estómago degustando el **Técula-Mécula**, una especie de torta que se elabora en la zona con tocino de cerdo, yemas, bizcocho y almendras. Sabe a mazapán y probablemente le va a gustar.

Nuestra ruta sigue ahora hacia **Cheles**, atravesando algunos pequeños afluentes del Guadiana que, a esta altura, corre fronterizo con Portugal.

En **Cheles** (también lo veremos en **Alconchel**) se encuentra el recuerdo del maestre don Gutierre de Sotomayor, que en tiempos dominó ambas localidades. Cheles fue luego de los condes de Vía Manuel, que están enterrados en la **parroquia de la Concepción**, en la que hay bastante mármol portugués de Villaviciosa. Los condes de Vía Manuel construyeron en Cheles su palacio.

Segundo tramo: Villanueva del Fresno — Almendral

A la salida de Cheles el Guadiana nos abandona y se adentra en Portugal. Nos hemos quedado sin un agradable compañero de viaje, pero llegamos a la localidad fronteriza de **Villanueva del Fresno**, zona majestuosamente plagada de paisajes a nueve kilómetros de la localidad portuguesa de San Leonardo. Olivos, caza menor, harinas y ganaderías, garbanzos y azafrán. Sus gentes se interesan por la artesanía alfarera, en la que consiguen imaginativas piezas de excelente factura.

Si hay ánimos, el visitante no se arrepentiría de pasarse por las ermitas de **San Antonio** y del **Cristo de la Expiración**. La comarca de Los Llanos de Olivenza es, en una proporción que supera la mitad de su superficie, zona de labranza, la mayoría de secano, aunque hay una pequeña parte de regadío a través de canales que conducen el agua desde el pantano de Piedra Aguda. Las zonas de regadío producen sobre todo trigo, algodón, maíz, pimientos, tomates y patatas. Las tierras de secano se dedican al trigo, cebada, avena, garbanzos y centeno, y el trabajo y la dedicación de sus agricultores hacen que se lleguen a obtener excelentes rendimientos.

Cerca del río Ardila, que también corre fronterizo durante un tramo, se levanta la localidad de **Oliva de la Frontera**. El pueblo tiene unos ocho mil habitantes, considerable población si la comparamos con las vecinas. Descubra si tienen sus gentes o no razón para enorgullecerse de su santuario del siglo XV, dedicado a la advocación de **Nuestra Señora de la Gracia**.

Tras la experiencia, dejamos en nuestro itinerario la carretera C-431 a tres kilómetros de Oliva de la Frontera para irnos en dirección a **Higuera de Vargas**.

Disfrute el paisaje de la carretera local y aproveche para degustar los Técula-Mécula que compró en Olivenza, si es que le queda alguno.

De Higuera de Vargas nos dirigimos a **Alconchel**. Alfonso I de Portugal ganó este enclave en 1166, cedido en convenio al reino castellano. Lo más interesante y ornamental de la zona es **El castillo**, construido en un cerro, dominando los parajes como un centinela que vigila ocioso el paso del tiempo de la ciudad. Los habitantes de Alconchel tradicionalmente son tejedores.

Atención a la gastronomía: pruebe, en una zona productora de queso como es ésta, las famosas *quesaíllas*, una deliciosa variedad difícil de describir. Y además es de esas cosas que mejor no explicarlas.

Si todavía le quedan fuerzas, que probablemente las tiene, sobre todo si no ha echado en saco roto el consejo de las *quesaíllas,* visite las localidades de **Barcarrota** y **Almendral**. La primera, en su modesta apariencia, fue patria chica de Hernando de Soto, conquistador de Florida. La segunda, Almendral, no es menos ilustre. Es, ni más ni menos, que el señorío de la casa de Feria. Recreémonos, humildemente, en los **templos de la Magdalena y de San Pedro** y, si usted lo desea, en el cercano **castillo de los Arcos**, que fue primero encomienda y después condado y sus señores eran los descendientes de los Suárez de Figueroa.

Apellidos, costumbres y maneras, impregnados todos ellos de una gran carga de aires lusitanos. No hay aquí aires malignos, no hay malas vibraciones. Son aires sanos, que

desprenden un aroma universal y purificador. Y lo hemos comprobado a lo largo de la ruta. A lo sumo, la única cosa negativa comprensible, y tampoco tan negativa, sería que estuviéramos algo cansados. Pero seguro que también satisfechos.

LA VENTANA MANUELINA DE CÁCERES

El estilo manuelino, como sabe el lector, es una genuina representación del plateresco en su versión lusitana. Los artistas del país vecino supieron poner su impronta en las modas arquitectónicas del momento histórico, época tan esplendorosa para portugueses y españoles. Era de esperar. El arte es también compañero del imperio.

Nuestros actuales tratados de arte manuelino pretenden ser fieles reflejos de todas las manifestaciones que existen en Extremadura de aquel estilo. La ciudad que más fielmente lo refleja es Olivenza, pero también la capital, Badajoz, tiene algunas muestras, pocas, en casas señoriales de la época.

En la provincia de Cáceres también hay una: está en la localidad fronteriza de Valverde del Fresno y tuvo importancia en su momento pues se trata de una casa señorial varias veces reconstruida.

Hoy, todas aquellas manifestaciones artísticas se han perdido y no conocemos a los responsables. Pero queda algo: una ventana, la que encabeza esta ruta. Los tratados de arte siguen citándola. Una ventana es una ventana.

RUTA DE LAS ERMITAS BLANCAS 6

Campanarios y chimeneas que buscan el cielo

Itinerario: Malpartida de Cáceres, Arroyo de la Luz, Navas del Madroño, Brozas, Alcántara, Mata de Alcántara, Garrovillas.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (104), Cáceres (12), Mérida (83, Plasencia (97).

La ruta de las Ermitas Blancas nos traslada por pueblos a los que Cáceres suele mira a la hora del poniente y que nos llevan a acariciar el margen izquierdo del río Tajo cuando se encuentra a punto de abandonar territorio español y enfila la frontera con Portugal camino del Océano Atlántico.

, porque en cada pueblo de los que vamos a visitar hay alguna iglesia a modo de Ermita Blanca.

Quizá **Navas del Madroño** sea el pueblo que menos alicientes monumentales ofrece, pero sí es el que mayor número de chimeneas eleva al cielo, a modo de prolongación de sus hogares.

Las torres de las catedrales, de las iglesias de cada pueblo, han simbolizado en muchas ocasiones la búsqueda de una mayor proximidad al las estrellas, de una mayor cercanía a Dios. En gran parte de las ciudades españolas, ninguna construcción rebasó durante siglos las cúpulas de sus templos. En Sevilla, por ejemplo, hasta hace poco se presumía que ningún edificio podía superar en altura las dimensiones de la Giralda. Y así parece que continúa, porque ni siquiera el mirador de la Cartuja, el edificio más alto de todos los construidos para la Exposición Universal (1992), la rebasa en altura. Mide un metro menos que la Giralda.

A menor escala, la «cultura de las ermitas blancas" así como la construcción de grandes y ampulosas chimeneas que compitan con los campanarios. es una modesta aproximación rural a esta filosofía, a esta especie de actitud reverencial, de profesión de una fe que invitaba a una mayor cercanía con el infinito, siempre simbolizado por un firmamento inalcanzable que también durante mucho

tiempo representó al paraíso, al lugar de nuestro creador, al remoto origen.

Las chimeneas tradicionales contaban, y cuentan, con un elemento ventajoso en sus comparaciones con los campanarios: ellas ayudaban a salir los humos, malos y buenos, en su camino hacia las alturas, hacia la morada de los dioses. Y los humos, cuando abandonaban por ejemplo la famosa **Casa de la chimenea** de Malpartida de Cáceres, pasaban junto a la torre del templo parroquial y rebasaban la altura de unas campanas que, probablemente, mirasen con envidia la posibilidad que tenía el humo de acercarse al cielo un poquito más que ellas.

Desde las muchas casas con chimeneas de siglos que podemos contemplar en esta ruta se creyó que por ahí huían los malos espíritus. Hoy suelen ser depositarias por navidades de importadas ilusiones infantiles que sueñan ver descender por ellas la generosidad de un moderno Papá Noel dispuesto a llenarle la casa de regalos.

Los tiempos cambian, pero las chimeneas, las ermitas blancas y todo lo que acompaña su ruta ahí continúan, para quien las quiera disfrutar.

Primer tramo: Malpartida de Cáceres — Brozas

La conocida **Casa de la Chimenea de Malpartida** da salida a esta sugestiva ruta cecereña. Estamos muy cerca de la capital. Esta casa del linaje Topete ostenta en su fachada principal sus huecos adintelados y el escudo de armas. El edificio debió construirse en la primera mitad del siglo XVIII, si es que no es anterior. En todo caso, por entonces sufrió una profunda reforma. La personalidad de la ciudad queda

de manifiesto en las pretensiones de su museo pues las mruinas de los abandonados edificios del Lavadero fueron adaptadas y se convirtieron en sede del Museo Municipal de Arte Moderno, que hoy expone obras de vanguardia.

Seguiremos el viaje por la carretera comarcal 523 hacia Arroyo de la Luz. Son los hombres de esta comarca auténticos artistas de los trabajos artesanos. Saben mantener el espíritu ancestral y lo orientan principalmente hacia la alfarería, cerámica y guarnicionería, con ánimo más artístico y de recreo que de lucro, de ahí que no se industrialicen sus técnicas. **Los alfareros de Arroyo de la Luz** eran ya conocidos en los mercados españoles del siglo XVI, mientras que los trabajos en piel y repujados les vienen de herencia musulmana, y los complementan con policromía y pan de oro.

Visitemos la **Plaza porticada**. El apetito del forastero puede quedar satisfecho en esta localidad en cuyos alrededores existen hermosas charcas, solicitando una suculenta tenca, pescado que constituye uno de los más apreciados y famoso manjares de la cocina cacereña.

En la **Iglesia de la Asunción** descubriremos el retablo: una magnífica obra salida de los pinceles del inmortal extremeño Luis de Morales, *El divino*, compuesta por veinte cuadros elaborados entre los años 1560 y 1563.

Las **Navas del Madroño** es probablemente el pueblo que más contribuye a que esta ruta de las Ermitas Blancas se le llame también ruta de las chimeneas. Y la verdad es que hay chimeneas por estos pueblos situadas en casas que tienen auténtica personalidad propia. Edificios en los que los cercos de granito de los vanos destacan en los blancos parámetros de las fachadas, orgullosamente equilibradas. La iglesia parroquial de Navas del Madroño, en honor a

Nuestra Señora de la O, es uno de esos templos dispersos por los pueblos extremeños en los que sorprenden sus exageradas dimensiones y cabe pensar que en ellos pueden albergarse a la vez todos los habitantes de la feligresía y aún sobraría espacio.

A once kilómetros, **Brozas**. La primera impresión, una población rural con un tinte urbano. La Plaza de Toros, la avenida de Gabriel y Galán, con sus setos, rosales y árboles bien cuidados nos conducen a la plaza de Fray Nicolás de Obando.

Además de sus casas solariegas (casa-palacio de los Bravos) y de los restos mutilados de los que en otro tiempo fueron amplios edificios conventuales (convento franciscano de Nuestra Señora de la Luz), se distingue la villa de Brozas por la cantidad de hombres insignes que en ella vieron por primera vez la luz. Entre ellos Francisco Sánchez, el Brocense. ¿Cabe mayor identificación del hombre con su origen?

Los más anónimos pero no menos ilustres brocenses, y también garrovillanos, han sido y siguen siendo magníficos artesanos del mueble en madera de brezo, nogal, encinas y raíz de olivo.

No debemos abandonar la localidad sin visitar el templo de **Nuestra Señora de la Asunción**. Quedaremos sorprendidos, sobre todo, por la generosidad de sus proporciones.

En el itinerario, el visitante puede disfrutar los deliciosos guisos de perdiz y bacalao, la prueba de cerdo y las migas, si viaja en invierno, las brezas en carnavales, y los potajes y huevos rellenos en cuaresma. Destaca también la dulcería variada como el arroz con leche, las puchas y los roscos de aire, huevo y vino. Para chuparse los dedos y encarar el segundo tramo con excelente ánimo.

Segundo tramo: Alcántara — Garrovillas

Aguas del Tajo riegan el oeste de la provincia de Cáceres. Se almacenan en el **Embalse de Alcántara**, tal vez el mayor lago artificial del occidente europeo. Paisaje variopinto, suelos húmedos y pizarrosos, formas caprichosamente extravagantes, rincones de playa, la reserva acuífera se extiende a lo largo de 150 kilómetros por el valle del río.

Señora de la colina por la que discurren sus calles, una ciudad que debe su nombre al **Puente de Alcántara,** sobre el Tajo. La fundaron los árabes que no se molestaron mucho al darle nombre, *Al kantara*, es decir, *el puente*.

La robusta y estilada construcción sustenta y da continuidad a una calzada de casi siete metros de ancho y doscientos de longitud apoyada en seis arcos. Fue construido en el año 106 por orden de Trajano, emperador que había nacido un poco más al sur, en la ciudad de Itálica, de la que aún se conservan las ruinas cerca de Sevilla. El puente dio continuidad a la carretera que había de unir el eje de comunicación vertical que era la vía de la Plata con el eje que, también en dirección norte-sur unía Lisboa con Braga. Dejaron aquellos ingenieros testimonio vivo del nivel de conocimiento que ya tenían. Fue, según parece, el más alto del imperio.

En que 1214 los árabes lo destruyeron.

Solo en 1543, por orden de otro emperador, Carlos V, volvió a ser útil gracias a su reconstrucción.

En el centro se encuentra un grandioso **Arco de Triunfo** de catorce metros, con las armas de los Austrias y de los Borbones. Junto a él, un pequeño **Templo romano** con una inscripción y, en su interior, un altar funerario de Cayo Julio Lácer, constructor del puente. El recinto fue *cristianizado* en los días que siguieron a la Reconquista, y se consagró bajo la advocación de San Julián. Entonces se colocó en el vértice de su frontón una cruz.

En esa línea de religión y civilizaciones está también el **Templo de Santa María de Almodóvar** que fue anteriormente, según parece, una mezquita y que, tras la reconquista de la villa por los cristianos, se dedicó al culto del Divino Salvador. En el siglo XIII se quiso levantar allí una iglesia más amplia y suntuosa, de estilo románico y así se inició, pero en el siglo XVI, los encargados de continuar con los trabajos se sintieron incapaces de completarlo y lo remataron con estilo herreriano. Ambas iniciativas son visibles en su arquitectura.

Y como en Alcántara los estilos se sobreponen, visitemos, antes de abandonar la histórica localidad, el **Convento de San Benito**, hoy en ruinas, una genial combinación del gótico (el claustro, en dos pisos) y el plateresco (el templo, en tres naves).

Cuentan que la ermita de **Nuestra Señora de los Hitos** fue utilizada como polvorín en la guerra de la Independencia. Cierto día explotó por causas desconocidas y se produjo una onda expansiva que arrojó la corona de la Virgen a unos metros. La caída produjo un hoyo, pero la corona no

sufrió el más mínimo daño. Los nativos de Alcántara empezaron a tirar piedras en aquel sitio para que nadie pusiera jamás los pies en el lugar horadado por la corona.

Seguimos la ruta por una carretera local hacia Garrovillas. En medio de un paisaje de encinas y tierras de granito, al borde ya de los pizarrales del valle del Tajo, en un lugar accidentado por numerosas vaguadas, con pequeñas lagunas que dan lugar a numerosos regadíos y criaderos de tencas, aparece **Mata de Alcántara** cuyo templo, iniciado en el año 1500 con una sola nave y todavía sin finalizar, merece una visita. Estamos todavía a sólo seis kilómetros de Alcántara.

Llegamos a **Garrovillas**, límite de nuestra ruta y cola del embalse, a treinta kilómetros de la presa. Todavía cuenta el pueblo con una arquitectura popular en la que destacan además, como en otros lugares de esta ruta de las Ermitas Blancas, las grandiosas chimeneas que también sobresalen en este itinerario. El conjunto artístico de Garrovillas se encuentra extendido por el norte de la población, entre la **Plaza Mayor** porticada (forma cuadrilonga con cinco accesos de entrada) y el **Templo de San Pedro** (construido totalmente en sillería de granito, según las normas del estilo ojival). Ahí está el **barrio de los Castillejos** (interesante conjunto de arquitectura popular y virgen, sombras de chimeneas perfectamente delimitadas), o la **Calle de las Seis Rejas** (que delatan la en otro tiempo morada de hidalgos) y el **Convento de Nuestra Señora de la Salud**, de religiosas jerónimas, fundado en 1573.

Pero lo que destaca en ese espacio es la sensación de conjunto y lo popular de su arquitectura. El viajero podrá gozar de un paseo con el sol bajo en el horizonte, con el

contraste de luz, (la del sol, la de las paredes encaladas) y sombra (la de las calles empinadas, llenas del misterio del peso de la historia, las de las chimeneas y los campanarios orientados en punta hacia el cielo).

En algunas casas del barrio las parras prolongan sus sarmientos desde un tronco que se pega a la pared. Las calles, a modo de laberinto, parecen no tener ni fin ni comienzo, cerradas por los muros de aquellas casas que, en rigor, son de la vecindad de otras transversales. Faroles de estilo que muestran que hubo ya en el pasado personas con sensibilidad rigiendo los destinos del pueblo.

Hemos pasado por muchos pueblos con ermitas y con chimeneas, unas y otras inevitablemente asociadas al humo que, como apuntábamos al principio, se identifica con el eje del mundo.

Un interesante ejercicio podría ser la búsqueda de algún posible druida, esa especie de médicos con capacidades extraordinarias, herencia de la civilización celta, que con ver solamente el humo que sale de una casa, ya pueden decir cuánta gente enferma hay allí y qué enfermedades padecen. Ruta, sin duda, de componente mágico.

LOS TOROS DE GARROVILLAS Y LA PROMESA

El garrovillano que vive intensamente su fiesta de los toros, que comenta durante todo el año las incidencias de la más reciente y de otras celebradas hace tiempo tiene, en esos toros de su pueblo, algo de llamada ancestral.

Cuentan de una mujer (la convocatoria de los toros no entiende de sexo, aunque su participación en la fiesta sea lógicamente distinta) que, ausente de Garrobillas por razón

de su trabajo, tuvo a uno de sus hijos afectado de grave enfermedad. Y se encomendó la mujer a sus más veneradas advocaciones marianas y a los santos de su mayor devoción, y les ofreció que, si su hijo superaba la dolencia, prometía algo insólito, difícil de entender para el profano en los usos y costumbres de la tierra. Se trataba de ir a Garrovillas durante la fiesta de los toros pero quedarse en casa, no asistir al festejo. Este, al parecer, era el mayor de los sacrificios, la más dura penitencia que imaginarse pueda un habitante de la zona, el peor de los suplicios.

Y claro, el deseo de ver a su hijo curado merecía, cómo no, que la buena mujer estuviera dispuesta a sufrir tanto.

RUTA DE LA ARQUITECTURA POPULAR 7

Los paisajes de suave y agreste montaña

Itinerario: Pinofranqueado, Caminomorisco, Nuñomoral, Casares de las Hurdes, Ladrillar.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (233), Cáceres (142), Mérida (213) Plasencia (57).

Desde épocas muy remotas el hombre ha conseguido adaptarse al medio en que le ha tocado vivir. Y como los bienes no están nunca repartidos por igual, (ni en la naturaleza ni en la vida diaria) sólo el norte de nuestro planeta parece ofrecer más riqueza natural que el sur, aunque no por ello el sur emigra regularmente al norte. La riqueza, la necesidad, la escasez, el bienestar son conceptos distintos según el lugar al que toca adaptar a la vida.

Encontraremos en esta ruta la belleza natural de una de las comarcas más homogéneas de Extremadura. Planea sobre ella una leyenda negra controvertida, fundada en el aislamiento y la carencia de recursos naturales que tuvo en otros tiempos y que tal vez no estén aún plenamente satisfechos. Por sus condiciones geográficas, con una densidad de población muy escasa, las gentes se agrupan en pequeños pueblos, llamados alquerías, generalmente en los márgenes de los ríos.

Apreciará el viajero el atractivo de las carreteras, con soberbios e insospechados paisajes que cruzan cientos de hectáreas de brezales y jaras florecidos en primavera. Este itinerario por **Las Hurdes**, que fue palabra mágica de la pobreza, muestra infinidad de rincones para el goce de los sentidos.

La arquitectura popular tiene como materiales básicos la pizarra y el barro, los techos son de paja y helechos, cubiertos de pizarras oscuras. Apenas se abren ventanas, ni tragaluces. Un solo hueco sirve de puerta para recibir luz y ventilación. El interior lo ocupan dos habitaciones en las que se mezclan, indistintamente, personas y animales. En las pa-

redes no se utiliza argamasa y sí se emplea barro. Estas formas de vivienda, ya superadas, quedan como recuerdos unas veces, y otras como almacenes o establos, pues hoy las casas presentan las mismas formas y comodidades que las de otros pueblos de España.

Un pueblo es una hermosa conjunción de lo antiguo y lo nuevo. Los pobladores de nuestra ruta no superan los diez mil. Se agrupan en cinco localidades importantes: **Pinofranqueado**, **Caminomorisco**, **Nuñomoral**, **Casares de Hurdes** y **Ladrillar**; y unas cuarenta alquerías. Esta población, tan dispersa, ha dificultado el desarrollo urbanístico. Las calles tradicionales, por falta de espacio, se estrechaban al mínimo, lo suficiente para dejar pasar un animal o una persona. Su orientación y distribución estaba condicionada por los grandes desniveles del terreno. Con frecuencia aparecen escalones o callejones ciegos. En los últimos años existe una tendencia a la concentración en los valles del sur.

Parece como si hubiera dos Hurdes, una la oficial, de los cinco ayuntamientos de la comarca, pueblecitos agradables, relativamente bien comunicados y que se pueden visitar en un solo día, solo con seguir la carretera.

Es una comarca donde no caben los pesimistas. Las Hurdes parecen pensadas para personas de actitud positiva y optimista, no dispuestos a dejarse amedrentar ni propensos a verlo todo negro.

Tierras han sido estas de magia y oscurantismo, de costumbres que nadie sabe de dónde vienen pero que, aún en lo más recóndito, conservan su vigencia casi intacta. Por ejemplo, la práctica que se lleva a cabo, según cuentan, cuando se descubre un adulterio. Probablemente tenga más de extraño componente mágico que de intromisión en

la vida ajena. Pero, sea por la razón que sea, difícil de saber con certeza, el caso es que se les gasta una desagradable faena a los protagonistas. A sus vecinos no se les ocurre nada mejor, en nombre de la tradición, faltaría más, que señalar durante la noche, con un reguero de paja, las casas de los dos presuntos amantes. ¿Broma de mal gusto, maldición, tradición mágica? Difícil despejar esta incógnita.

Parece ser que por las montañas que vamos a visitar estuvieron los celtas, pues en las Batuecas se han encontrado algunas cuevas con pinturas de cérvidos. También hay pinturas de este tipo cerca de Horcajo, es decir, norte y sur de la comarca.

Restos romanos se hallaron en la Batuequilla.

Cuenta una leyenda, ya referida a la Edad Media, que don Rodrigo, huyendo del desastre de Guadalete, pasó por las Hurdes camino de Portugal. Judíos, moriscos y pastores nómadas habitaban por entonces la comarca.

Primer tramo: Pinofranqueado — Caminomorisco

Todos los pueblos y alquerías de nuestro itinerario están comunicados por carreteras asfaltadas, aunque el ancho de alguna de ellas pueda resultar incómodo. El eje principal de comunicación es la C-512. Va (o viene, que en eso es difícil ponerse de acuerdo) hacia Salamanca y recorre todo el sur de la zona. De tan singular eje se derivan las demás que no tienen continuación fuera de la comarca, salvo la que desde Vegas de Coria parte hacia Nuñomoral y Casares y luego se adentra en la provincia de Salamanca.

Junto a esas carreteras oficiales, toda la región hurdana está cruzada por una tupida red de caminos vecinales y cor-

tafuegos. Por muchos de ellos se puede pasar en coche. Las rutas modernas han sustituido a los antiguos caminos que durante siglos fueron los únicos medios de comunicación. Son senderos y veredas de unos cincuenta centímetros que salvan, de la manera más rápida, increíbles desniveles.

El origen de nuestra ruta es **Pinofranqueado**, pueblo levantado en las cuencas de los ríos Esparaván y Los Ángeles. En sus comienzos históricos se le conoció con el nombre de «Lo Franqueado», derivado de la concesión de libertad que le concediera Granadilla en los comienzos del siglo XIX. Más tarde se anteponía la palabra «pino», que alude a los autóctonos que existían en la región, ya casi desaparecidos. Al noroeste, formando frontera con Salamanca, se eleva la Sierra de Gata a partir del pico de La Canchera (1592 metros) para seguir una serie de elevaciones que forman una barrera infranqueable.

Muy cerca del nacimiento del río de los Ángeles, por la carretera que va a Sauceda, se encuentran las **Ruinas del convento de los Ángeles**, símbolo espiritual de Las Hurdes. La presencia de los franciscanos en el lugar coincide con la repoblación definitiva del territorio, en los comienzos del siglo XIII.

El paisaje de Pinofranqueado es verde, y sus parajes propicios para gozar de sus sombras y albergar un camping a la orilla de una zona para el baño que generosamente ofrece una piscina natural.

Caminomorisco fue, muy probablemente, lugar de tránsito de los moriscos de las Alpujarras cuando se les trasladaba a la provincia de Salamanca para controlar su espíritu rebelde. Llegamos a la localidad por la carretera C-

512, y en los alrededores, bellos caseríos unidos a la carretera principal por cortos desvíos.

Hasta muy cerca llegan las estribaciones del pantano **Gabriel y Galán**, que tanto ha influido en la vida de los ribereños: deportes náuticos, pesca, productos hortícolas y atracción turística.

No olvidemos echar un vistazo al mirador de Alavea.

Segundo tramo: Nuñomoral — Ladrillar

Cuando llegamos a Nuñomoral, después de, una vez desviados a la izquierda por la C-512, recorrer nueve kilómetros, estamos en el corazón de Las Hurdes. Una zona que podría servir para resumir las tradiciones y contradicciones de una tierra mágica. La expresión más íntima de usos y costumbres que obligan a preguntarse, sobre todo al visitante y la mayoría de las veces sin éxito, el por qué de algunas prácticas como las arraigadas en las comarcas que presentan una mayor población forestal autóctona.

Un análisis en profundidad nos introduciría en las complejidades del viejo culto al árbol, no tanto en sí mismo cuanto en lo que en él se manifiesta. Se ha creído en la región que en cada árbol mora un número indeterminado de espíritus, que en sus saltos de rama mueven las hojas, incluso en los días apacibles, y hacen que los troncos chirríen en las tinieblas de la noche. Estos habitantes boscosos se presentan a los humanos en muy diferentes formas: luces intermitentes, bolas luminosas que salta…

El **Encontráu** de Las Hurdes se burla de los caminantes noctámbulos, los atemoriza. Muchos leñadores, antes de cortar, procedían no hace mucho, y hasta continúan

haciéndolo a veces, a lanzar piedras contra las ramas más altas y golpear el tronco con el revés de un hacha. Sólo así el duende se marchaba a otro árbol próximo y dejaba de estar adscrito a la vida, de lo contrario, permanecería siempre unido a la madera que se sacara de su vieja morada. Si ésta se utilizaba para eje de carro, se haría pesada y el espíritu burlón se dedicaría a espantar a las mulas. En caso de que se empleasen en la vivienda, los duendecillos la emprenderían a bromas pesadas con los que tuvieran en ella su habitación.

Hasta hace poco en Las Hurdes, como en casi todo el medio rural extremeño, siempre se fue bastante desconfiado con los visitantes. Los forasteros eran considerados causantes de males y se procuraba mantenerlos alejados. Eran vistos con recelo y se guardaban de sus miradas a los mejores animales para que no los maliciasen. No hay que preocuparse, porque la mayor parte de estas consideraciones comienzan a formar parte de un pasado cada vez más lejano.

Podemos continuar nuestro camino por el ramal secundario que sale de **Nuñomoral** y desemboca **en El Gasco**. Para llegar, basta seguir el arroyo de la Miacera e internarse por su desfiladero. Cuando avanzamos, parece como si fuéramos a quedar atrapados entre las empinadas montañas que se elevan cada vez más verticalmente, pero al final encontramos el chorro de agua que brota de la peña viva, a una altura de setenta metros. El espectáculo es inolvidable. Los ríos y arroyos de las Hurdes corren por los desfiladeros que les dejan las múltiples sierras, tanto del interior como de los extremos. Aquí y en Casares las simas son tan profundas que constituyen la esencia misma del típico paisaje

hurdano. Las alturas de los picos oscilan entre los 1150 y 1600 metros. Las montañas rodean al municipio, y los pocos pasos accesibles los aprovecha la carretera. Las montañas toman estratos caprichosos, formas que dan libertad a la interpretación del ingenio del viajero.

Nos adentramos hacia **Casares de Hurdes**, cuyo municipio sirve ya de límite con Salamanca. Es paso obligado de la carretera que va a Ciudad Rodrigo. Contemplamos unas casas sombrías de arquitectura tradicional sobrecargadas de pizarra, y de gran influencia celta. Interesante cementerio y Casa de Cultura. El municipio está regado por el río Hurdano, que nace en un extremo. Su curso aquí es de oeste a este, girando al final en dirección sur para bajar hacia Nuñomoral. Recibe múltiples arroyos, todos ellos profundos, pero escasos en agua.

Para llegar a **Ladrillar**, final de nuestra ruta, tenemos que volver a la C-512 y desviarnos hacia la izquierda en dirección Las Mestas, Cabezo, Ladrillar y Riomalo de Arriba. Seguimos el curso hacia el nacimiento del río Ladrillar. La carretera corre por la margen izquierda. Atravesaremos los citados pueblecitos o alquerías, todos sobre la carretera.

El primero, **Las Mestas**, (por ahí entró Alfonso XIII cuando visitó la región por primera vez, a caballo) sale la carretera que va al **Monasterio carmelita de las Batuecas**, ya en la provincia de Salamanca. Para entrar al monasterio hemos de conseguir un permiso especial. Para contemplar su belleza, sin molestar, basta ascender unos metros por el monte y se contempla todo el interior y todo el estrecho valle al que cierra el paso. El paisaje, tiene fama de ello, es uno de los más bellos y originales de España a uno y otro lado de los límites provinciales. El viajero comprueba que

se trata de una comarca común incomprensiblemente dividida. Les recomendamos no olviden adquirir el polen y la famosa miel de las Hurdes para guardar también un dulce recuerdo del itinerario.

Y en cuanto a propiedades mágicas, no estaría mal probar el recientemente famoso *Ciripolen*, que un ciudadano de la zona ha patentado y hecho famoso en todo el mundo por sus efectos beneficiosos a la hora de tonificar el cuerpo, entre otras cosas por su carácter afrodisíaco, y por su capacidad de curar, según se asegura, la impotencia sexual masculina. Sea así o no, tampoco estaría mal cargar algún que otro bote en el portamaletas. Por si acaso. Y además, tampoco está mal experimentar personalmente las propiedades del famoso ungüento, sean las que sean. Un dato: el inventor del *Ciripolen*, que se llama Cirilo, guarda en el mayor de los secretos su fórmula mágica, hecha a base de vegetales de la zona, y las proporciones en que las combina. Con el mismo celo que si se tratara de la fórmula de la Coca-Cola.

SAN FRANCISCO DE ASÍS EN LAS HURDES

San Francisco de Asís pasaba, de viaje, por la comarca de Las Hurdes hacia Portugal y luego a Marruecos, donde habían muerto mártires cuatro frailes portugueses. Mientras bajaban por la vía de la Dalmacia, en los descensos de la Sierra de Gata, oyeron hablar de la belleza de la región situada al oriente y de la gruta de la Virgen, recientemente encontrada. El Santo de Asís manifestó su deseo de que en aquellos parajes se construyera una Casa de su recién fundada orden. El deseo del fundador fue escuchado por su

acompañante, el canónigo compostelano Clemente Paterna, quien se retiró a vivir a la "Cueva del Cardenal" (Los Canónigos de Santiago, y con ellos don Clemente, vestían como los cardenales). Para acompañar al penitente de la cueva llegaron después otros cuatro frailes enviados por San Francisco. El grupo comenzó las obras que, con lentitud y constancia, llegaría a ser el Convento de Nuestra Señora de los Ángeles. Alcanzó su máximo esplendor en el siglo XVII.

RUTA ROMANA **8**

Vigencia de Roma dos mil años después

Itinerario: Mérida, Proserpina, Mérida, San Pedro de Mérida, Santa Amalia, Medellín.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (66), Cáceres (71), Mérida (0), Plasencia (156).

Hay puentes de dos siglos de servicio, de uno, de veinte años e incluso de unos meses que se atraviesan con menos seguridad y garantía que los que construyeron los romanos hace dos mil años para permitir el paso de carruajes y personas por encima de un río o de una vaguada.

La sobriedad, la efectividad, la seguridad en el trabajo y en sus resultados que caracterizaban la «cultura latina» ha dejado sus huellas en muchos puntos de la península ibérica pero en pocos con la solera que conservan muchas de las construcciones que llevaron a cabo en Extremadura. Los puentes y los acueductos que los romanos dejaron en nuestra tierra durante su periodo hegemónico en la zona, suponen un testimonio importantísimo que evidencia el protagonismo extremeño en la época de la dominación romana. Sobre todo Mérida, la antigua Emérita, que fue nudo clave en las comunicaciones entre Lisboa y Tarragona, que unían el Atlántico con el Mediterráneo, camino de Roma, capital del Imperio. Los romanos basaban su seguridad en la agilidad de su ejército y la rapidez de sus comunicaciones. Por eso cuidaron tanto sus calzadas y la técnica de su construcción, hasta cuatro capas de cimientos que alcanzaban el metro de altura y pavimentos de grandes losas cuidadosamente unidas. Idéntico esmero dedicaban a sus teatros, a los puentes y a los acueductos, construcciones estas últimas de las que aún podemos disfrutar en esta ruta y hacernos fotos para el recuerdo con la implacable seguridad de que las piedras continuarán ahí cuando sean los nietos de nuestros nietos quienes decidan retratarse en el mismo sitio. Los acueductos fueron durante siglos la mejor manera

de conducir el agua hasta determinados enclaves. Y para eso no había más remedio que desarrollar atrevidos y asombrosos proyectos de ingeniería. Tan asombrosos que, aunque incompletos aquí están, en nuestra ruta de hoy, dispuestos a ser admirados veinte siglos después de haber sido ingeniados. Hiladas de ladrillo como trabazón entre los paramentos y el núcleo de hormigón de los pilares que luego fueron avanzando y perfeccionando su «tecnología» hasta conseguir construcciones de varios pisos como el acueducto de los Milagros en Mérida, ciudad donde la mayoría de sus monumentos huele a imperio romano como el primer día, y que supone un excelente punto de partida para el viajero resuelto a disfrutar del aroma latino de la ruta.

Primer tramo: Mérida — Mérida.

Mérida huele a Roma. Se puede argumentar que han pasado dos mil años, que es una quimera... se puede intentar rebatir de mil maneras, pero el aroma y si nos apuran hasta el sabor, porque también el aire tiene sabor, es imperio romano puro.

Ahora, veinte siglos después, la antigua Colonia Augusta Emérita es la sede del gobierno de la Comunidad Autónoma. Por enclave geográfico, Mérida está prácticamente en el centro de Extremadura, al norte de la provincia de Badajoz, a pocos kilómetros de la de Cáceres. Y desde esta posición estratégica privilegiada, funciona como símbolo de la profunda y dilatada huella que dejó Roma en estas tierras. Aquí se cruzan los caminos (hacia Badajoz, Zafra, Plasencia, Trujillo, Don Benito, Cáceres, Madrid...) Pero esto no es nuevo. De aquí partían en tiempos de los romanos impor-

tantes vías de comunicación entre ellas la "Vía de la Plata", ruta que también desarrollamos en esta descripción de paseos extremeños y que les invitamos a recorrer con la seguridad de que no se arrepentirán tras haberlo hecho.

La Ruta de la Plata unía Mérida con Astorga (León) por un itinerario que aproximadamente sigue la carretera N-630 a modo de columna vertebral, de norte a sur.

Cuando llegamos a Mérida desde Badajoz por el oeste, Nacional V, accedemos a dos mil años de historia al atravesar el **Puente sobre el río Guadiana**, el más largo de todos los puentes romanos de España (792 metros y 4,50 de calzada) que ha sido restaurado muchas veces a lo largo de su historia. Seguimos después rectos hasta topar, antes de entrar en la Plaza de España, con la oficina de Turismo.

A nuestra derecha, **la Alcazaba**, en un recinto casi cuadrado, reforzado por torres parcialmente conservadas y bañada en uno de los laterales por el Guadiana. La mandó construir Abd ar-Rahman II en el año 835. No sabemos lo que destruyó para ocupar lugar tan privilegiado, pero sçi que se sirvió de numerosos elementos romanos y visigodos.

La abundancia y calidad de sus vestigios arquitectónicos hacen de Mérida un importantísimo centro de interés para el mundo latino. Porque lo que aquí se fraguó fue una manera de entender la vida que arraigó en nuestros antepasados y que ha rebasado nuestras fronteras para hacer partícipes de ella a todo un continente que articula su pensamiento, su lengua y su literatura partiendo de las raíces lingüísticas que ya forjaron los habitantes de esta ciudad que hoy visitamos.

La antigua Colonia **Augusta Emérita** fue fundada en el año 25 a. de J.C. por el legado Carisio en nombre del Emperador, para establecer legionarios licenciados eméritos (es decir, con méritos) de las guerras cántabras. Carisio eligió un declive que forman varias colinas.

Cuando Mérida fue capital de Lusitania, la más occidental de las cuarenta y dos provincias que constituían el Imperio Romano, el poeta Ausonio la consideró una de las diez más importantes del mundo. La mencionaba en noveno lugar, inmediatamente antes que Atenas. Imaginemos a un ciudadano de entonces, que viste túnica sin mangas, de lino o lana — si hacía frío, varias túnicas — que le llegaba a media pierna e iba orlada por una estrecha franja de púrpura desde el cuello hasta el borde y, por encima la toga, un gran trozo de tela, de lana blanca, de unos cinco metros de largo y tres y medio de ancho, de forma más o menos elíptica. El ciudadano de los albores de la ciudad va rodeado de esclavos, dos o tres, o más, que lo acompañan en su paseo matutino por las tiendas, o en el de la tarde a las termas, más para conversar que por otra razón. Sobre las doce del mediodía se toma de pie unos bocados (*gustabat*), fiambres, restos de la comida del día anterior, carne, frutas… y vino endulzado con miel o caliente aromatizado y mezclado con agua. Todo ello es fruto de sus propiedades, cazado por él o por sus esclavos rústicos: jabalíes, ciervos, perdices, cigüeñas, tórtolas o palomas…

La cena, a las cinco de la tarde, no era tan frugal: guisos grasientos, con mucha mezcla de agrio y dulce, de miel y carne y frutos secos, en especial la ciruela, las pasas y las nueces.

Aquellos glotones no conocían el café, ni la patata, ni el tomate, ni la naranja.

Nuestro ciudadano se acuesta un poco después de la caída del sol. Se había levantado muy temprano.

Junto al Anfiteatro o pegado a la plaza de toros podremos visitar la vivienda de nuestro imaginado personaje en la llamada **Casa del Anfiteatro** o **Casa de Mithraeo**.

Pero la impronta se la debemos, bien sedimentada a los que construyeron el **Arco de Trajano** y el **Acueducto de los Milagros**.

Solo el Teatro parece suficiente para ganar a pulso la latinidad que ha hecho famosa a la ciudad.

El **Teatro Romano de Mérida,** recuperado para la representación artística, dispone de cinco mil plazas. El Anfiteatro tuvo y tiene más capacidad, unos quince espectadores podrían se. Fue construido en los primeros años de nuestra era para dar cabida a los combates de gladiadores y de animales. No debemos abandonar la ciudad sin visitar el Museo Arqueológico instalado en la iglesia barroca del convento de Santa Clara. Las dos primeras salas están dedicadas al arte romano, y la tercera al visigodo.

Para conseguir realmente dar vida con la imaginación al emeritense de entonces, en su ambiente, habríamos de suprimir la historia visigoda de la ciudad, después de ser devastada por los alanos y los suevos consecutivamente y también el paso de los árabes, que la invaden cuando todavía conserva cierta importancia.

La cultura musulmana incorpora a Mérida la construcción de la **Alcazaba**.

Segundo tramo: Proserpina — Medellín

Por la carretera de Cáceres, N-630, apenas abandonada la ciudad, y paralelos al puente sobre el Albarregas, de donde sale la vía de la Plata, se encuentra el **Acueducto de los Milagros**.Impresionante serie de treinta y siete pilares de una altura máxima de veinticinco metros que alternan ladrillos y granito. El combinado inspiró los arcos de colores de la mezquita de Córdoba. Tan impresionante es el acueducto

que hasta la revista Newsweek, en su edición de la tercera semana de diciembre de 1991, en la que dedica portada y cuadernillo central a *La España de 1992*, tres de sus páginas las ocupa un reportaje sobre Extremadura ilustrado por una portentosa fotografía de este acueducto.

Fue construido para facilitar el acceso a la ciudad del agua procedente del pantano de Proserpina.

Tomaremos ahora una carretera hacia el depósito que se encuentra a solo cinco kilómetros. En la región de los embalses, los romanos fueron los pioneros y el que tiene el viajero ante sus ojos se extiende a lo largo de unos cinco kilómetros de ancho, retenido por un dique de 500 metros. Y se conserva en correcto estado.

El viajero vuelve a Mérida para dirigirse a **Medellín**, la Metellium romana, cuyo topónimo cruzó el atlántico con los conquistadores y hoy da nombre a una importante ciudad colombiana tristemente célebre por su vinculación al narcotráfico de estupefacientes.

Los restos romanos de Medellín son escasos. Más destacan más las casas señoriales y la estatua de Hernán Cortés, en la plaza Mayor, su hijo más ilustre. El conquistador está de pie, sosteniendo el emblema de Castilla. En el ayuntamiento también se exhibe un retrato del ilustre personaje.

Estamos en la pendiente de la colina del **Castillo de Medellín**, uno de los más interesantes de Extremadura. La historia ha mimado mucho menos a Medellín que a Mérida y le ha impedido dejar excesiva constancia de su enjundia latina. El visitante podrá disfrutar apreciando los contrastes. Porque Medellín es polifacético y tiene un nombre con solera de siglos. Por sus calles y sus plazas se ha paseado la historia (tras los romanos, por aquí recalaron también los visigodos, los árabes, los judíos, los portugueses, los franceses...) En las almenas de su castillos han montado guardia permanente miles de hombres. Por sus amurallados recintos se han paseado condes, marqueses, obispos y reyes. En las veletas de sus torres parroquiales han dejado jirones de crespones rotos, miles de nubes cargadas de belleza, de esperanza y otras veces también de odio. Desde sus cam-

panarios se ha repicado a gloria cada vez que sus hijos conquistaban nuevos mundos y han doblado a muerto cada vez que una bota militar intentaba destruir alguno de sus monumentos.

En la época romana Medellín tuvo teatro, y muralla, y su puente. Para el turista que desea visitar el castillo es una grata sorpresa encontrarse con unas excavaciones un tanto abandonadas, donde la hierba crece sobre las hendiduras de unas piedras históricas: son las excavaciones del Teatro romano, que se levantan en la parte superior de las ruinas de la parroquia de Santiago.

Junto a la huella de los monumentos de Medellín está también la huella escrita, el testimonio de los cronistas e historiadores, y además la epigrafía viviente de las lápidas, o las excavaciones de la necrópolis.

Para finalizar esta ruta latina podemos sacar una conclusión clara: nadie discrepa sobre la importancia de Medellín en tiempos de los romanos. Que los testimonios que permanecen en pie no estén a la altura de los de Mérida ha sido una simple cuestión de mala suerte. Pero ambas ciudades, Mérida y Medellín, conforman el testimonio vivo de unas raíces y de una esencia. Por aquí pasaron y aquí están. Estamos en una zona que no puede evitar oler, esquina a esquina, a lo que fue su pasado.

PASADO Y FUTURO EN MÉRIDA

Además de la impronta romana, (arcos, columnas, puentes, templo, teatro, circo, anfiteatro, termas, acueductos, casas, pinturas pompeyanas) hemos de añadir en Mérida todo un patrimonio histórico posterior compuesto por basílicas visi-

godas, alcazaba, aljibes, fachadas con heráldicas... ¿Cómo pueden los actuales inquilinos del histórico lugar combinar el respeto por el pasado sin menospreciar sus necesidades inmediatas de expansión? Pasado y adaptación a la vida de una ciudad en crecimiento conviven con dificultad.

En esa lucha, dicen que la ciudad que crece se ha salido muchas veces con la suya y ha provocado el disgusto y hasta el insulto de notables arqueólogos que la han culpado de errores de pasadas generaciones o de anteriores siglos. Parece ser que se pensó en dos soluciones: o se destruía lo antiguo para dejar crecer sin trabas a la Mérida moderna, o se arrasaba el núcleo urbano para levantar una nueva Mérida al otro lado del río. Mientras se llegaba a alguna solución, funcionó un mercado negro de monedas y restos diversos que se alimentaba de excavaciones clandestinas.

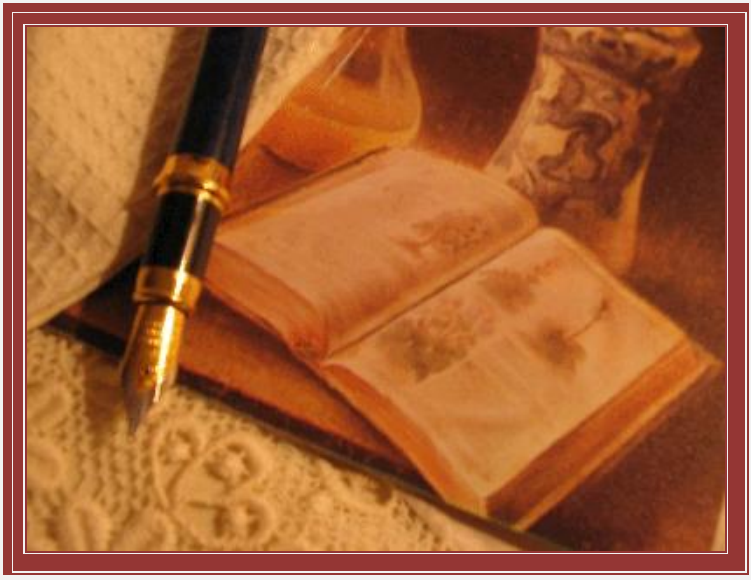
Dicen que se ha dado en Mérida cierta fobia, por parte de algunos vecinos, a los restos romanos que con frecuencia impiden obras y bloquean el funcionamiento cotidiano: desde la apertura de una zanja al revoque de una fachada.

Se haga lo que se haga casi nunca resulta posible tener contento a todo el mundo. La de arqueólogos de tantos países que se pegarían tortazos por palpar, aunque solo fuera un instante, cualquiera de las piezas de cuya existencia muchos ciudadanos de Mérida empiezan a estar hasta las narices...

Como diría un castizo, ¡hay que ver, lo mal repartido que está el mundo!

9 RUTA DE LOS POETAS

A tus ojos los llaman Extremadura
porque son extremados en hermosura



Itinerario: Zafra, Ribera del Fresno, Almendralejo, Alange, Zarza de Alange, Villagonzalo, Guareña, Don Benito, Villanueva de la Serena, Campanario.

Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (76), Cáceres (129), Mérida (58) Plasencia (214).

Transmitidas de generación en generación, las coplas suelen tener un rasgo común: resumir en pocos versos la exquisita sensibilidad de un pueblo, el extremeño, que supo beber en otras culturas y legar de padres a hijos el gusto por las palabras y su estética.

Los romances y las coplas se perpetuaron por tradición oral. Cuando empezaron a quedar testimonios escritos (el primero de ellos fue el Romancero en la Edad Media) se recopilaron cientos de romances y coplas: caballerescos, amorosos, burlescos, satíricos, pastoriles, jocosos, novelescos e incluso históricos o fronterizos. Y luego empezaron a surgir poetas con nombre y apellidos, unos que sin haber nacido en nuestra tierra se preocupaban por escribir sobre ella como **Gabriel y Galán**, y otros muchos que al nacer tocaron suelo extremeño y lo primero que vieron sus ojos fue el cielo que cubría esta tierra. Aquí nacieron **Torres Naharro**, **García de la Huerta**, **Meléndez Valdés**, **Luis Chamizo**, la romántica **Carolina Coronado** y, cómo no, el más romántico de los poetas románticos españoles, **Espronceda**, que durante los escasos treinta y cuatro años que vivió, le bastó para inmortalizar su apellido y su localidad natal, Almendralejo, que lo vio nacer en 1808. José de Espronceda era un romántico revolucionario, como Carolina Coronado. Dos características que siembra la tierra donde nacieron, y que los hizo soñadores, idealistas, conflictivos para unos y adorables para otros.

Quizás recorriendo estas zonas donde llegaron al mundo la mayor parte de los poetas extremeños podamos contagiarnos de las circunstancias ambientales que los llevaron a

evolucionar como lo hicieron. Como es sabido, la personalidad se forja en la infancia, en el entorno donde se vive y se respira mientras se crece en los primeros años de vida. Paseando por estas zonas entraremos en contacto con las mismas fragancias que desarrollaron sus primeros instintos y presidieron sus ensueños más precoces. El aire que hizo libres y tristes a muchos poetas extremeños es el mismo que hoy podemos respirar en esta ruta: los mismos cultivos, el mismo clima, las mismas gentes y a veces, incluso, las mismas tragedias en noches de luna llena...

Pasear por la ruta de los poetas confiere cierto hálito de misterio a una aventura que parece pedir la noche si se pretende redondear la experiencia. Y quizá, sentados en cualquier rincón y olvidando premuras de tiempo, ensayar cierta conexión con el sentir de esas almas hechas para sufrir, sea porque te deje una tal Teresa, como le ocurrió a Espronceda, sea porque un contencioso de generaciones está aún sin resolver.

La Ruta de los Poetas puede servir al viajero para descubrir que, al menos en Extremadura, poetas no solo son quienes pasan a la historia de la literatura, sino quienes se pelean cada mañana con su dura realidad para salir adelante. El sufrimiento hace mejores poetas que el entusiasmo. Aunque no escriban una línea. Aunque solo sean supervivientes de una tragedia cuya verdadera historia la reserven en exclusiva para contarla a sus seres más queridos.

Hay mucha poesía en esta ruta de los poetas. Hay que hacerla para entenderla, para sentirla, para sacar del error a quienes, sin conocerla, piensan que esta tierra es tierra de leyenda negra, de España profunda, sin querer darse cuenta que sobre todo, es tierra de poetas.

Primer tramo: Zafra — Almendralejo

Zafra, la ciudad que hemos escogido como cabecera de esta Ruta de los Poetas, está ubicada en un valle abierto de clima cálido y aire limpio a unos 500 metros sobre el nivel del mar. Poblada desde los celtas en el siglo VII antes de Cristo, después se convertiría en romana, más tarde en mora y por último cristiana cuando en el siglo XIII, el célebre Fernando III el Santo la conquista definitivamente.

Cuentan los eruditos que un tal **Lorenzo de Figueroa** levantó en Zafra alcázar y vivienda de planta cuadrada, defendida con murallas, almenas y cubos de veinticuatro metros de altura, mas una torre de homenaje, también redonda, de treinta metros de alta por doce de ancha. Hoy, muy cerca de la Plaza de España, en un extremo de lo que fue el recinto amurallado, el **Alcázar** sigue allí, transformado en Parador. Desde la Torre se domina la ciudad. La sólida construcción fue rehabilitada en el siglo XV. El patio, en mármol blanco, de arquitectura clásica, fue añadido en el XVI, probablemente por Juan de Herrera. El viajero quedará impresionado por la lujosa decoración mudéjar de los salones, en especial por la del salón dorado; capilla de estilo gótico-mudéjar con un hermoso artesonado. En el alcázar vivió Hernán Cortés antes de marcharse a la conquista de América.

La ciudad recuerda a su insigne hijo **Vicente García de la Huerta**, nacido aquí de una familia humilde, en la primavera de 1734, un hijo de la tierra que llegó a ser Archivero de la Casa de Alba, primer oficial de la Biblioteca Real y autor de la pieza teatral española del siglo XVIII escrita con más talento: «Raquel» (1778). Mesonero Romanos dijo de ella

que era «la tragedia más altamente española, en su esencia y en su conjunto, la más noble y espontánea, y su versificación la más rica y armoniosa que jamás se oyó en nuestra escena».

Hay quien llama a Zafra «Sevilla la Chica», por la alegría de sus calles blancas y sus rincones con palmeras. Las fachadas, blanquísimas, están adornadas con hornacinas, con pequeñas capillas incrustadas en los muros, con cruces de hierro forjado y lápidas de todo tipo. Por la pintoresca calle de Sevilla, que sale de la **Plaza de España**, muy animada, y por un callejón de ésta, se accede al **Convento de Santa Clara**, de finales del XV. (El retablo principal es del siglo XVII). En el santuario descansan los restos de Lorenzo de Figueroa, fundador del nuevo Alcázar, y de su esposa.

Para los vecinos de Zafra, a **La Colegiata** «hay que echarle de comer aparte». Su estilo, gótico renacentista y su torre, de ladrillo, se eleva, altísima, sobre la ciudad. El templo se edifica dedicado a Nuestra Señora de la Candelaria y fue bendecido el 24 de marzo de 1546. Por la calle de San José, la portada estilo herreriano. En el interior, la nave, de casi 50 metros, descansa en columnas que se abren en nervios salpicados de medallones. El retablo del altar mayor es obra de Montañés. En una capilla lateral, de la derecha, lienzo de **Zurbarán** y el de la última capilla lateral, a la derecha también, es de **José de Churriguera**.

Salimos de Zafra por la nacional 435 hacia Almendralejo, pero solo cuatro kilómetros después nos desviamos hacia una pequeña localidad llamada **Ribera del Fresno** que vive de los cereales y la vid y de una fábrica de aguardientes. Podremos ver casas señoriales y, en la **Iglesia del Cristo de la Misericordia**, del siglo XVII, un estatua yacente de la es-

cuela de Montañés. Este pueblecito fue cuna del prerromántico **Juan Meléndez Valdés**, nacido en 1755, aunque su espíritu todavía ilustrado se puede encontrar en muchas de sus poesías. En 1870 obtuvo el premio de la Academia Española por su égloga «Batilo», elogio a la vida campestre, tal vez la de Ribera del Fresno. Suavidad, ternura y placidez son sus principales características. A menudo, en sus poesías posteriores, lamenta la ausencia de la paz campesina, como ya lo hiciera su modelo Fray Luis de León. Su condición de afrancesado lo llevó por Nimes, Tolosa y luego también a Montpellier, donde murió en 1917, paralítico y abandonado. Como Moratín y Hermosilla, Meléndez Valdés también había colaborado con los franceses y sufrido después los rigores del exilio. En 1916 sus restos fueron restituidos a Madrid, junto a los de su amigo Goya, que había pintado su retrato en 1797. En una lápida de la entrañable Ribera del Fresno que no resulta difícil de localizar puede leerse la siguiente inscripción:

EN ESTA QUE VES
DE ASPECTO TAN MISERABLE
NACIÓ EL POETA ADMIRABLE
DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Segundo tramo: Almendralejo — Campanario

A unos diez kilómetros de Ribera del Fresno recuperamos la comarcal 630 hacia Almendralejo. Catorce kilómetros más allá entramos en la cuna de Espronceda.

La **Tierra de Barros** ocupa la zona central de la provincia de Badajoz, al sur del Guadiana. Constituye un islote arci-

lloso en medio de los terrenos silíceos que la circundan y forma el límite septentrional de la influencia andaluza, patente en lo tortuoso de las calles, compuestas de ricas casas enjalbegadas, provistas de ventanas que llegan hasta el suelo y sobresalen de las fachadas («cierros»). Aunque los límites de la tierra de Barros son discutibles, Almendralejo es, ciertamente, la capital. Son tierras de sierras, colinas y llanos. Poco se diferencian del resto de Extremadura las zonas de sierras y colinas con sus extensos encinares. Lo que sobresale, lo que destaca por lo inesperado de su aparición, es el vergel de la Tierra de Barros, que en sentido estricto se limita, como lo indica su nombre y la concepción que de ella tienen los hombres del país, a los terrenos arcillosos y calizos de los llanos. El agricultor de la Tierra de Barros supo aprovechar la riqueza de su suelo y la relativa de su cielo para juntar en su ámbito la trilogía de cultivos mediterráneos que dan pan, vino y aceite. También en cuanto a la población presenta algunos aspectos que difieren de la tónica general. Extremadura tiene una densidad de 25,24 habitantes por kilómetro cuadrado, pero esta comarca duplica la cifra. Dicen también que la fertilidad de estas tierras de secano se debe a la riqueza de la materia orgánica que se depositó hace millones de años en las profundidades y que sube a la superficie por capilaridad.

El viajero atraviesa llanuras sin horizonte con alguna que otra serranía que a veces ondula el paisaje. La capital, **Almendralejo**, donde ahora llegamos, nació como población de Mérida en un lugar donde abundaban los almendros. Sus comienzos no debieron ser demasiado buenos, a juzgar por el empleo del diminutivo «ejo», que suena a cosa sin importancia. Su término municipal engloba la llanura ex-

tremeña más fértil, aunque padezca el azote de la sequía. La estatua del poeta **José de Espronceda** se encuentra en el parque de la ciudad, junto a la de **Carolina Coronado**. Dicen unos que el poeta nació en un coche de caballo, y otros que en el palacio de Monsalud, pero lo que parece más claro es que fue en el curso de un viaje, en la primavera de 1808. Su padre, coronel, se trasladaba con su esposa a Badajoz y el jovencísimo Espronceda junior decidió aparecer en este mundo cuando su madre atravesaba Almendralejo, dando así las primeras muestras de su propensión a la originalidad. El poeta llenó su corta vida de azares, aventuras, pasiones políticas y una poesía lírica encendida, perfectista y certera. Viajero infatigable, en Lisboa conoció a una joven llamada Teresa, se enamoró perdidamente de ella, la convirtió en su musa y la inmortalizó en una de sus obras más conocidas, **Canto a Teresa**. Llegó a ser tal su obsesión que la siguió hasta Londres y París. Cuando la encontró, estaba ya casada. No pareció esto ser un obstáculo excesivamente determinante. Acabaron viéndose y huyendo juntos a España. No podía pedir más un poeta romántico. Y como estas cosas siempre acaban mal, Teresa volvería a escapar de manera definitiva. Parece que ella se lanzó entonces a una vida de desórdenes y murió en plena juventud consumida por la tisis. Espronceda murió de desesperación y de una afección de garganta. Tenía treinta y cuatro tiernos años, pero dejó unos versos inmortales: «Himno al sol», desafiante y apuesto, «A Jarifa en una orgía», hondo y sincero sentimiento de placer. Solo por algunos de sus versos Espronceda es uno de los primeros poetas de España.

Quince años después que él, en 1823, nació también en Almendralejo **Carolina Coronado**. En su obra maestra «El

amor de los amores» ofrece momentos de intensa emoción expresados con tan delicada sensibilidad que recuerda a Bécquer.

Los cronistas recogen una célebre anécdota de estos dos poetas extremeños. En el parque donde dos estatuas recuerdan sus vidas, un anciano explicaba: «Ese hombre (por Espronceda) no debía estar aquí, para que lo vean los niños y pregunten que por qué está. Y menos mal que lo han puesto de medio cuerpo para arriba, porque de medio cuerpo para abajo fue más caliente que un mono. Lo arrasaba todo, y las que no eran pendones huían de él como del demonio. Le dio a la pluma para hablar de cosas de sostenes. Pero la verdad, hay que decirlo, cabeza como la suya, pocas, aunque una cabeza devaneando todo el día en lo mismo. En cambio la otra era muy distinta. El quiso casarse con ella, pero ella no lo quiso ni ver. Y menos mal que les han puesto a él en un sitio y a ella en otro.»

De Almendralejo a Villanueva de la Serena siguiendo la comarcal 423, atraviesa el viajero las localidades de **Alange**, **Zarza de Alange**, **Villagonzalo** y **Guareña**, patria chica del poeta **Luis Chamizo**, tinajero de oficio que dedica su obra a cantar en ambiente local en sus «Rapsodias Extremeñas». De él dijo el académico Ortega Minilla: «El poeta tinajero ha querido contar cosas de su raza, en el estilo de su raza, con el decir de los rudos extremeños». Con ese tipo de poesía se convierte Luis Chamizo en digno sucesor del localismo popular y campesino, iniciado por Gabriel y Galán:

LA TIERRA DE LA SERENA
TIENE BUENOS HABITANTES,
PERO EN CUANTO SE ENFURRUÑAN
TIRAN CUCHILLO ADELANTE

Hoy corren otros vientos algo menos navajeros.

En verano, la llanura para llegar hasta **Don Benito** parece no acabarse nunca. El pueblo tomó su nombre de uno de sus labriegos fundadores, que algo importante debió acometer para que siendo campesino le otorgaran el "don". Pueblo de sonoros apellidos que dicen que aún hoy siguen imprimiendo una especie de inefable espíritu de sangre limpia a determinado sector de la población. Anchas calles, con casas de abolengo y otras bajas y blancas, abovedadas, para mitigar los efectos del sol en verano. La **Iglesia de Santiago** levanta la mole de su despejada fachada y de su torre de piedra y ladrillo. Unos bancos, también de piedra, ofertan descanso a fatigas de ancianos y obreros agrícolas que por la mañana temprano aguardan la llegada de los «amos» para ser contratados.

Y ya, muy cerca, **Villanueva de la Serena**, capital de la comarca («Serna», en árabe, quiere decir «llanura»). Nadie se explica por qué el escudo de la villa es una sirena, tan infrecuente en estas tierras.

En la ruta lírica nuestro objetivo final es **Campanario**, cuna del poeta **Reyes Huertas**, nacido en 1887, y que a los diecisiete años ganó la cátedra de Historia y Literatura del seminario de Badajoz. Con su obra y una novela titulada «La Colorina» se convierte en uno de los mejores escritores regionales.

Hemos terminado la ruta. Pocos kilómetros al sur, en **Zalamea**, se conserva una casa encalada con un pequeño ventano que, dicen, fue morada del inefable Pedro Crespo, protagonista de «El alcalde de Zalamea» una obra con la que Calderón de la Barca también aportó su granito de are-

na para que enriquecer la presencia de la región extremeña en la historia de la literatura.

LA MALDICIÓN DE LA GITANA

Si por casualidad lloviera durante su visita a estas tierras, probablemente escuche a algún lugareño, si el agua es abundante, comentar que "llueve más que cuando enterraron a Feria". Este dicho tiene, según la leyenda, un curioso origen. Como se sabe, el Alcázar de Zafra ha presidido la historia de la ciudad durante siglos. Por allí han pasado generaciones que han dejado su impronta en el arte, en la ornamentación o en la leyenda. Cuentan que un día de mucho sol se acercó a la fortaleza una gitana en busca de un poco de agua. Por entonces habitaba el Alcázar un tal conde Feria que debía tener, cuando apareció la mujer, un mal día y no estaba por la labor. El caso es que, sin demasiados miramientos, desconsideró a la visitante, desoyó su petición, la dejó sin agua y continuó con sus asuntos. La mujer, sedienta, no se cruzó de brazos, sino que se tomó su tiempo y la revancha antes de continuar su camino: le dedicó al des-

prejuiciado conde una curiosa maldición: el agua que le había negado habría de llevarse su cuerpo cuando muriera.

Y así ocurrió. Parece ser que el conde Feria, a su muerte, fue expuesto en el patio de armas del Alcázar. Y entonces sobrevino una tormenta tan imponente que arrasó la fortaleza y arrastró el cuerpo del difunto sin que pudieran celebrarse exequias ni se supiera nunca más dónde fueron a parar sus restos. De ahí el dicho: “Llueve más que cuando enterraron a Feria.”

RUTA DE LAS VIEJAS TRADICIONES 10

Dadnos licencia señor,
para entrar en vuestra casa.
Confesamos tu nombre
muy humildes a tus plantas.

Itinerario: Santibáñez el Alto, Coria, Torrejoncillo, Santiago del Campo, Monroy.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (220), Cáceres (129), Mérida (200), Plasencia (60).

Cualquier copla cantada por una mujer apuesta de cualquier pueblo de Extremadura posee más valor y solera que la mejor producción de la mejor multinacional estadounidense del disco. Cualquier copla por la que se arranque la paisana viene autorizada por la tradición de los siglos.

Las abuelas de Santibáñez el Alto o Torrejoncillo cantan coplas a sus nietos, les recita estrofas o cuenta leyendas que en su día sus abuelos escucharon de labios de los suyos.

Extremadura destila esencia coplas, las pasa por el cedazo y amontona gloria pura para quien, desprovisto de prejuicios, esté dispuesto a admitir lo irrefutable:

CUANDO UNA EXTREMEÑA QUIERE
A QUIEN LA SABE QUERER
DE TANTO QUERER SE MUERE
Y MUERTA LO QUIERE TAMBIÉN.

Esta pequeña joya se canta en Montehermoso (Cáceres) los veinticuatro de agosto, día de San Bartolomé. Vaya usted a saber los siglos que llevan haciéndolo. Y los que les quedan.

Veamos otra:

CUÁNTAS HAY EN ESTE PUEBLO
QUE SE TIENEN POR DONCELLAS
Y TIENEN EL MANDIL ROTO
DE MIRAR A LAS ESTRELLAS.

Cualquier fiesta dejaría en ridículo a las mejores superproducciones de videoclips que imaginarse puedan.

En el folclore extremeño no hay sofisticación, ni arbitrariedad. Todo sale del alma y se nota, desde los romances a las canciones de ronda; desde las canciones infantiles a las que se entonan en las faenas del campo.

Y luego están las fiestas, sobre todo las de mayo, y las de San Juan. Estas últimas, por ejemplo, en Orellana la Vieja, Navas del Madroño, Tornavacas, Coria, Frenegal de la Sierra... O las de las Candelas, o las de la Purificación en Santibáñez el Alto, Santiago del Campo, Monroy...

Como ocurre en toda la España tradicional, Extremadura hace gala de preparar con esmero la Semana Santa en todos sus pueblos y dedicarle una atención especial a dos fiestas más: el carnaval y los toros.

Proponemos una humilde ruta de las muchas que podíamos haber seleccionado.

Primer tramo: Santibáñez el Alto — Coria

Santibáñez el Alto está en la cima de un atractivo montículo desde el que se divisa una increíble panorámica en la que lo más destacado es el pantano del Borbollón. Es falda de la sierra de Gata, limítrofe con Salamanca, Portugal y la comarca de las Hurdes. El pueblo se llamó, según refiere el Conde de Canilleros, San Juan de Macoras y se yergue en un rocoso picacho cónico, a manera de cráter, dominando un horizonte que abarca la alta Extremadura. En su recinto, una espléndida fortaleza, con foso y barbacana, que fue, con la de Milana y Almenara, el antemural que se oponía al

paso de las tropas de los reinos cristianos durante la dominación agarena.

Santibáñez se hizo luego cabeza de un rico priorato alcantarino, con muchos pueblos en su territorio. Todavía conserva fiestas singulares heredadas de su antigua grandeza. Resulta cuando menos curioso que la misma fiesta de las Candelas o de la Purificación se multiplique a muchos kilómetros de distancia en poblados que, como Monroy y Mirabel crecieron a la sombra de sendos castillos. Quizás se trata de alguna importación señorial, pero en momentos no conocidos por nosotros. Estamos ante una idéntica realidad festiva con canciones, formas y modos plenamente coincidentes.

Es tan fuerte el peso de la tradición para Santibáñez que sus habitantes, que no llegan al millar, no consienten pasar sin la celebración mariana incluso en los momentos en que apenas tienen mozos jóvenes, ausentes por el trabajo o los estudios. Los sustituyen las recién casadas. No resulta fácil encontrar una señora que no haya cantado alguna vez en su vida el ramo de la Candelaria. La celebración parece mezcla de mito, leyenda, juventud y teatro. La fiesta cse inicia con la procesión de la Virgen, una imagen del Carmen que sostiene a su hijo y una candela encendida. Los quintos se disputan el honor de llevar las andas. Sobre sus hombros pesa el misterio del año comenzado. Si la vela se conserva encendida, todo habla de suerte. Si se apaga, resulta imposible no sentir el escalofrío de alguna próxima desdicha. La procesión ha salido por una puerta del templo, y hace su entrada por la opuesta. Las quince jóvenes del ramo se apostarán escondidas en la primera cancela para dar co-

mienzo a su canto. Con la puerta cerrada y con sensaciones de lejanía, se entonan las estrofas:

DADNOS LICENCIA SEÑOR,
PARA ENTRAR EN VUESTRA CASA.
CONFESAMOS TU NOMBRE
MUY HUMILDES A TUS PLANTAS.

Son coplas que se asemejan a una oración. La oración de una mujer que desgrana todo el misterio de la más antigua fiesta del poblado y quizá de la iglesia en honor de la Virgen. Para que la súplica resulte más diáfana, más clara, la muchacha, virgen, canta sola al ritmo de una pandereta como único acompañamiento. Así se continúa hasta desgranar todo el relato de la tradición evangélica. Ta tradición no hace concesiones a la moda. Se perpetúa intacta año tras año, una década tras otra. El pueblo siente el paso de la tradición y una lugareña que se cree responsable de conservarla, se encarga de organizar los festejos.

A medida que transcurren los años se cimenta y solidifica cada vez más esta tradición como tantas otras de las que se pueden encontrar en la tierra de Extremadura, como por ejemplo, el rito «porra dentru» que hasta no hace mucho era de rigor que toda pareja de novios cumpliera en pueblos como Piornal o Castuera, enclaves situados fuera de esta ruta pero que merece la pena mencionar en esta aproximación a las viejas tradiciones de la tierra.

El que la moza acepte a un determinado galán no es suficiente en los pueblos donde se practica el rito «porra dentru» para iniciar relaciones. Falta el consentimiento de los padres de la cortejada. El muchacho se acercaba a la puerta

de la casa y al grito de «¡porra dentru!» lanza su bastón al interior. Si al padre le agradaba el pretendiente de su hija, recogía el bastón y lo guardaba, es decir, mostraba su aceptación a compartir la autoridad con el recién llegado. Entonces el pretendiente tenía que pedir la cachiporra y éste era el pretexto para tomar asiento en la cocina de la novia. En caso contrario, el suegro pretendido tomaba el bastón y lo arrojaba a la calle a la voz de «¡porra fuera!». Había veces en que rompía la vara antes de devolverla fuera de casa.

La porra o callado es uno de los atributos del varón en el mundo rural, y constituye un claro ejemplo de simbolismo fálico. Estamos, por tanto, ante un ritual dirigido a asegurar la fertilidad de la novia.

Casi todas las viejas tradiciones cuentan siempre con un denominador común o punto de referencia similar: vivir y hacer vivir, comer y engendrar hijos, porque estos son los deseos primarios de los hombres a lo largo de la historia.

Estas preocupaciones básicas del ser humano, en torno a las cuales gira el eje de la existencia y de la historia, derivan en otras también fundamentales al margen de las de la mera supervivencia: el sexo, la muerte, la magia, la religión, la búsqueda de una mínima seguridad ante el futuro, la preocupación por los descendientes...

Restos de estas actuaciones mágico—religiosas están poniéndose al descubierto cada día con trabajos arqueológicos y estudios sobre la mentalidad del hombre prehistórico.

«Cuanto más restablecemos las perspectivas del pasado, más comprobamos que los tiempos llamados históricos —incluidos los modernos y contemporáneos— son solo las

prolongaciones directas del neolítico», decía Theillard de Chardin.

Razones diversas y arraigadas han contribuido a esta continuidad cultural. Valga como dato que durante mucho tiempo en nuestra tierra todo nacimiento ha estado precedido de un acto propiciatorio del embarazo, de unos ritos de fecundidad que hicieran posible la concepción.

Pero estábamos en **Santibáñez el Alto**, donde con toda seguridad podemos disfrutar también de una ortodoxa visita turística, porque como toda ciudad con tradición que se precie tiene su castillo, su patio de armas, sus murallones de tiempos romanos, y hasta su depósito de agua, de cuya altura presumen los aldeanos.

Nos vamos a marchar camino de Coria y lo vamos a hacer tras echarle un último vistazo a la hermosura del embalse del Borbollón. Tenemos luego carretera para continuar haciéndolo, preferiblemente los acompañantes del conductor.

Para no acabar la jornada excesivamente agotados pasaremos relativamente de largo salvo que tengamos especial interés por hacernos alguna foto, por **Pozuelo de Zarzón** y **Villadelcampo** y así entraremos ya en la comarca de Coria por la N-512 y procuraremos dirigirnos a la ciudad lo más rápidamente posible a menos que dispongamos de más de una jornada para completar la ruta.

Hemos abandonado una comarca donde también estaba **Villa de Gata**, aldea de la que no debemos dejar de mencionar una tradición por la que San Pedro de Alcántara se dice que construyó una cruz tan pesada que ni doce hombres juntos podían moverla. Cuentan en cambio que el

insignificante santo fue capaz de auparla él solito y la subió al monte descalzo y sin ningún tipo de ayuda.

Y si tradiciones hay en la Sierra de Gata, la **Comarca de Coria** no se queda atrás. Que esta ciudad cuente con tradiciones, algunas de ellas vituperadas en España y fuera de España, como la polémica fiesta del toro del día de San Juan, y otras menos conocidas y menos polémicas como que después de un entierro se rece un responso a la puerta de la casa del difunto, y que se haga una oferta de panes y velas para el clero, y dos panes y un cuartillo de vino para el sacristán, no deja de ser solo una buena excusa, como podría haber tantas otras, para visitar una ciudad cuyas raíces se pierden en la noche de los tiempos.

Coria tiene historia romana, y también musulmana, que dejaron un valioso poso en el momento de ser conquistada por Alfonso VII en el año 1142. Sería excesivamente prolijo enumerar los cientos de atractivos que posee esta ciudad para disfrutar durante el tiempo que decidamos dedicarle.

La catedral es un precioso legado desde cuya terraza se contempla la vega del Alagón que recoge agua de infinidad de afluentes tributarios. Tuvo obispo propio durante casi dieciséis siglos, un privilegio que solo ha perdido recientemente al compartirlo con Cáceres, lugar donde reside el actual.

Mírenla a gusto, dependiendo del tiempo de que dispongan, escojan buen lugar para comer y prepárense, dependiendo del ánimo, para la segunda parte de la jornada.

Les contaremos antes en qué consiste la famosa tradición del toro de Coria.

Dice la leyenda que en la vieja localidad de Coria, por las fiestas de San Juan, un joven elegido a sorteo era corrido por las calles acosado por los otros que corrían tras él. El joven tan cruelmente señalado por la fortuna se defendía de los ataques con dos navajas. El tradicional juego solía acabar con la muerte. Pero un año cayó la suerte en el hijo de una rica dama del pueblo. La señora, angustiada porque iba a perder su único hijo, lo cambió por un toro y, desde entonces, los "encierros" son el alma de las fiestas de Coria.

El toro, acompañado cabestros o capeones, es llevado, la noche del 23 al 24 de junio, hasta una de las puertas de la ciudad antigua. Una vez dentro, se cierran las puertas y los mozos corren delante y detrás de él para llevarlo al toril. Algo más tarde, y después de tocar tres veces las campanas, se saca al toro para ser toreado durante media hora sin que muera. Se vuelven a dar tres toques de campana. Se abren las puertas de la plaza. Se deja suelto por las calles. Las cuatro puertas de la muralla permanecen cerradas. El toro, como el antiguo mozo, no puede huir. Su agónica huída por las calles se prolonga dos o tres horas. Hombres y mujeres han de ponen a prueba su estado de forma. Casas, ventanas enrejadas, balcones sirven de refugio hasta que pasa el peligro. Este espectáculo nocturno se repite durante 4 ó 5 días más como mínimo en los que nadie, ni grande ni pequeño, duerme.

Segundo tramo: Torrejoncillo — Monroy

A escasos kilómetros de Coria está Torrejoncillo. Desde tiempos históricos, los de este pueblo no se han achicado nunca frente a sus vecinos, a pesar de contar, al menos so-

bre el papel, con menos fama que ellos. Saben competir y lo hacen en lo fundamental. Y si no veamos el ejemplo:

TORREJONCILLO BONITO,
BIEN TE PUEDES ALABAR,
QUE TIENES MEJORES MOZAS,
QUE CORIA CON SER CIUDAD,
¡OLÉ, Y OLÉ, RESALERO!
QUE CORIA, CON SER CIUDAD.

No podemos sustraernos a la tentación de sugerir al viajero que compruebe la veracidad de la copla si tiene oportunidad, pero si existen imponderables que lo hacen difícil (por ejemplo la compañía que a buen seguro no tendrá nada que envidiar a las naturales de Torrejoncillo) hay consuelos alternativos.

No se marche de aquí sin pedirle a algún vecino que nos cuente la procesión nocturna del siete de diciembre, una de las viejas tradiciones más famosas de la zona. Lo mejor, por supuesto, es pasarse ese día y comprobarlo personalmente (no es tan descabellado puesto que siempre suele caer en puente), pero si no es posible, los paisanos le contestarán con toda amabilidad en qué consiste: se trata, en efecto de una procesión nocturna de hombres montados a caballo (todos ellos miembros de la cofradía de la Inmaculada), que desfilan cubiertos con una sábana blanca y llevan una linterna en lo alto de un palo como recuerdo del voto que hizo un niño del lugar hace casi cinco siglos, exactamente en 1515, época de la batalla de Pavía contra Francisco I.

Si queremos completar esta ruta de las viejas tradiciones y llegarnos hasta Monroy, habremos de continuar por la C-

526, luego haremos unos pocos kilómetros por la N-630 disfrutando a la derecha de las maravillosas vista que ofrece el embalse de Alcántara II (ya estamos en el río Tajo, porque el embalse de Borbollón que habíamos visto en Santibáñez el Alto, estaba en el Arrago, que es uno de sus afluentes), el mayor de la península ibérica, y se asegura que de toda Europa, incluida Rusia occidental.

Camino de **Monroy** solo se ve una pequeña parte de sus más de tres mil hectómetros cúbicos.

Giramos a la izquierda, poco después de atravesar el río en Garrote y tras rebasar **Hinojal** y **Santiago del Campo**, llegamos a Monroy. Lo interesante casi siempre suele ganar prestigio con la dificultad. Y las famosas «purificás» de Monroy son ciertamente atrayentes.

En 1309, Fernando IV concedió privilegio a un caballero llamado Fernán Pérez de Monroy para construir un castillo y poblarlo con cien vecinos. Y el ilustre prócer realizó aquí su propósito, en una llanura inmensa que convierte a su fortaleza en una de las pocas que no se halla cimentada sobre ninguna altura roquera.

Tres siglos después, en tiempos ya de Felipe IV se convirtió en marquesado y fue entonces cuando debieron comenzar las fiestas en honor de la virgen de las Candelas, pretexto por el que nos hemos permitido guiar hasta aquí al lector.

La tradición consiste en que la mayordoma de la Virgen de las Candelas elija a cuatro jóvenes a las que llama «purificás», que serán las que acaparen todo el protagonismo de la fiesta. Otra se encarga de llevar la rosca, símbolo de la purificación y que ha sido donada por una generosa devota que «paga la purificá». A cuatro jóvenes más les corres-

ponde llevar la Virgen durante la procesión. Se trata de un ritual en la misma línea de los que analizábamos al hablar de Santibáñez el Alto. Este gira en torno a la purificación y a la presentación de las madres después de haber tenido un hijo, pero están en la línea de otros más laicos de los que también abundan por toda Extremadura como son los juegos de intención fertilizadora, los ritos de paso a la potenciación sexual y a la iniciación, o las prácticas de fecundidad de la simbiosis tierra-mujer.

No faltan en las bodas populares extremeñas prácticas de lanzamiento cuya finalidad es procurar la descendencia numerosa a los contrayentes. Entre estas costumbres destaca la conocida como **«bendición de la novia»**. Puesta de rodillas la moza casadera, dentro de su alcoba la madre le traza varias cruces sobre la cabeza y en algunas zonas, al término de cada cruz, era costumbre que la oficiante salpicara sobre su hija gotas de agua utilizando como hisopo un ramito de laurel o de hierbabuena. El agua que así se salpica alcanzará lógicamente el simbolismo del semen del varón que en su momento fecundará a la novia. En el caso de Monroy ritualismos como el de las «purificás», pensamos que se trata de una transformación poética elevada a la categoría de mito cristiano. Nos sentimos incapaces de precisar el lugar de su origen. Si hay quien la sitúa aquí en Monroy, otros nos la presentan dictada en la vecina Santiago del Campo, por donde acabamos de pasar. También se mantiene la tesis de que el origen está donde comenzamos esta ruta, en Santibáñez el Alto. De uno u otro modo, tras finalizar la jornada, nos daremos por satisfechos si el viaje ha servido para despertar el interés por uno de los aspectos

más singulares de la personalidad extremeña: las viejas tradiciones.

Como aquella de los agricultores de la provincia de Cáceres en la que estamos, que al finalizar la siembra solían arrojar al huerto un huevo de gallina para conseguir así excelentes cosechas. Era la magia de la fecundidad y el fecundador. Lamentamos no tener un huevo a mano, y líbrenos Dios de pretender acercarnos a sus riquísimas propiedades, pero dénse por invitados a conseguir "excelentes cosechas" tras la jornada de hoy. Esto no es sino un apunte para despertar la búsqueda y disfrute de todas las riquezas de tradiciones con las que cuenta Extremadura.

EL JUEGO DE LA CUCAÑA DE TORREJONCILLO

Si consigue tomar unos chatos con los más locuaces del lugar (mejor si se muestra generoso a la hora de pagar rondas) igual consigue que le cuenten lo que ocurre en la romería que se celebra en honor de San Pedro Apóstol. Aunque bien pensado, también puede hacer un hueco y acercarse en estas fiestas. Decimos que es interesante porque destacan aquí, sobre todo en lo que llaman «el juego de la cucaña», aspectos relacionados con los ritos de la fertilidad agraria.

El juego de la cucaña es como sigue. Se pinta una mujer semidesnuda en una tabla que se coloca verticalmente y que tiene un agujero a la altura de sus partes. La división empieza cuando voluntarios masculinos se disponen a intentar colar un palo por la abertura con los ojos vendados. Al que lo consigue se le premia con algo de dinero y la típica «rosca de San Pedro». Pero si falla, aparte del chasco, el

fracasado recibe un cubo de agua fría que cae desde encima de la figura femenina. Todo es una alusión al acto sexual que en la romería tiene una especial proyección.

No puede sorprender que el "juego de la cucaña" fuera la iniciación de un acto de promiscuidad sexual en el que intervenían las parejas mejor dotadas. Se trataría de un comportamiento que tomaría una orientación sagrada por cuanto que los participantes en la orgía no hacían otra cosa que imitar el ejemplo divino. San Pedro Apóstol, de Torrejoncillo, y la Virgen del Casar, de Portaje, herederos ambos de las viejas deidades paganas, son considerados novios y "juntados" por los dos pueblos cada primavera. Dicho matrimonio entre santo y virgen ha de consumarse para que sea posible la fertilidad sobre la tierra.

RUTA DE LAS LEYENDAS **11**

Historias universales en la provincia de Cáceres: "No pasaré ya otro puerto en mi vida sino el de la muerte."

Itinerario: Piornal, Tormantos, Garganta de la Olla, Yuste, Pasarón de la Vera, Guijo de Santa Bárbara, Jarandilla.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (206), Cáceres (115), Mérida (186) Plasencia (30).

Estamos en el techo de Extremadura, en la garganta del infierno, deudora del río Jerte, muy próximos a la carretera une a Plasencia con Barco de Ávila. Es un buen sitio para empezar esta ruta de las leyendas, pero no creamos que somos los primeros a quienes se nos ocurre. Todos los años y en noviembre hacen la ruta montañeros y aficionados de la región, paisanos que quieren emular la entrada de Carlos V a Extremadura camino de Yuste, pasaje que desarrollamos también en esta guía en la Ruta de los Frailes. Entonces se trataba de una cabalgata misteriosa de silencio y despedida. Con 56 años nada más se sentía viejo aquel poderoso germano-español. Lo llevaban porteadores voluntarios en una silla de mano. Y cuando consiguió la altura, lo más cerca del cielo que intentaba conquistar Luis Quijada, el capitán servidor, mandó detener la comitiva. Con los ojos clavados en Europa, que era suya, miró hacia ella y no pudo evitar exclamar emocionado: "No pasaré ya otro puerto en mi vida sino el de la muerte." Por eso el lugar se llama ahora *Puerto Nuevo* o *Puerto del Emperador*.

El trayecto es largo y difícil. Antes de que anochezca hay que llegar a Yuste. Quienes no se sientan capaces de caminar a pie, pueden gozar de parecido espectáculo, tomando la carretera que sube hasta el Piornal.

Primer tramo: Piornal — Yuste

Piornal es el techo del techo de Extremadura. A 1.175 metros de altitud, es uno de los rincones donde se conservan más genuinos representantes de nuestra raza celta, arrin-

conada allí por la explotación de la avaricia romana. Pastores de tradición, los piernalegos celebran el famoso mito del Jarramplas, cristianizado hoy con la fiesta de San Sebastián. el 20 de enero. Puede obedecer a una celebración triunfal del ancestro primitivo, cuando el naciente poblado tuvo fuerzas para vencer a alguno de los depredadores y ladrones tan frecuentes en aquellos momentos. Hoy, convertido en fiesta y rito, da paso a una exhibición de festejos ennoblecidos con vinos, guisados, embutidos y jamones curados entre el frío casi permanente de sus nieves y sus sierras. Caminando entre los vericuetos del monte, siguiendo las veredas y siempre en dirección a Garganta de la Olla, nos encontramos en el escenario de la Serrana. Se pueden visitar las que señalan como cueva y fuente de tan intrépida mujer.

Pocas leyendas han conseguido identificarse tan fervorosamente con su pueblo. Pocas han acaparado una adhesión tan incondicional que comience con los testimonios de Lope de Vega, Vélez de Guevara o Valdivieso y hasta nuestros días sigue concitando testimonios de inquebrantables admiradores. Aquí no se discute si la serrana es mito, realidad o leyenda. Para estos convencidos habitantes hay un sitio de verdad en sus corazones. La ven todavía caminando por sus trochas, con la ballesta al hombro, cabellera al aire, escotada de pechos, rellena de carne, montera de terciopelo y la deshonra en sus creencias. Intenta vengarla en cualquier hombre. Se complace en sembrar de cruces los caminos y adornar su cueva con las calaveras de aquellos que primero goza y después mata.

Nuestro descenso del escenario de **Tormantos** nos sitúa ahora en el Valle de la Vera. Aquí resulta difícil la elección porque existen demasiadas posibilidades.

Aprovechando todavía la sierra, visitamos **Garganta de la Olla**, el pueblo que reconstruye toda su carga histórica: casas entamadas, adobes cocidos al sol, balcones sostenidos por caprichosas pilastras, esquinas y dinteles con inscripciones de varios siglos. Te enseñan la que fue «casa de las muñecas», ruboroso nombre para designar el lugar donde se divertía la soldadesca que vigilaba a Carlos V en Yuste. Con humor masoquista te pasan a la Casa de la Inquisición, macabra colección de todos los instrumentos posibles de tortura para enseñarlos convencidos de que fueron ensayados sobre personas.

La fiesta principal, Santa Isabel, a principios de Julio, es una resurrección de festejos donde la tradición se aúna con la Iglesia para recrear las «Danzas de las Italianas», aquellas mismas que describe Cervantas cuando nos presenta a su Gitanilla Preciosa. Era la gran oportunidad de la mujer serrana para llamar la atención de sus pastores montañeses que, ocupados en los pastizales de verano, podrían contemplar a sus hembras con penachos de flores sobre sus cabezas, conversión de las mismas pieles felinas que ellos antes habían cazado.

Cuantos tienen posibilidades de ascender podrían arriesgar sus fuerzas cubriendo a la montaña para rendir tributo a los mártires y obispos medievales, sacrificados por los sarracenos cuando celebraban misa. De la Forma Consagrada, escondida en el suelo, dicen que brotó una fuente misteriosa que dura hasta nuestro tiempo.

La estación siguiente se llama **Yuste**. El nombre lo dice todo. Sobran las explicaciones. El mundo entero conoce que aquí pasó sus últimos días el que fuera más grande emperador de los tiempos modernos. Al que no cupo en el mundo le sobraron cuatro habitaciones junto al monasterio de Jerónimos, que le enseñaron a «bien morir». Aún sigue allí una comunidad dando vida a aquel recuerdo.

Entre los patios artísticos, las celdas enlutadas, los árboles centenarios, las arcadas góticas, importan sobre todo aquellos hombres austeros, penitentes, amantes del silencio, que trabajan la tierra, estudian teologías y rezan.

Para ilustrar el sentido de la vida y el riesgo de la muerte, sorprende el **Cementerio Alemán**, donde descansan un ramillete seleccionado de jóvenes alemanes, víctimas de las dos guerras mundiales. Impresionan tantas cruces, todas iguales. Convencen del gesto inútil de cualquier guerra.

Segundo tramo: Pasaron de la Vera — Jarandilla

Aunque sea un zis-zas, otra necesaria visita se llama **Pasarón de la Vera**. Pasarón tiene unida su suerte a Yuste por el legendario idilio entre Magdalena y don Juan de Austria. Magdalena, el inocente vástago de los Gómez de Varela, vivía en el Castillo de Pasarón con un abuelo de noventa años. La casualidad consiguió que se encontrara en el monte con un muchacho que vivía entre Cuacos y Yuste. En aquellos instantes no era otra cosa que un huérfano recogido y criado por don Luis Quijada y su esposa, otra Magdalena, a la que llamaba madre. La misma suerte que los hizo enamorarse les jugó una mala pasada, cuando en un desafío tienen que batirse el hermano de Magdalena y Jeromín

el enamorado. La llegada insospechada del abuelo y de un monje del monasterio — el mismo emperador disfrazado — ponen fin a tan dramático intento. A Magdalena se la encierra en el sótano del Castillo, y Jeromín, don Juan de Austria, tras la muerte próxima de quien luego conocería ser su padre, marchaba al destino de los grandes privilegiados pero sin poder olvidar nunca su primer amor, Magdalena, la ilustre pasaroniega.

La villa, por lo demás, es un relicario de imágenes, costumbres, tipismo y tradiciones: San Blas y su Ramo, las Cajas y sus villancicos, la Virgen de la Blanca y sus leyendas, las fiestas y sus autos sacramentales.

Hasta las sierras se cargan de misterios:

ENTRE EL CERRO PEÑALBA,
JUNTO A LA FUENTE SEVÉ,
HAY UN TESORO ESCONDIDO
QUE NADIE PUEDE COGER.

Cambiando el sentido de nuestro itinerario vamos a buscar **Guijo de Santa Bárbara**, un palomar en plena Sierra de Gredos. Allí se puede ascender hasta el refugio-ermita de Nuestra Señora de las Nieves.

Los guijanos defienden su honesto patrimonio rejuvenecido con las plantaciones de frambuesas, de donde derivan un montón de especialidades: licores, dulces y conservas combinados con sus tradicionales productos de castañas, higos y nueces, hasta convertir el lugar en un centro gastronómico de primer orden, limitado siempre por las imposiciones de un muy escaso millar de habitantes.

El cénit de sus aspiraciones consiste en defender a ultranza el ser patria de Viriato. Aquí nació y aprendió durante años su oficio de pastor. Se doctoró entre los promontorios y gargantas de los alrededores. Y cuando marchó hacia el sur buscando suerte al lado de un amo, el patrono, que no conocía su nombre, lo bautizó con el apodo mal leído de su origen, Viriato por Verato.

Descendiendo hacia el valle, en pleno corazón de la Vera, nos retiraremos a descansar al Parador Nacional de Turismo de Jarandilla, antes castillo de los Condes de Oropesa y albergue de Carlos V mientras se acondicionaba su residencia de Yuste.

Si nuestras posibilidades no dan para tanto, tenemos el camping Jaranda, tan asequible como bello.

Si podemos elegir la víspera de la Inmaculada (7 de diciembre) gozaríamos del indescriptible festejo de los escobones o **escobajos encendidos**, remembranza actual de antiguos festejos tribales organizados por los pastores cuando bajaban de la sierra al llano.

Debe tratarse de una tradición muy antigua pues Jarandilla carga gustosa con el peso de creer en la virgen más allá de lo que imaginarse pueda. Cuando no tenían imágenes para venerar, convirtieron en virgen de la Berrocosa, una lápida funeraria romana del siglo II antes de Cristo. Todavía se conserva en la iglesia-castillo en un altar reservado para ella. El cielo ha sabido corresponder con extraordinarias gracias y milagros.

Pero el corazón de los jarandillanos es la **Virgen de Sopetrán**. Aunque la ermita se inauguró en 1732, las preferencias por la advocación se remontan al siglo XIV. Por entonces los vecinos obtuvieron las primeras pruebas del be-

neplácito celestial. Una hermosa leyenda o historia lo recuerda. Liberados de una plaga, ya feudos de los Condes de Oropesa, los lugareños pagar el voto de su compromiso divino. Y el voto exigía donar dos arrobas de cera virgen. Pero los donantes olvidaron su deber, y luego no se pusieron de acuerdo en señalar el lugar donde debían cumplir el ofrecimiento. Dejaron entonces al cielo la elección. Cargaron un burro con los presentes de su voto y el animal, «sin ser guiado ni torcido por el arriero», según se cuenta, «vino a parar» a un monasterio de Guadalajara, cuyo titular, la madre de Dios, era invocada bajo esta advocación.

Los años fueron pasando y la vocación creciendo, por lo que se levantó la actual ermita orgullo de los jarandilleros. Lo demuestra la romería del jueves anterior a la Ascensión y las fiestas patronales del 8 de septiembre.

Aquí, entre torres, castillos, iglesias, arbolados y gargantas merece la pena finalizar nuestro viaje y descansar.

LOS «EMPALADOS» DE VALVERDE DE LA VERA

En la comarca de la Vera, un pueblo, Valverde, mantiene una tradición ancestral que hasta épocas recientes no aceptaba cámaras de cine, ni fotógrafos, ni expectación masiva. Tenía, y tiene lugar, los días de jueves santo. Los hombres del pueblo que desean mantener viva la tradición son azotados, desnudos, en casa. Luego, sobre su carne herida, se derrama sal y vinagre. Se les coloca sobre los hombros el timón de un arado y se les ata en el vientre, después de varias vueltas, una soga de esparto que luego trepa por el pecho, por las manos y los brazos hasta que timón y hombre componen una sola pieza. Para que el palo tome más peso,

de los extremos del timón se cuelgan vilortas de hierro. Son los «empalados» de Valverde de la Vera. El hombre sale vestido con enaguas de mujer para rezar el Vía Crucis por un recorrido callejero y, para mantener el anonimato, al penitente se le tapa la cabeza con una gasa. Por la nuca se le introducen dos espadas y en la frente una corona de espinas.

RUTA DE LAS ÁGUILAS 12

Monfragüe, el valle olvidado

Itinerario: Monfragüe, Villarreal de San Carlos.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (199), Cáceres (108), Mérida (179) Plasencia (23).

Los itinerarios más bellos de Extremadura los marcan las águilas. Si alguien pudiera colgarse de sus garras, recorrería rutas inverosímiles, subiría a picachos inaccesibles y podría tener por compañeros de viaje al buitre leonado o negro, a las cigüeñas blancas o negras, al milano real o al negro, al pigardo, al alimoche, al búho, al gavilán, al cernícalo y a la lechuza.

Si su aprecio se reduce solamente a la familia preferida de las águilas, puede contar con el águila perdicera, la calzada, la culebrera, la real y desde luego la imperial. El águila imperial, el orgullo actual de España, una de las especies más escasas y amenazadas del mundo, está incluida en el Libro Rojo de Aves en Peligro.

De las 120 parejas reproductoras que sobreviven en todo el planeta, la cuarta parte, es decir unos sesenta ejemplares, lo hacen en suelo extremeño. El águila real, cercana en belleza a la anterior, llega a tener una envergadura de 230 centímetros y se acerca a los siete kilos de peso. Está más repartida por el mundo que la imperial, pero aún cuenta en la región extremeña con más de setenta parejas. Existen diversas zonas, todas a cual más bellas, que hacen las delicias del visitante: Las Villuercas, Las Hurdes, Alcántara, Gredos y desde luego Monfragüe. Elegimos Monfragüe porque en estos momentos es ya un paraje conocido en todo el mundo, un parque natural con mucho futuro, aunque no han sido muchas las personas que han tenido la suerte de disfrutarlo hasta ahora.

Próximo a convertirse en residencia veraniega del presidente del gobierno, que hasta hace poco optaba por descansar con su familia en el Coto de Doñana, Monfragüe re-

valida entre los más prestigiosos naturalistas su importancia para la conservación de una serie de especies muy poco comunes cuya supervivencia está seriamente amenazada en nuestros días. Por la importancia de este lugar, que a pesar de las riquezas de las que es depositario tuvo que esperar hasta finales de los setenta para ser declarado parque natural, consideramos que la ruta que llamamos de «las águilas» debe dedicar la mayor parte del día, y quizás no hubiera suficiente, a saborear con la tranquilidad que se merece Monfragüe y sus alrededores. Únicamente el parque son más de diecisiete mil hectáreas, muchas de ellas sierras y barrancos de difícil acceso. No solo no se aburrirán sino que con toda seguridad, volverán apenas encuentren un hueco. O decidirán quedarse, si disponen de tiempo, más de un día por la zona. Ya verán.

Primer tramo: Monfragüe — Monfragüe

El 4 de abril de 1979 fue creado oficialmente el parque de Monfragüe. Su situación, en medio de la provincia de Cáceres, le confiere la calidad de corazón ecológico de Extremadura, anfitrión de tres grandes ecosistemas: el bosque y matorral mediterráneo, el roquedo de pizarras y cuarcitas y el medio acuático.

En cualquiera de los tres ecosistemas, el flujo de materia viva resulta notorio, fruto de le elogiable riqueza biológica del paraje y de su equilibrio ecológico levemente alterado por el paso del tiempo. Para cualquier viajero que se dirija hacia el parque, la primera impresión será, en efecto, la de encontrarse materialmente rodeado por el bosque y matorral mediterráneos, un ecosistema típicamente ibérico. In-

cluso desde muy atrás, a decenas de kilómetros de las fronteras del parque, el paisaje no posee otra cosa que elementos característicos de la formación biológica que nos ocupa. Las dehesas, que son bosques mediterráneos aclarados por la mano del hombre, son interminables. También abundan los alcornocales, algunos muy viejos, con extensos jarales a sus pies.

La llegada al parque deja adivinar con rapidez un leve cambio en estos componentes. En algunos parajes han desaparecido por completo, y han sido sustituidos por los vituperados eucaliptos. En otros, sin embargo, aparecen perfectamente conservados, normalmente entremezclados con otras especies asimismo representativas del ecosistema en cuestión, tales como brezos, madroños, acebuches, genistas, cornicabras…

El medio acuático, el segundo de los ecosistemas de Monfragüe, contribuye a la configuración de la imagen que hoy presenta este maravilloso parque natural. Aparte de contar con los anchos cauces embalsados de los ríos Tajo y Tiétar, que reportan a este ecosistema una grandiosa imagen, goza de otros cauces más pequeños pero igualmente dignos de ser tenidos en cuenta. Estos arroyos (Barbaón, Calzones y de la Vid) crean a su vez una variación en el ecosistema acuático tipo originado por los embalses.

En cuanto al roquedo de pizarras y cuarcitas, estamos en el reino de las aves. No será difícil que veamos buitres leonados, cigüeñas negras, tantas y tantas especies como citábamos al principio.

Mas las águilas son las reinas del parque, y de las las aves. Las águilas se identifican con el sol, que es fuente y radiación de luz.

Fue el águila en la antigüedad clásica el ave de Zeus, con la que llega a identificarse; su papel de reina del cielo pocos lo discuten. Las alas desplegadas evocan las líneas quebradas del relámpago, el equivalente en el cielo del león sobre la tierra.

Es también símbolo de la ascensión social o espiritual, de una comunicación con las alturas, que le confiere un poder excepcional y la mantiene siempre elevada. No es difícil disfrutar en directo del vuelo de estas águilas durante nuestro paseo.

La reserva copa totalmente la desembocadura del Tiétar, el río de Gredos, en el Tajo. Una vez hermanados los dos ríos se unen en abrazo tan firme que aún ahora, después de los embalses, estremece su angostura, una consecuencia contraída al romper las aglomeraciones de pizarra, el capricho y empeño del Tajo, que aquí quiso cambiar de valle. El cruce, por estrecho, lo llaman «La Portilla», pero los nativos más evocadores apuestan por «Salto del Gitano», imaginando que un saltarín de esta raza, huyendo de la justicia, se sintió capaz de cruzarlo en legendario vuelo.

Cerca del Puente de «Las Cansinas», existe un amplio yacimiento achelense, en plena prehistoria, contemporáneo de los del Valle del Alagón o del Jerte.

Al neolítico pertenecen las pinturas rupestres y hachas pulimentadas, trabajadas por expertos cazadores que escondían sus trampas mortales cortando las cuchillas de las cimas montañosas como las encontradas en la dirección de Mirabel. Son los mismos que festejaban sus triunfos y capturas dibujando sus animales preferidos en abrigos rocosos. En la subida al castillo se halla el principal.

En la Edad Media comienza la historia gloriosa del lugar cuando los musulmanes construyeron la primera fortaleza del hoy ruinoso castillo. Un famoso guerrillero, Geraldo de Sem Pavor, al servicio del monarca portugués Alonso Enríquez, es el primer cristiano que lo pone bajo su dominio. Pero al enfrentarse con Fernando II de León, tuvo que comprar su libertad a cambio de entregar Monfragüe.

Por este tiempo entra en escena un caballero misterioso, Rodrigo, conde de Sarrià, «paladín de la fe» durante las guerras de los cruzados de Palestina según lo llamaban. Cuando regresa a España quiere vengar la humillación recibida en Oriente y participa en la fundación de la Orden de Santiago en Cáceres el año 1170. Pero todavía su rabia insatisfecha lo lleva más lejos y funda en «el lugar más idóneo la Milicia y Orden de Monfragüe», evocando el Monte del Gozo Oriental. Aunque la Bula de confirmación lleva fecha de 1180, su creación es anterior a 1173. Ellos consiguieron levantar una fortaleza con su poblado y un poco más lejos el pueblo de «Las Corchuelas» que terminaría por atraerse a los habitantes del castillo, para luego desaparecer él mismo.

Se extiende la leyenda de que a este Conde de Sarrià le inspiraba en sus correrías una imagen de la Virgen Santísima que sirvió de modelo para tallar la que ahora se venera en lo más alto de la montaña. Indudablemente la actual presenta marcados caracteres bizantinos.

Las visitas a Monfragüe se aconsejan todo el año, incluido el verano. Cada época ofrece su atractivo y especialidad.

En otoño y de noche, durante el mes de septiembre, tiene lugar la brama o barrea del ciervo, que intenta reunir el

harén de sus hembras. El bramido es estremecedor y se oye a kilómetros.

En invierno, época de cacerías en las dehesas cercanas, nos seducen las tormentas, nieblas y aguaceros, que durante el mismo día permiten una abigarrada variedad de composiciones. Aumentan por entonces las poblaciones anátidas, gaviotas y otras especies que invernan en el parque.

La primavera es la estación ideal. Florecen extensiones inmensas de jaras, cantuesos y tomillares. Las aves anidan o crían sus polluelos. Los visitantes coinciden en las fiestas pascuales y en las romerías, pues curiosamente existen tres poblados que ejercen sus derechos de patronazgo sobre la virgen de Monfragüe: Torrejón del Rubio, Serradilla y Malpartida. Los tres con reservas especiales de fechas y lugares. Aquí la primavera se adelanta respecto a otras partes de España. El pregón primaveral, hacia la última semana de febrero, corre a cargo del águila imperial, que grita encelada para anunciar los primeros compases de la reproducción. El fruto de sus festejos nupciales no va más allá de uno a tres huevos por año.

El verano inclemente y demoledor seca los charcos y fuentes. Los animales sedientos deben acercarse a las orillas del pantano. Entonces, en las horas extremas de cada día, puede encontrarse en la misma carretera en busca de agua y mirándonos extrañados una cría de ciervos, de corzos o gamos, quejosos porque hemos invadido su territorio.

Siempre es aconsejable una visita al **promontorio de Peñafalcón**, la peña de la Portilla, o a lo alto del Castillo en las primeras horas del amanecer o en la espera de la noche. Son los momentos en que todos los animales sienten convulsiones por la vida que empieza o la tarde que termina.

Precisamente uno de esos momentos los revive la leyenda. Hora idónea para imaginar la sombra de Gonzálvez, la inocente víctima arrojada al vacío desde lo alto del Cancho Gordo, por la traición inicua y engañosa de su amigo Pedraja.

Con más realismo y cualquier día, sobre el asfalto de la carretera o desde el peñasco de la cima, pegado junto a la inexplicable antena de televisión, podemos contemplar extasiados a nuestras amigas las águilas privilegiadas y a los muy agradecidos buitres, que vienen o van, majestuosos siempre, desde sus colonias de Peñafalcón, Tejadilla o la Portilla del Tiétar.

Segundo tramo: Puente del Cardenal — Villarreal

Otra de las visitas reservadas para los fines de verano, todo en un espacio de poco más de una legua, es para **Puente del Cardenal**, el primer puente construido en Extremadura sobre el Tajo desde los tiempos de Roma, a mediados del siglo XV durante el mandato del Cardenal y obispo Juan de Carvajal. El empeño exigió tal intrepidez en el purpurado, que para vencer, dicen, la resistencia del ingeniero constructor, el Cardenal tuvo que señalar con onzas de oro cada uno de los lugares donde iban a colocarse las pilastras. Una pena que tan famosa obra quede anegada por las aguas del embalse de Alcántara, que a pesar de hallarse a cien kilómetros de distancia, su retroceso es probable que termine destruyéndolo.

El único poblado histórico y diminuto de la zona es **Villarreal de San Carlos**. No llegan a veinte habitantes en el mejor censo. Se trata de una aldea erigida por orden de Carlos

III, a mediados del siglo XVIII, a media distancia entre el Puente del Cardenal y el Puerto de la Serrana. Eran los temerosos momentos en que los bandoleros imponían sus leyes a cuantos traficaban por las cercanías de Monfragüe. El Puerto de la Serrana adquirió entonces temible renombre por la frecuencia con que se producían asaltos. En un intento de acabar con ellos se funda el poblado por la exigencia de tan urgente necesidad. Menos mal que no prosperó mucho y su reducido vecindario no rompe el equilibrio de tan agrestes latitudes.

Casi lo mismo ha sucedido con el otro poblado ya más lejano de los pantanos del Tiétar y Tajo, donde existe una famosa central eléctrica de muy avanzadas tecnologías para su tiempo.

LA PRINCESA PERDIDA Y ENCONTRADA EN EL ARROYO

Entre las historias de leyenda que se cuentan de la zona de Monfragüe hay una protagonizada por el propio rey Alfonso VI. Cuentan que tenía el monarca una amada a la que iba y venía a ver. Eran muchas las ocasiones en que el rey salía desde Toledo en busca de su amada princesa Zaida, hasta que en cierta ocasión, cuando la princesa corría huyendo río abajo porque intentaba evitar las iras de su propio padre, se perdió y se vio obligada a sortear toda clase de peligros sin que en muchas leguas a la redonda apareciese nadie que la ayudara. Comenzó la dulce Zaida a desesperarse a medida que iba perdiendo las fuerzas y la fe en conseguir saber donde estaba, o al menos encontrar a alguien que la atendiese en su fatiga y permitiera reponerse hasta conseguir llegar a los brazos de su amado. Exhausta y a punto de

morir, por fin la encontró un pescador que la recogió y le dio abrigo y alimentos en su cabaña. Así que cuando el rey supo la buena nueva y preguntó por el lugar del hallazgo, el aldeano, mostrando el remanso del arroyo que llega desde Torrejón el Rubio, parece ser que pronunció aquella *original* frase que más tarde se haría famosa: «Allí la vi». Desde entonces el arroyo se llamó el «Arroyo do la vi». Hoy ha evolucionado a «El arroyo de la Vid».

RUTA DE LAS CALZADAS ROMANAS 13

De norte a sur

Itinerario: Baños de Montemayor, Hervás, Aldeanueva del Camino, Abadía, Caparra, Galisteo, Cañaveral.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (221), Cáceres (130), Mérida (201) Plasencia (45).

Es difícil saber por qué existe tanto empeño en recorrer Extremadura de Este a Oeste, cuando su vocación histórica, incluso prehistórica, son direcciones verticales. Aquellos seres prácticos, que ni siquiera pertenecieron a nuestra especie, los hombres de Neanderthal, caminaron ya en ese sentido. Iban y venían de África a Europa siguiendo rutas que por difíciles resultan más bellas. Cruzar España de derecha a izquierda será, antes o después, encontrarse con el mar. Las principales oleadas civilizadoras nos llegan desde el sur con los fenicios, los árabes o por el norte con los celtas, visigodos y romanos. Estos últimos supieron mucho de Extremadura. Hicieron de ella una provincia muy especial, la Lusitania, cargada de caminos y veredas, a pesar de situarse entonces en el final del mundo. Su principal orgullo era esta que hemos dado en llamar "Ruta de la Plata" y que ellos denominaban "Vía de la Plata". Actualmente se está resucitando este recuerdo para devolverlo a su pasada grandeza.

Se trataba del camino que dividía el corazón de Extremadura en dos mitades: León y Castilla. En su escudo precisamente se abrazan un castillo y un león, símbolos de una difícil concordia. La vía, aunque el nombre primitivo procedía de Roma, se traducía como camino de Mérida hasta Astúrica (Astorga). Las generaciones populares la bautizaron con el evocador nombre de *Vía de la Plata*. Evocador porque puede significar vía ancha, bella por sus dimensiones. O simplemente ser equivalente a camino público. La cosa puede ser más fácil y referirse sencillamente al metal, a la plata como tal, ya que ésta parece ser que circulaba por allí procedente de las minas del norte de España. Podía ser un camino para llegar hasta los embarcaderos del sur. Pero

puestos a imaginar, quizás sea mejor suponerla atestada de romeros camino de Santiago de Compostela, la Jerusalén de Occidente.

Dejamos a la imaginación del lector lo que podría ocurrir si se cruzaran en el camino romeros hacia arriba y plateros hacia abajo. No estamos en la ruta de los bandoleros, así que lo más probable es que cada uno continuara su camino. Un camino que nos disponemos a iniciar en seguida si el lector tiene a bien acompañarnos. ¿Todo listo?

Primer tramo: Baños de Montemayor — Abadía

Salvado el famoso descenso del Caelionicco, en las cercanías del puerto de Béjar, tras unos zigzagueantes vericuetos nos encontramos con el santuario de salud, que ahora se llama Baños. Decimos santuario porque en el viejo recinto de indudables trazas romanas se custodian una docena de aras votivas con las que los creyentes romanos agradecían a las Ninfas Sagradas los beneficios de su salud. Hasta épocas muy recientes, el vecindario se dividía en dos partes, donde los hombres de distintos reinos convivían en la misma calle. Si unos presumían de leoneses, los de enfrente se envalentonaban por castellanos. Cada uno tenía su obispado, su iglesia, su cura y hasta sus particulares creencias. En la iglesia de Santa Catalina, la castellana, se conserva un majestuoso retablo de pinturas renacentistas del siglo XVI. La leonesa, dedicada a Santa María, presume de una torre singular con aspecto de convulsiones, pero que la han convertido en un monumento señorial único. Durante la temporada veraniega el espectáculo de bañistas desfilando a todas horas embutidos en albornoces o toallas, forma una

estampa extremadamente pintoresca. La carretera desfila entre puestecitos de mimbre, alabastros, cerámicas y recuerdos que nos trasladan a menudo a los centros clásicos de Pérgamo, Delfos y Pompeya. Siempre en dirección sur, la carretera hoy, como antes la Calzada, coinciden en olvidar el bello rincón de Hervás, con su barrio judío aún virginal, incontaminado. Cada una de sus piedras esconde debajo una leyenda misteriosa. Y en los innumerables corredores asfixiados de macetas, se adivinan figuras humanas con fulgores de raza privilegiada. Ellos, los judíos, hicieron de Hervás un centro fabril de primer orden. Antes, los templarios lo convirtieron en plaza fuerte para cederla después a los endiosados Zúñigas, señores de Béjar, a quienes Cervantes dedicó su primer libro del Quijote. El viejo castillo es una de las parroquias y el convento de Mercedarios la segunda. Quizás haya que recordar aquí el embrujo de los rincones serranos. Unamuno los colocó entre los más bellos de España. Hervás es precisamente uno de ellos. Tienen para los ojos un servicio a la carta. Sus montes blancos con las nieves abundantes del invierno desparramadas desde lo alto del Pinajarro, dejarán paso al rabioso color verde de primavera o al amarillento y rojizo del otoño, creando sensaciones idílicas de placeres hermanados. Un poco más abajo, en Aldeanueva del Camino, se repite el modelo de Baños con sus dos parroquias de otros tantos obispados. Quizás por eso ha podido conservar el puente romano que las dividía. Ahora lo llaman el pueblo de las tres mentiras, ya que ni es aldea, ni es nueva ni está en el camino, sino en la carretera. En cualquier caso sus habitantes han sabido guardar la reliquias romanas que asoman en los dinteles de las casas o en las esquinas de los edificios. Siguiendo el

Cordel de las Merinas, encontramos Abadía. Su nombre apenas recuerda nada de su grandeza. Sin embargo, nos hallamos ante una de las reliquias más desoladoras de España. Podríamos parodiar aquellos versos:

ESTAS QUE VES, VIAJERO,
RUINAS DE SOLEDAD,
MUSTIO COLLADO
ANTAÑO FUERON LUGAR FAMOSO.

Sotoformoso precisamente lo llamaban.

En el siglo XVI, don Fernando Álvarez de Toledo, gran Duque de Alba, levantó aquí su mansión de ensueño cuajada de jardines, terrazas, fuentes, salones, galerías, mármoles, baños, estatuas, columnas, pórticos, consiguiendo un conjunto de belleza y arte, deleite y placer que arrancó a Garcilaso y a Lope versos arrebatados de sentimiento y admiración inigualables. No se explica nadie cómo en tan corto espacio de tiempo no pueda quedar otra cosa más que una miserable casona con las huellas de lo que primero fue castillo, luego abadía y al final palacio. Siete siglos convertidos en la tristeza actual. A la entrada todavía se pueden conseguir las mejores emociones en el bello patio mudéjar.

Siguiendo la carretera próxima al río Ambroz, llegamos a Caparra.

Segundo tramo: Caparra — Cañaveral

En la antigua Lusitania Caparra era la segunda ciudad después de Mérida. Otro puente y en lo alto el espectáculo

de su arco cuadriforme, desafiando a los depredadores cerca de dos mil años. Es todo lo que queda de una ciudad que ocupaba no se sabe cuántas hectáreas de terreno. Los pueblos cercanos han rivalizado en repartirse sus despojos hasta convertir el lugar en un verdadero yelmo.

Zarza, **Guijo** (patria chica de Gabriel y Galán), el **Villar**, la **Oliva**, ávidos vecinos que posiblemente no fueron ni cachorros en tiempos de Roma, devoraron inmisericordes a su más rico vecino. Algunos suculentos bocados están reservados en Plasencia y se guardan en palacios o casas particulares. Son los que mejor suerte han tenido porque sus actuales custodios conocen el tesoro que les ha sido encomendado y lo ofrecen a sus visitantes.

Pero en la llanura o en los montes, al aire libre o bajo tierra, los recuerdos de la vieja Roma se esconden en abundancia.

Cruzando dehesas y encinares, el antiguo trazado por las proximidades de Carcaboso y Aldehuela llegaba a la mansión de Rusticiana. De Rusticiana ahora no quedan más que dos o tres mitos que explican su recuerdo: la Fuente del Sapo y el Cerro de las Brujas. Los lugareños, como durante muchos años, no encontraron explicación a tantos caminos y veredas coincidentes en el mismo lugar, siempre vacíos de caminantes. Justificaron su existencia afirmando que los utilizaban las brujas para juntarse en aquel lugar de su aquelarre. Aún ahora, sin imaginación, importa nuestra visita porque nos encontraremos con el espectáculo gratificante de Galisteo.

Galisteo, cabeza de un señorío de nueve pueblos, reúne codiciosamente una hermosa carga de arte, historia, tipismo y tradición hasta hacerlo irrepetible. Dentro de las mu-

rallas almohades, levantadas con cantos rodados, conservadas con desafiante valentía, encontramos hechos tan llamativos como la celebración, el día de navidad, y en la plaza, de los mismos autos sacramentales que se escribieron en nuestro Siglo de Oro. Capeas de toros tan misteriosos que se sienten capaces de ascender hasta lo alto de las murallas. Un ábside mudéjar al lado de una nave gótica del siglo XVI o un retablo barroco del siglo XVIII. Villancicos medievales, «Las Rajas», cantados cada año por viejos cofrades, adornados de la vistosa capa negra extremeña y que deben visitar las casas de los treinta y tres asociados, cifra que coincide con los años que tenía Cristo cuando murió en la cruz. Al llegar a la puerta, con la imagen del Niño entre sus brazos, saludan ritualmente: "cantamos o rezamos". Rezan si hay un luto reciente. Cantan si la Navidad llama alegre a sus puertas.

Es la herencia de un pueblo disputado por Alfonso IX y los Caballeros de Santiago, por Alfonso X y los Infantes de la Cerda, por Enrique de Aragón y Juan II de Castilla, de un pueblo con tradiciones como el «espíritu del cereal», que defiende la existencia de un espíritu en la última gavilla que se recoge en tiempos de siega. Por eso, al final de la finca los dueños solían colocar un gallo apeado que pasaba a ser propiedad del que cortaba esta última gavilla. El ganador tiraba el animal al aire y al caer al suelo lo recogía otro segador, que hacía la misma operación. Cuando moría por los golpes, el gallo se desplumaba y las plumas eran esparcidas por el rastrojo, y entre todos se comían el ave. El ganador del gallo tenía derecho a lucir sus espolones engarzados a la cinta del sombrero. Se suponía que la cosecha próxima

sería abundante si él era el encargado de sembrarla, pero siempre que aventara los espolones junto con el grano.

Desde aquí, volviendo a la actual carretera nacional 630, resulta muy fácil llegar a las tierras de Cañaveral en cuyas fronteras encontramos la legendaria Torre de Floripes y el Puente de Alconétar, el Santuario de Cabezón y el Monasterio de «El Palancar».

En **Cabezón**, junto a la bella imagen románica con su inigualable romería el segundo domingo de mayo, aún se ven minúsculos montoncitos de piedra, restos del antiguo castillo, entre los que se esconde el espíritu del caballero militar asesinado por un compañero de otra milicia opuesta.

En el **Puerto de los Castaños**, a través de una vereda o dando un rodeo de muy pocos kilómetros, encontramos el monumento más significativo del ascetismo occidental, cuna de la Reforma Alcantarina. El minúsculo monasterio recuerda la impresionante grandeza de lo pequeño: celtas con camastros de piedras donde los hombres no pueden dar la vuelta, patios capaces de ser abarcados por un hombre en forma de cruz, iglesia para no más de media docena de asistentes. Algo así como los escondites de Capadocia, pero ahora en granito duro de Extremadura, la misma contextura de su fundador Pedro de Alcántara.

Pasado ya Cañaveral se hallan el **Puente de Alconétar** y la Torre de Floripes, ahora separados por las aguas del pantano de Alcántara que se empeña en anegar aquel pedazo de tierra. Es todo lo que queda de la **Mansión de Túrmulos**, fundada como defensa por tribus ibéricas y aprovechada por los romanos. Las majestuosas ruinas del puente se encuentran en el cruce formado por la ruta de la Dalmacia y de la Plata. Merece la pena contemplar aquellos bosques y

preguntarse cómo pudieron llegar hasta allí en las precarias condiciones de la época.

Un poco más abajo está la **Torre de Floripes**, princesa enamorada de Guido de Begoña, uno de los Doce Pares de Francia. Su singular belleza atrajo la lascivia de su propio hermano Fierabrás sin que sus promesas consiguieran nada positivo. Encerrada en el castillo después de matar a su Alcaide Brutamontes, verdugo de prisioneros cristianos, aguantó el cerco del rabioso asaltante hasta la llegada vencedora de los libertadores entre los que se encontraba el deseado amante Guido de Begoña.

Cuando bajan las aguas del embalse asoma la torre sus crestas de misterio. A su alrededor, en las noches cacereñas de San Juan, se pueden contemplar los espíritus de Fierabrás y Brutamontes, lamentando la crueldad de sus instintos. Hermosa fantasía que salpica hasta el Quijote y que pone punto final a nuestro itinerario de poco más de cien kilómetros.

LOS ROMANOS Y SU RED DE COMUNICACIONES

El trazado de la Vía de la Plata, y la realización de tan importante eje de comunicaciones, fue hecho por los romanos. Para ellos, las calzadas, sus calzadas, eran la base de su imperio. Primero para garantizar la agilidad de su ejército y luego para asegurar, mediante las comunicaciones, la centralización y permanencia de su poder.

Hoy, a dos mil años de distancia, y sabiendo todo lo que ha sucedido mientras tanto, debemos recordar que llegaron a tener cien mil kilómetros de sus «autopistas», que construían las calzadas con cuatro capas de cimientos que alcanzaban el metro, que hacían poyos y asientos laterales y colocaban piedras miliares, que marcaban en millas (mil pasos, 1481 metros) la distancia a la columna de mármol revestida de oro que estaba en el foro romano. De ahí el refrán: «Todos los caminos llevan a Roma») Para ellos, su kilómetro cero. Regularon también la «policía» de carreteras, llevada a cabo por el ejército.

Por entonces se viajaba mucho, y a prisa. El mensajero que llevó a Galba la noticia de la muerte de Nerón recorrió dentro de la península Ibérica 332 millas (498 km) en 36 horas. Esa velocidad no se ha podido alcanzar de nuevo hasta muchos siglos más tarde gracias a la invención del motor.

RUTA DEL AGUA **14**

Embalses del Guadiana

Itinerario: Orellana la Vieja, Navalvillar de Pelea, Casas de don Pedro, Valdecaballeros, Castilblanco, Helechosa.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (137), Cáceres (146), Mérida (75) Plasencia (231).

El agua, masa indiferenciada, representa la infinidad de lo posible, contiene lo virtual, lo informal, el germen de los gérmenes, las promesas de desarrollo, y también las amenazas de reabsorción. Sumergirse en las aguas para salir de nuevo sin disolverse en ellas totalmente, salvo por una muerte simbólica, es retornar a las fuentes, recurrir a un inmenso depósito de potencial y extraer de allí una fuerza nueva.

En Asia, el agua es la forma sustancial de la manifestación, el origen de la vida y el elemento de la regeneración corporal y espiritual, el símbolo de la fertilidad, la pureza, la sabiduría, la gracia y la virtud.

En las tradiciones judías y cristianas el agua simboliza, ante todo, el origen de la creación.

El agua, aunque los planos sean rigurosamente opuestos, es fuente de vida y fuente de muerte, creadora y destructora.

Para las tradiciones islámicas adquiere también numerosas realidades: signo divino en el Corán, medio de purificación para los que van a orar y vida que se descubre en las tinieblas.

La lluvia, desde un punto de vista cosmológico, es una semilla uránica que viene a fecundar la tierra; masculina pues, y asociada al fuego del cielo. El arroyo, el río, el lago, el mar, representan el curso de la existencia humana y las fluctuaciones de los deseos y los sentimientos. El agua helada, el hielo, expresa el estancamiento en su más alto grado, la falta del calor del alma, la ausencia del sentimiento vivificante y creador que es el amor: el agua helada re-

presenta el completo estancamiento psíquico, el agua muerta.

Cuando las masas nubosas descargan precipitaciones en forma de nieve sobre los más altos picos, queda acumulada en neveros. Con el deshielo se inicia un líquido y pronunciado camino de descenso que comienza con bulliciosas torrenteras que discurren bañando con fuerza las pendientes sin ruta fija alguna. Tras confluir unas con otras en lechos o caminos comunes, dan lugar a las gargantas, tan típicas por sus encajonamientos, la redondez de sus rocas, sus remolinos y sus cascadas. Las gargantas, a su vez, dan lugar a las cabeceras de los tributarios: grandes arroyos, riberas y ríos menores que terminarán vertiendo sus aguas sobre sus hermanos mayores los grandes ríos, Tajo y Guadiana.

Primer tramo: Orellana — Casas

Los embalses, esas gigantescas masas de agua, son abundantes en Extremadura. El lado positivo y benefactor de su existencia radica en constituir reservas de agua para poblaciones humanas, campos de cultivo o fuentes de energía eléctrica. Se añade embellecimiento paisajístico.

Al mismo tiempo aspectos positivos en forma de elementos lúdicos para el hombre: baños, deportes náuticos, pesca, turismo...

El lado negativo viene de la mano de varios factores peculiares de estas masas de agua: las especies que se hallaban adaptadas a los ecosistemas acuáticos en los que el agua fluía, con gran cantidad de lugares donde alimentarse, reproducirse o cobijarse, han visto suplantado su entorno por una inmensa y homogénea masa de agua, de orillas

uniformes y con un número menor de recovecos donde hallar alimento y protección.

Se han perdido, eso sí, muchas especies autóctonas.

El Guadiana es el más original de los ríos de la península y uno de los principales ejes de la región de Badajoz. El río confiere personalidad a toda la comarca.

El Guadiana se formó en los comienzos de la era cuaternaria, debido a la fusión de varios segmentos de una red fluvial anterior ya desaparecida. Desde el **Portillo de Cíjara** cambia de dirección: de sureste-noroeste pasa a noreste-sureste, obligado por una gran falla para buscar un nuevo camino hacia el Océano. Esto dio lugar a un estancamiento de las aguas que, más tarde, ayudadas por el basculamiento de la península hacia el Atlántico, se abrieron paso a través de la arrasada penillanura extremeña. El río avanzó por un terreno llano que presentaba pocos obstáculos. En las zonas más deprimidas las aguas originaron grandes cuencas lacustres, que luego fueron rellenadas de aluviones, sustituyéndose así los lagos por llanuras aluviales. Por eso el Valle del Guadiana, en Extremadura, es muy anormal. No ha evolucionado como los restantes ríos peninsulares, no va por el centro del valle, sino que con frecuencia corre al norte o al sur de los llanos. Ofrece el aspecto de una arteria fluvial que se encontrara en su último tramo, pues de hecho, podría decirse que el Guadiana desemboca en los llanos de Extremadura central.

El punto de partida de nuestra ruta es la ciudad de **Orellana**, donde se encuentra la presa del mismo nombre que forma un enorme embalse propicio para toda clase de actividades acuáticas. El Guadiana, que tradicionalmente ha sido un poderoso atractivo para la población extremeña que

se concentra en sus orillas (Badajoz, Talavera la Real, Mérida, Medellín, Don Benito, Villanueva de la Serena) abre en las recientes décadas, tras el pantano de Orellana, nuevas perspectivas a los pueblos de nuestra ruta, todos ellos en el margen derecho del río-embalse, excepto los últimos.

De Orellana, histórica ciudad con resonancia de antiguas luchas linajudas, pasamos a **Navalvillas de Pelea** por la sierra de Maribáñez. Las vistas del pantano quedan a nuestra derecha.

El clima es templado-continental, caracterizado por un largo y seco verano, un invierno lluvioso, una primavera corta y bastante irregular y un otoño templado y agradable.

En el embalse, que es masa de agua quieta y de gran profundidad, cuando llega el verano, quedan divididas sus aguas en tres capas con diferentes temperaturas y concentraciones de oxígeno.

La capa superior se halla a temperaturas altas y bien oxigenadas ya que llega mucha luz y las algas pueden desprender oxígeno mediante la fotosíntesis. Profundizando más, nos encontramos con una capa de agua que mantiene constante su temperatura y concentración de oxígeno.

En el fondo, está la capa de agua más helada. La radiación solar que llega es mucho menor.

Como los embalses son zonas donde los sedimentos del río van quedando acumulados, sus fondos son ricos en microorganismos que nutren a las especies vivas que allí se acercan. Como allí llega mal el oxígeno, durante el verano, la zona del embalse con más alimento acumulado, el fondo, no puede ser aprovechado por los peces.

Las orillas de los embalses, a diferencia de los lagos naturales, carecen de vegetación ribereña. La diferencia de

niveles entre los diferentes periodos estacionales es muy acusada, e impide que arraigue cualquier tipo de vegetación.

Señalemos, además, el nefasto efecto que los embalses producen sobre especies con hábitos migratorios como la anguila, el pejerrey, el sábalo, la saboga, el capitón, el mújol cabezudo y la lamprea, impidiéndoles sus migraciones con la presencia de insalvables presas. A pesar de todo, hay especies que se han adaptado muy bien a estas masas de agua y han incrementado su número, como la carpa, el carpín, el barbo, el lucio, la perca-sol, e incluso la trucha arco-iris.

De **Casas de Don Pedro** a **Valdecaballeros** atravesamos la zona más estrecha del pantano, casi el final. La carretera se acerca más al agua hasta pasar junto a la presa del embalse de García Sola que cierra el valle formado por la Sierra de la Chimenea (a nuestra izquierda) con la Sierra de los Golondrinos, y nos encontramos con un nuevo lago artificial.

La carretera juega con las formas del pantano, se acerca y se aleja y nos ofrece ricas y gratas perspectivas.

Segundo tramo: Valdecaballeros — Villarta

No vemos pasar el tiempo, ni los kilómetros, mientras bordeamos las aguas por la carretera que lleva a **Valdecaballeros**, pueblo conocido por la central nuclear, que tiene dos fases.

A menos de tres kilómetros de Valdecaballeros, en dirección hacia Castilblanco, un puente sobre un brazo del pantano. Es el formado por el valle del río Guadalupejo. De

Castilblanco a Helechosa cruzaremos al margen izquierdo del Guadiana. Después habremos de volver sobre nuestros pasos porque la carretera no continúa. Estamos ahora al margen izquierdo del río. El pantano queda a la derecha.

En algunas charcas y pantanos, se pesca la tenca, la carpa, el carpín, la boga, el barbo, la trucha y la pardilla entre otros.

La tenca es una especie muy apreciada por su exquisita carne. Su cuerpo, lleno de minúsculas escamas con tonos verdosos, pardos y amarillentos, el iris cobrizo de sus ojos y sus formas redondeadas hacen de ella un pez bello. A veces es cultivada en charcas para consumo local.

La pesca deportiva se realiza generalmente con caña al lanzado y a fondo con boya, y cebos de lombriz, caracol, gusano, saltamontes, trigo, pipa de melón e incluso patata cocida. La noche no es un mal momento para pescar un ejemplar de 40 centímetros de longitud en su tercer verano de vida. La legislación no permite pescarlas con menos de quince.

La escasa densidad de población y la variada orografía, que define una continua sucesión de sierras y llanuras, vegas y riberas, con extensas zonas de vegetación natural que alternan armónicamente con cultivos, pastizales y roquedos, permite la supervivencia de una abundante y variada fauna, prácticamente extinguida ya en otros lugares.

Entre los vertebrados, existen en la región extremeña casi medio centenar de variedades distintas. Diversos organismos extranjeros han recomendado al gobierno español que se intensifiquen las medidas para su salvaguarda. Con la figura legal de «especie protegida», se prohíbe su caza, captura, tenencia y comercio.

No es solo la caza de determinadas especies lo que hace peligrar su supervivencia: otros factores como la destrucción de sus nidos, la taxidermia, la venta de sus pieles, su tenencia en cautividad... son factores igualmente negativos, prohibidos y penados por la ley.

Entre las especies más interesantes está el lince: pelaje pardo, manchas negras, grandes orejas terminadas en pincel, rabo corto. No esperamos encontrarlo en el trayecto pues el animal, tan amenazado de extinción, vive en comarcas solitarias y bravías, en sierras con laderas cubiertas de vegetación natural formada por matorrales de brezos, retamas, jaras, encinas, alcornoques... Aunque tenga un paisaje así ante sus ojos no se preocupe, el lince caza principalmente en el crepúsculo, y durante el día suele permanecer acostado entre la maleza, en alguna oquedad rocosa, en el hueco de algún viejo árbol o, en invierno, tomando el sol en algún sitio despejado. Es decir, con muy pocas horas de trabajo al día se gana la vida. Su situación actual en Extremadura se puede considerar dramática.

Más facilidad tendrá en descubrir algunas otras especies como las cigüeñas (blancas o negras), buitres, águilas imperiales o grullas.

Helechosa, enclave privilegiado de unos mil habitantes, es el último pueblo de nuestra ruta acuática y está al pie del embalse de Cíjara.

Se aproximan tanto sus límites a las provincias de Cáceres, Toledo y Ciudad Real que cuentan que en una ocasión se reunieron los gobernadores de estas tres provincias con el de Badajoz y lograron comer todos en la misma mesa, pero cada uno en su provincia respectiva.

La gastronomía típica es fuerte, y de los productos que se obtienen de la clásica matanza merece la pena reseñar lo que los lugareños denominan «morcillas del cura». También están para chuparse los dedos los chorizos «malditos» y los pestorejos en adobo.

Para redondear la ruta, lo ideal, y así se lo recomendamos, es olvidarse del coche por unas horas y encontrar la manera de realizar una ruta acuática, pero ahora de verdad, con cualquier tipo de embarcación, que seguro que la consigue.

La que se suele recomendar recorre 16 kilómetros y dura unas cuatro horas aproximadamente. Se trata de salir del mismo Helechosa, de Los Cerrillos, dirigirse en primer lugar a Puerta Falsa y Puntal del Molino rodeando la isla de la Solana de la dehesa y llegar hasta Casilla de la Higueruela. Aquí tenemos que desembarcar porque es obligado pisar tierra durante un rato por esta parte de la costa del embalse. Volvemos a la embarcación y de nuevo al punto de partida.

Se habrá hecho tarde, seguro. Así que a cenar y a dormir. No sería malo proponerse madrugar y presenciar así un amanecer antes de marcharse.

LOS EXTREMEÑOS Y LAS GRANDES OBRAS

Muchos son los pantanos en Extremadura, pero también fueron, en épocas pasadas, los puentes y acueductos y los castillos y los monasterios. Sabios de todo el mundo estudian con minuciosidad y esmero todos los datos que les hagan conocer mejor a los vientos alisios que tanto favorecieron el encuentro del almirante Colón y otros navegantes,

extremeños estos, con el Nuevo Mundo. Cuando descubren algún nuevo dato, no es difícil encontrar a alguien que recuerda que eso ya lo había dicho un extremeño hace siglos.

Uno de los grandes trabajos de la humanidad es el canal de Panamá, obra de arquitectos norteamericanos. Pero quizás no se sepa que desde 1531 ya pensaban los españoles hacerlo, pues era paso marítimo de suma importancia, y el proyecto llegó a manos del emperador Carlos V.

En 1780 se descubrió la diferencia de alturas y la imposibilidad de realizarlo con un mero corte.

Años después un extremeño, don Manuel Godoy, comprobó que la obra del canal y las esclusas se podía hacer, y en su informe figuraban estas palabras: «Obra no quimérica, sino factible».

Se presupuestó y, curiosamente, los gastos eran asumibles. La cosa, lamentablemente, no pasó a mayores. Todo se quedó en papeles y proyectos.

Muchos años después los norteamericanos, que afianzaban su imperio, emprendieron la tarea. Su canal añadió poder al que ya tenían. Y llevaron a la práctica el proyecto que ya había sido planteado, mucho antes, por un extremeño.

RUTA DE ZURBARÁN 15

Infancia y juventud del pintor

Itinerario: Fuente de Cantos, Usagre, Llerena, Berlanga, Azuaga, Zalamea de la Serena, Castuera.
Distancia en kilómetros a la cabecera de la ruta desde: Badajoz (105), Cáceres (160), Mérida (89) Plasencia (245).

Cuatro ciudades extremeñas se tiñen con las grandezas y miserias de un gran pintor, Francisco de Zurbarán, ilustre extremeño que vivió entre 1598 y 1664.

Dos de aquellas localidades, **Fuente de Cantos** y **Llerena**, en la provincia de Badajoz, fueron testigos directos de sus primeros treinta y dos años. Pero le devolvieron el favor con creces, porque tanto una como la otra tienen virtudes más que probadas y cualidades suficientes (el clima, el enclave, el paisaje, los legados arquitectónicos...) para hacer disfrutar a quienes viven allí permanentemente y a quienes, como ahora nosotros, deciden visitarlas.

Podemos añadir otras dos ciudades extremeñas en la vida de Zurbarán, **Zafra** y **Guadalupe**, pero su relación con ellas es menos directa e intensa. En ambas se conservan algunos de sus cuadros más relevantes, pero no tuvieron demasiado que ver con las experiencias vitales del artista.

Cuentan los manuales de Historia del arte que Francisco de Zurbarán fue el pintor del *plasticismo potente*, que en su estilo supo aunar el realismo de los mejores pintores españoles de su generación (que es la de Diego de Velázquez) con un sentido peculiar de la ordenación y de la monumentalidad. Otros sostienen que es el pintor de *la meditación espiritual*. No dejan de ser etiquetas. Lo importante es ver sus obras y poder sacar nuestras propias conclusiones.

Nos acercamos al mundo de un autodidacta que eligió un modesto taller de Sevilla para completar su formación. Allí estuvo un par de años, y luego quiso volverse a Llerena, y rechazar las seductoras propuestas que habían provocado sus primeros éxitos. Como artista genial que fue, (siempre

los genios parecen arrastrar consigo una especie de maldición) lo importante de su gigantesca obra vino a completarse en una docena de años, de 1628 a 1640.

A partir de entonces quedó sumido en una profunda crisis y llevó una vida oscura y difícil, a pesar de la fiel amistad de su colega Velázquez. La obra de Zurbarán está repartida actualmente por todos el mundo: Sevilla, el Louvre en París, el Museo de Dresde, la Academia de San Fernando en Madrid, Grenoble, Cádiz y, en Extremadura, el retablo de la Colegiata de Zafra y las finísimas telas de Guadalupe. Un gran número de cuadros fueron destinados a Lima, (Perú) en 1647.

Los temas profanos no le interesan al pintor extremeño. Para las escenas de contraluz utiliza violentos contrastes de partes vivamente iluminadas que destacan sobre un fondo sombrío y crea un mundo agujereado de rayos de luz que tiene las características de una visión. El tema importa menos que la relación que se crea entre las formas. Los personajes están aislados en sus pasiones y sus creencias, los detalles anecdóticos, suprimidos y las formas simplificadas. Por eso a Zurbarán le gustan los hábitos monásticos, las alternancias de luz y sombra. Utiliza los colores claros, amarillos, rosas y azules que más convienen a las evocaciones celestiales, aunque también mantiene los colores cercanos al blanco. A menudo, su obra se abre en arquitecturas escuetas, hechas de perspectivas y de ángulos, bañadas en una luz de ensueño que es como la proyección del mundo mental del personaje representado.

Primer tramo: Fuente de Cantos — Llerena

En la ruta del pintor, su ciudad natal **Fuente de Cantos** se asienta al pie de una colina por donde trepan la vid y el olivo. Su población, eminentemente campesina, ávida de acomodos más tranquilos, ha disminuido. En 1930 contaba con once mil habitantes, cincuenta años después solo eran la mitad y hoy el censo continúa reflejando, sin crecimiento, la misma cifra. Pueblo de casas emblemadas, adornadas con rejas de forja. Erigido a 585 metros sobre el nivel del mar, su historia se remonta al Calcolítico, a juzgar por los últimos descubrimientos de un fragmento de muralla de trayecto circular y de un torreón adosado, todo construido a base de hiladas de piedras. A pesar de que diversas circunstancias han mermado buena parte de sus tesoros de arte a lo largo del tiempo, se puede decir con seguridad que algunas de las obras que aún se conservan son auténticas piezas maestras, sobre todo en escultura y platería, definitorias, a la vez, de lo que es el arte de la Baja Extremadura, aunque con centros de producción propios, más cercanos a los cánones del sur que a los castellanos.

Esto mismo le ocurrió a Francisco de Zurbarán. Su padre lo envió a Sevilla, la ciudad de renombre más cercana, para que aprendiera un poco más de lo que sabía. Debieron ser rápidos los progresos. Dos años después, cuando el artista ya tenía 18, pintó un cuadro de la Inmaculada que revelaba sus sólidos principios.

Fuente de Cantos no guarda tiene ni un solo lienzo de su ilustre hijo. Ni en el templo parroquial, **Nuestra Señora de la Granada**, una construcción gótica rehabilitada en el XVIII, ni en la maravillosa **Ermita blanca de Nuestra Señora de la**

Hermosa, también del siglo XV, coronada por una preciosa espadaña, es decir, campanario de una sola pared, de las muchas que le han dado fama al pueblo. Fuente de Cantos, que da cobijo a numerosas ermitas, conventos y hospitales cuenta con tantas espadañas como construcciones: **Convento de Nuestra Señora de la Concepción**, **Convento de las Carmelitas Descalzas**, **Antiguo convento de San Diego**, **Ermita de la Aurora**, **Ermita San Juan**, **Ermita del Santo Cristo de la Madre de Dios**, y otras muchas.

Nos vamos hacia **Llerena**. Nos detenemos antes en **Usagre**. El templo gótico-mudéjar guarda algunas interesantes telas en su interior, pero no son de Zurbarán.

Región de tierras para la agricultura. Cultivos de secano en las proximidades de los pueblos. Yelmos el resto.

La región de los Llanos de Llerena queda limitada al sur por un relieve más elevado que corresponde a las sierras de San Miguel y San Bernardo, estribaciones de Sierra Morena. Cortijos aislados. Fincas de ganado lanar y de cerda. Todos que avanzan hacia el abandono.

Azuaga es el más poblado. Se aprecia la influencia andaluza. Llegamos a **Llerena**. Calles limpias y claras. Casas bajas y blancas, encaladas. El pintos que huyó pompas y boatos, de vida brillante, encontró aquí su refugio para el trabajo. Y aquí pintó desde los diecinueve años hasta los treinta.

La localidad se encuentra en un cruce de caminos al pie de la sierra de San Bernardo. Su recinto tiene forma redondeada y plano regular, en tiempos ceñido por una muralla de la que se conserva la **Puerta de Montemolín**. Imaginamos que su origen se remonta a épocas celtas, o tal vez cartaginesas. De los visigodos, nada. De la ocupación mu-

sulmana, muy poco. La conquistan más tarde los caballeros de la Orden de Santiago.

Llerena es una ciudad alegre y vida que se abre al viajero en la plenitud de sus encantos. Plazas y fuentes. Muros blancos. Aspecto monumental estrechamente ligado a la influencia de la orden de Santiago, uno de sus más importantes enclaves. Encontraremos testimonios de esta influencia en el recinto y sus puertas, y en la magnífica Plaza Mayor, de forma rectangular, en arcadas, rodeada de casas con pórticos y adornada con fuente cuyo dibujo le fue encomendado en 1618 a Zurbarán, pero modificada en el siglo XIX.

Descubriremos en el **Palacio del Santo Oficio**, aunque se encuentra con destacables reconstrucciones, que la ciudad fue sede del Tribunal de la Inquisición.

Visitemos, si nos interesamos por ello, el conjunto monumental. En un breve recuento, para no abrumar al viajero, figuran, entre otros atractivos, numerosas casas nobles, ocho conventos, varias ermitas, la iglesia de Santiago y San Pedro en cuyas arquerías externas el público presenciaba los autos de fe y, cómo no, los toros. Aquí, las corridas de toros que se celebran durante las fiestas tienen lugar en la plaza.

Segundo tramo: de Azuaga a Castuera

Salgamos de la ciudad por el este. A 31 kilómetros nos encontraremos con la ciudad de **Azuaga**, núcleo prehistórico y romano, reconquistado en 1236. La guerra española del 36 privó a la ciudad de retablos, cuadros y sillería del coro, pero conserva la **Iglesia de la Consolación**, probablemente el

templo más importante de la provincia, después de la catedral de Badajoz.

Ahora nuestra ruta bien podría conducirnos, si la distancia fuera menor, hacia Guadalupe, para ver los cuadros del retablo de la sacristía del Monasterio, únicos que se conservan en el mismo lugar para el que fueron pintados por el artista.

Zalamea, en nuestro imaginario camino hacia Guadalupe, luce recio castillo, y hasta fuertes reminiscencias literarias, desde que sabemos que allí pudo haber vivido el personaje de Calderón, Pedro Crespo, el popular «alcalde de Zalamea». Gran interés existe por asignar a una de sus viviendas tan importante cometido. Hay una casa labradora que dicen que fue la del inmortal alcalde.

Zalamea fue enclave romano, como lo prueban las ruinas de un monumento funerario. La iglesia, del XIII, reformada en el XVII, muestra gran dignidad y prestancia. La capilla del Cristo de Zalamea conserva como destacado detalle el zócalo de azulejos de Triana que adorna su sacristía.

El suelo laborable en el campo de Castuera es escaso. La región es llana y pizarrosa. En muchas dehesas arraiga, al menos el parte, el cultivo del olivo, la vid y los cereales. Se ha conseguido incluso producir algunas hortalizas en huertos para el consumo familiar.

Castuera es la capital comarcal. Se encuentra emplazada en la falda de la sierra, por donde se encaraman los cultivos de cereal en curiosos campos cercados con piedra, y de olivo, en la zona más alta. Sus calles son rectas, y sus casas uniformes. Aún se conserva la tradicional industria artesana de fabricación de tinajas. El barrio de San Juan, que preside la **Ermita del Santo**, es el de más tono porque acoge a

la mayor parte de las casas hidalgas. Entre ellas la de los Valdivia, enlazada, como indica una lápida, con el conquistador de Chile.

Cuando hay peligro de tormentas, Castuera cuenta con una costumbre interesante: el apedreamiento de las nubes. Dicen que sus habitantes tiran contra la nube amenazante una de las nueve chinas recogidas en la fiesta de la Ascensión a las doce del mediodía, es decir, en el momento que el sol se encuentra más alto. El gesto es suficiente para asustar a la tormenta, para que se marche o se desvanezca.

En ese lanzamiento se conjugan varios aspectos que han potenciado el carácter de la piedra: el mágico número nueve, una hora eminentemente solar y un día que ha asimilado parte del contenido del solsticio de verano. Así se consigue, según la tradición, alejar o expulsar las fuerzas maléficas de las que se cree portadoras a las nubes. Eliminado su potencial destructor de vida se hará posible que la fertilidad reine sobre la tierra.

Los lienzos de Zurbarán que evoca nuestra ruta siguen en la sacristía de Guadalupe. Entre los extremeños se suele comentar que es raro que aún no se los hayan llevado a otro lugar. Algunos dicen que este es el más difícil milagro que ha hecho la Virgen. «Se llevaron el Arzobispado, se llevaron la Hispanidad a Zaragoza, se llevan la lana, el pimiento y el tabaco, se llevaron el Tajo... Menos mal que los cuadros de artista, por ahora, sigue aquí».

LAS MUJERES DE ZURBARÁN

La primera vez que se casó, tenía el futuro gran pintor diecinueve años. Su mujer, María Páez, era hija de un castra-

dor de cerdos diez años mayor que él. Tuvieron tres hijos: María, Juan e Isabel Paula, que nacieron entre 1618 y 1623. Poco después murió su esposa.

En 1625, con veintisiete años, Francisco de Zurbarán volvió a casarse, esta vez con una llerenense llamada Beatriz de Morales, también mayor que él, y rica. Parece ser que no tuvieron hijos, o tal vez una malograda de nombre Jerónima. Beatriz falleció en 1639 y dejó al pintor sumido en una gran tristeza. Y sufrió una crisis espiritual tan grave que influyó en su producción posterior y originó una decadencia inevitable.

En 1644, con cuarenta y seis años, se casó con Leonor Tordera, viuda acomodada y esta vez más joven que él. Por entonces ya tenía el artista su primer nieto, Francisco Máximo, mayor en edad que los tres hijos que su padre tuvo en el tercer matrimonio.

La desgracia también se cebó con el pintor en este caso. De los seis hijos que tuvo, sólo Juan, el padre de su nieto Francisco Máximo, no murió en la niñez. Fue víctima de la epidemia de peste de 1646, y falleció cuando todavía no tenía treinta años.

A la muerte del pintor, su viuda declaró haber empeñado su hacienda para afrontar «los gastos hechos en la enfermedad, entierro y funeral». Sic transit gloria mundi.

RUTA URBANA DE BADAJOZ **16**

Filosofía, meridionalismo, hospitalidad.

Distancias: a Madrid 403, Cáceres 91, Córdoba 278, Lisboa 243, Mérida 62, Sevilla 218.

Casi todas las ciudades tienen río. Badajoz se baña en el Guadiana. Todavía le quedan a la corriente de agua 183 metros de desnivel para llegar al Atlántico. Un río tan desconcertante y misterioso que ignoramos dónde nace. La corriente se filtra en la tierra y aparece en los pantanos llamados Ojos del Guadiana, que son el auténtico surtidor, porque no es seguro que este agua sea la desaparecida antes.

Así, tan desconcertante como el río, coqueta, misteriosa, repleta de recuerdos árabes, Badajoz posee un encanto especial entre sus palmeras y chumberas, entre sus arcos, en la dulce y meridional calma del cauce de su río, en el cielo azul del desierto, en el cordial ambiente ciudadano.

La ciudad acoge encantada a todo aquel que tiene a bien interesarse por ella, y en sus calles conviven a diario, además de los propios pacenses, muchos portugueses llegados del otro lado de la frontera, tan cercana, y un importante número de ciudadanos de raza calé.

El viajero que se dirige a Badajoz atraviesa paisajes dispares de una provincia entre Cáceres y Andalucía, entre Castilla y Portugal. Montes y llanos alternan en esta tierra de contraste. Al norte, la sierras de Montánchez y San Pedro, divisorias de las dos Extremaduras, Alta y Baja, Cáceres y Badajoz. Al sur, los relieves más suaves de las estribaciones de Sierra Morena: los montes de San Miguel, Tudia y Guadalcanal.

Tierra de encinas y alcornoques, y también de jara, tomillo, retama, romero y madroñera, mientras en los llanos, que bajan hasta las feraces vegas del Guadiana, alternan la viña y el olivo.

En el contraste, naranjos, palmeras, limoneros, pinos, álamos y tantos otros árboles decoran las variadas perspectivas. Los inviernos, en la región, son suaves. Los estíos calurosos.

Badajoz está rodeada por una de las reservas ecológicas más importantes y olvidadas de Europa. La provincia es una de las más ricas de España en caza aunque, según dicen, parece que cada vez hay menos palomas. Hay, sin embargo, abundancia de tórtolas, que duermen en las zonas de vegetación fuerte. Son conocidos los espesos nubarrones de palomas capaces de anular el sol unos instantes, como en tierras de Monroy. Si recorremos un encinar entre marzo y octubre, no veremos palomas, sino tórtolas. Cuando se marcha la tórtola, llega el torcaz.

En el campo extremeño de regadío, vemos al cazador tras su perro de muestra, intentando acertar con el rastro de la codorniz. La perdiz vive entre breñas y romero, en chaparrales bajos, en terrenos sucios pero no demasiado abruptos, defendiéndose de alimañas y aves de rapiña. Es la reina de la caza menor.

Observamos la ciudad, en su entrada norte, desde la **Puerta de las Palmas** que hoy nos parece un arco de triunfo y sigue siendo, aunque de manera simbólica, la auténtica puerta de la ciudad. Erigida por Felipe II Se encaja entre dos torres redondas con almenas, de preciosa manufactura árabe.

La puerta enlaza con un largo puente, el **Puente de las Palmas** (1596) en granito, sostenido en treinta y dos arcos de unos trece metros de altura según proyecto de Juan de Herrera. Quinientos ochenta y dos metros separan un lado

de otro. Y en el extremo, Badajoz desarrolla uniformemente sus modernas avenidas y sus esmerados jardines.

La ciudad estaba amurallada hasta poco antes de la guerra civil. Luego, algún iluminado debió pensar que era necesario destruirlas para "ensanchar" la ciudad. Afortunadamente, tuvieron el detalle de no acabar con las murallas por completo y hoy se conservan casi la mitad de las que existían.

Filosófica y meridional, fronteriza y hospitalaria, la hermosura de la urbe está a veces oculta en atractivos rincones, y juega a doncella remilgosa que no tuviera demasiado interés en enamorar a los turistas, pero sus gentes, que tienen la fortuna de disfrutar de ella a diario, saben que no es así.

Ven pasar a los portugueses hacia España, a los españoles hacia Portugal, y aquellos que se detienen, acaban dejando para el día siguiente la continuación del viaje.

En la noche del viernes de Dolores se cantan saetas a la Virgen de la Soledad, patrona de Badajoz. Se hace desde un balcón, encima de una conocida tienda. Lo escucha una plazoleta rebosante de gitanos. Esta es tierra de cante.

En los bares de la plaza Alta no es difícil escuchar buen flamenco que se improvisa entre copas. Estamos en un modelo de convivencia y solidaridad entre payos y gitanos cimentado en el mutuo entendimiento.

Primer tramo: un paseo por la historia

El lugar en que hoy se levanta Badajoz fue ocupado primero por una modesta ciudad romana de la provincia de Lusitania de la que se conserva el apelativo de sus habitantes,

pues los latinos la llamaban **Pax Augusta**, y de ahí *Pacensis colonia*. Vestigios de aquella época pueden contemplarse en el **Museo Arqueológico**. El edificio lo forman tres naves con columnas romanas reutilizadas y capiteles visigodos. Contiene, además, material arqueológico del periodo visigodo. Los visigodos llamaron a la ciudad **Bagasti**, y sus siguientes pobladores, los árabes, **Baled Aixá**.

Debió ser Badajoz plaza fuerte con buenas murallas y relativa importancia cuando, al fraccionarse el Califato de Córdoba en los reinos de Taifas, el gobernador de Mérida la declaró independiente. Corría el siglo XI. Por entonces fundó el Reino Moro de Badajoz. La parte vieja de las murallas, las lápidas y objetos del museo, los edificios de la ciudadela, con la puerta del arco de herradura y la llamada **Torre de Espantaperros**, dan testimonio de la órbita local de los esplendores del dominio agareno.

Entre los años 1010 y 1227 fue capital del reino musulmán de los taifas, el pequeño reino de **Batalyos** que extiende su autoridad hasta al Atlántico. El dominio fue atacado alternativamente por portuguesas, castellanos, leoneses y gallegos.

La ciudad de entonces debió extenderse, como la de ahora, a los pies de la **Alcazaba**, en el extremo noreste de la ciudad, ligeramente elevada en un cerro que mira al río y compone con él, y con el puente romano, una unidad armónica. Se conserva la impresionante puerta de entrada (**Puerta del Capitel**), una gran torre, la de **Espantaperros** o del **Aprendiz**, y parte de las murallas. Merece especial interés la torre, de forma octogonal, típicamente almohade.

En 1234 Alfonso IX conquista Badajo y levanta en la ciudad el símbolo que más la diferencia del dominio árabe: **La**

Catedral, fundada en el lugar de una antigua iglesia mozárabe. El templo es una maciza y sólida construcción de estilo gótico con aspecto de fortaleza, tal vez influenciada por el espíritu de la época. El conjunto es de gran sencillez externa, alterada solo por los adornos de la portada de mármol blanco y por los de la enorme torre de mampostería y sillares que remata en pináculos y decora sus cuatro cuadros con molduras, ventanales y crestería. Se acabó de construir 1284.

En el siglo XVI se añadió la fachada y el ábside de estilo renacentistas. La torre almenada, cuadrada y sobria se eleva hasta los 25 metros. Aparecen las ventanas platerescas manuelinas, tan influenciadas por los vecinos portugueses.

En el interior, tres naves y doce capillas.

Pasearemos por el claustro gótico pisando lápidas de enterramientos. La estatua de Lorenzo Suárez de Figueroa, embajador de los Reyes Católicos en Roma permanece allí, de pie y en bronce, como si estuviera vivo. Murió en Italia, y por aquellas tierras está enterrado, y desde allí mandó tesoros para la catedral.

El retablo churrigueresco de la capilla mayor es del siglo XVIII. Dicen que excesivamente recargado.

Cada una de las 85 sillas del coro está adornada con la talla de un santo. La sala capitular se ha convertido en un museo donde se exponen cuadros de Luis de Morales, de Pedro Orrente y de la escuela flamenca.

Luis de Morales vivió en Badajoz y tuvo una existencia recreada por la fantasía popular que tejió multitud de leyendas. Ignoramos la fecha y el lugar exacto de su nacimiento. Podría haber sido Badajoz en 1510. Su gran maestro fue Rafael, aunque pronto reaccionó contra el culto de

lo corporal para llegar al alargamiento y a la espiritualización de las figuras, que será una de sus más llamativas características. Su dibujo elegante, el colorido fino y delicado y la expresión intensa y penetrante.

La **Sala Capitular**, alta y baja, alberga el Archivo y el Museo catedralicios, y reúne un valioso conjunto de lienzos, tablas de Morales, crucifijos, custodias, ornamentos, libros y vieja documentación. Hay en la sacristía una colección de seis tapices flamencos del siglo XVII que mezclan los tonos verdes y marrones contribuyendo a confundir un dibujo que, bien examinado, deja ver la minuciosidad de un laboriosísimo trabajo.

Las obras de pintores y escultores extremeños de los siglos XIX y XX están recogidas en el Museo de Bellas Artes.

Fueron muchos los ciudadanos que, tras el descubrimiento, Badajoz envió a América. El ilustre **Pedro de Alvarado**, nacido en 1485, llegó al Nuevo Mundo con 25 años y se incorporó a la expedición de Hernán Cortés, de quien fue un leal colaborador. Conquistó Guatemala y El Salvador y murió en 1541 combatiendo contra los indios.

A partir del siglo XVII la ciudad ocupa una posición clave para la estrategia peninsular, y se encuentra cogida entre el engranaje de las guerras de sucesión entre España y Portugal y las luchas de hegemonía a escala europea. A los despiadados asedios le suceden represalias sangrientas.

El colmo del infortunio le llega con la Guerra de la Independencia en la que tropas enemigas (Soult) y aliadas (Wellington), unos detrás de otros, se dedican al pillaje en la ciudad.

Volvió a entrar tristemente en la historia por la ocupación nacionalista del 15 de agosto de 1936, después de una

feroz resistencia de los republicanos. Cuentan que el General Yagüe se justificó en los siguientes términos: «Naturalmente que hemos matado. ¿Qué suponía usted? ¿Que iba a llevar 4000 prisioneros con mi columna, teniendo que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos en la retaguardia para que Badajoz fuera roja otra vez?»

Segundo tramo: la ciudad de hoy

Es Badajoz ciudad de buen caminar, de plazas pequeñas e íntimas, sombreadas, de grandes avenidas modernas y estrechas, calles de buen piso, resguardadas del frío y del sol, liberadas del tráfico, laberinto que irradia desde de la plaza: bares, comercios, tabernas típicas, restaurantes... Bullicio de gitanos, de pacenses de toda la vida, de portugueses y pedigüeños. Calles con nombres de pintores, escritores, militares, santos... Calles con los bajos más lujosos de la ciudad.

Cerca de la **Torre de Espantaperros** se encuentra la popular plaza Alta, a pie de las murallas. Las calles que la rodean, en el Badajoz de los gitanos, tienen un sabor especial, un aura que trasciende las piedras y las edades, una personalidad impar, algo que no es antiguo ni moderno, sino que es así, que permanece intacto, tan intemporal como entrañable. Allí estuvo el mercado, fabricado con hierros y luego trasladado a la Ciudad Universitaria y convertido en biblioteca para dar vista a la plaza sin eliminar su tradicional símbolo.

En los aledaños se rinde culto al flamenco en todas sus formas, desde los rituales más clásicos a las derivaciones de los jóvenes caleses más heterodoxos.

En la **Plaza Alta de los Gitanos**, arriba, se detuvieron las obras de restauración cuando descubrieron, bajo las capas de cal, mugre y olvido, bellas pinturas y zócalos del siglo XVIII.

Atravesamos una puerta con enorme arco y seguimos un corredor estrecho para llegar al pie de una colina que da paso a un barrio pintoresco. La **Plaza de San José** aloja arcadas y balcones en miniatura y parece vigilada por la torre de Espantaperros.

Por la calle de San Pedro de Alcántara llegamos a la Iglesia de la **Virgen de la Soledad**, patrona de Badajoz. Curioso *pastiche* de la Giralda de Sevilla.

La **Plaza de Cervantes** es una de las más bellas de la ciudad. Aloja el monumento a Zurbarán y la iglesia de San Andrés del siglo XVII.

Tiene la **Plaza de España** un ambiente bullicioso. La gente camina despacio, se detiene, forma grupos, toma asiento en las terrazas entoldadas, bebe vino o cerveza. Con la catedral como testigo, los extremeños se dan al chateo. Bares, tascas y mesones redondean nuestro itinerario. Se sirve jamón a tacos y vino de Cañamero. Cada local tiene su encanto: vinos de Medellín, de Almendralejo, de Brozas... y con ellos las ancas de rana y la prueba de chorizo. Perdiz y vinos de la Tierra de Barros. Cordero asado, jamón de Alburquerque, chipirones, atún con tomate, revuelto de espárragos trigueros...

El Guadiana es rico en barbos. Es un manjar sabroso la carpa royal, el blak-bass, el ajo de peces. Pidamos de primer plato, gazpacho extremeño, y luego una caldereta regada con tinto de Salvatierra. Otra modalidad es pedir el exquisito cocido extremeño, compuesto por tres platos:

una sopa de fideos con la sustancia del hueso del jamón, ternera, tocino, costilla de cerdo, codillo, etc. Un segundo plato de garbanzos con berza o repollo, cocidos con chorizo de bútago y morcilla de calabaza. Y un tercero con las carnes antes mencionadas más el complemento del relleno, que es masa de pan rallado con huevo batido, ajo y perejil, que se cuece en el caldo. Lo típico es acompañar la sopa con pimientos en vinagre y aceitunas negras aliñadas. Los garbanzos se acompañan de zarangollo, riquísimo manjar que se hace con pimientos gordos y rojos asados, despellejados y aliñados con cebolla, aceite, vinagre y sal.

En los puestos y tenderetes de la **Calle Zapatería** payos y gitanos ofrecen sus productos: pájaros, peces del Guadiana, frutas, plantas medicinales. Junto a la farmacopea medieval, puestos de zapatos, puntillas, candiles, planchas, llaves antiguas...

Jóvenes músicos y artistas locales se reúnen a la hora de las cañas en al acogedor quiosco de la **Plaza de San Francisco**. Sabrosas tapas en espontánea tertulia.

Los jóvenes noctámbulos pacenses, a diferencia de los colegas de Cáceres, se resisten sin algaradas al cierre tempranero de algunos de sus bares favoritos en la zona de la calle de Zurbarán. Los locales cierran de madrugada. En la noche se pierden las voces de una clientela siempre dispuesta a consumirla, aunque sea huérfana de lugares donde dar buena cuenta de la «penúltima», siempre la penúltima, copa.

El Gurugú y la Luneta son barrios habitados por portugueses, gitanos y otros extremeños que vinieron a la capital en busca de trabajo. Hoy estos han blanqueado la fachada, pero sus condiciones de vida podrían mejorar todavía.

El **Parque de Castelar** es amplio. Estanques y patos. Fuentes barrocas. Pinos y palmeras. Un agradable lugar de reposo, en medio de árboles y fuentes. El visitante se pierde por caminos de silencio en los que pervive un recuerdo que la ciudad no quiere borrar.

El pacense es hombre conciliador que aspira a una vida tranquila. Pertenece a un pueblo austero, místico, fanático, aventurero, de ojos negros y brillantes.

Y al norte de la ciudad, el **Guadiana**. En sus orillas, chumberas y barcas varadas que sirven también de casa sin techo para campamentos de gitanos. Se oyen voces que luchan por recuperar el Guadiana, un río asediado por vertidos y escombreras, un río en el que sueñan con volver a bañarse pronto las cordiales y cariñosas gentes de esta ciudad.

EL PREMIO NOBEL Y LA CALLE DEL BURRO

Dicen que Camilo José Cela pasó por la calle de El Burro una de las veces que visitó Badajoz.

Y hablaban un día las trabajadoras de aquel rincón, en expresión espontánea, de la importancia y calidad de sus clientes: *Hasta un notario, sí señor, hasta un notario ha estado en mi casa. Un notario y un cura de paisano que eran íntimos amigos, ¿sabe usted?*

Cuentan de una señora del Burro que se santiguaba antes de iniciar su trabajo. Se habla de otra que comía pipas mientras se entregaba a la labor y de una tercera que no tenía inconveniente añadir a su entrega la lectura de novelas del Oeste.

Pero se dice, se rumorea, que el premio nobel, acompañado de unos amigos, quiso conocer la zona de El Burro y se dio una vueltecita por sus calles, sus tabernas y sus rincones. Y entró en alguno, dicen que hasta cuatro, de aquellos establecimientos. Y como sus acompañantes se extrañaran de tan gran hombría, de virilidad tan continuada, preguntaron sobre el comportamiento de escritor tan prodigioso. Y dijo una de ellas: *Pues es un señor algo raro, sabe usted. Se sentó en la cama, miró, remiró, pagó y se marchó.*

Cáceres
Las Hurdes
Ambroz
Sierra de Gata
La Vera
Alagón
Jerte
Campo Arañuelo
Alcántara
Los Ibores
Valencia de Alcántara
Cáceres
Trujillo
Las Villuercas
Alburquerque
La Siberia
Mérida
Don Benito
Badajoz
La Serena
Tierra de Barros
Olivenza
Jerez de los Caballeros
Campiña Sur
Badajoz
Tentudía